La fascinación que desde su aparición en 1940 ha despertado *El desierto de los tártaros* , la más célebre novela de Dino Buzzati, proviene del paisaje formal de la fábula que narra, no de su significación oculta. Con todo, la historia del oficial Giovanni Drogo, destinado a una fortaleza fronteriza sobre la que pende una amenaza aplazada e inconcreta, pero obsesivamente presente, se halla cargada de resonancias que la conectan con algunos de los más hondos problemas de la existencia: la seguridad como valor contrapuesto a la libertad, la progresiva resignación ante el estrechamiento de las posibilidades vitales de realización, la frustración de las expectativas de hechos excepcionales que cambien el sentido de la existencia.



Dino Buzzati

El desierto de los tártaros

ePub r1.5

Titivillus 03.09.2019

Título original: *Il deserto dei Tartari*

Dino Buzzati, 1940

Traducción: Esther Benítez

Prólogo de Jorge Luis Borges

Editor digital: Titivillus

ePub base r2.1



Prólogo de Jorge Luis Borges

Podemos conocer a los antiguos, podemos conocer a los clásicos, podemos conocer a los escritores del siglo XIX y a los del principio del nuestro, que ya declina. Harto más arduo es conocer a los contemporáneos. Son demasiados y el tiempo no ha revelado aún su antología. Hay, sin embargo, nombres que las generaciones venideras no se resignarán a olvidar. Uno de ellos es, verosímilmente, el de Dino Buzzati.

Buzzati nació en 1906 en la antigua ciudad de Belluno, cerca del Véneto y de la frontera con Austria. Fue periodista y se entregó después a la literatura fantástica. Su primer libro, *Bàrnabo delle montagne* , data de 1933; el último, *I miracoli di Val Morel* , de 1972, el año de su muerte. Su vasta obra, no pocas veces alegórica, exhala angustia y magia. El influjo de Poe y de la novela gótica ha sido declarado por él. Otros han hablado de Kafka. ¿Por qué no aceptar sin desmedro alguno de Buzzati, ambos ilustres magisterios?

Este libro, que es acaso su obra maestra y que ha inspirado un hermoso film de Valerio Zurlini, está regido por el método de la postergación indefinida y casi infinita, caro a los eleatas y a Kafka. El ámbito de las ficciones de Kafka es deliberadamente gris y mediocre y sabe a burocracia y a tedio. Tal no es el caso de esta obra. Hay una víspera, pero es la de una enorme batalla, temida y esperada. Dino Buzzati, en estas páginas, retrotrae la novela a la epopeya, que fue su manantial. El desierto es real y es simbólico. Está vacío y el héroe espera muchedumbres.

JORGE LUIS BORGES

I

Nombrado oficial, Giovanni Drogo partió una mañana de septiembre de la ciudad para dirigirse a la fortaleza Bastiani, su primer destino.

Mandó que le despertaran cuando todavía era de noche y vistió por primera vez el uniforme de teniente. Cuando acabó, se miró en el espejo a la luz de una lámpara de petróleo, aunque sin encontrar la alegría que había esperado. En la casa había un gran silencio, se oían solo pequeños ruidos en una habitación vecina: su madre estaba levantándose para despedirlo.

Era el día esperado desde hacía años, el principio de su verdadera vida. Pensaba en los días sórdidos de la Academia Militar, recordó las amargas tardes de estudio cuando oía pasar fuera, por las calles, la gente libre y presumiblemente feliz, los despertares invernales en los dormitorios helados, donde se estancaba la pesadilla de los castigos. Se acordó de la angustia de contar uno por uno los días, que parecían interminables.

Ahora era por fin oficial, ya no tenía que consumirse sobre los libros ni temblar con la voz del sargento, y, sin embargo todo eso había pasado. Todos aquellos días, que le habían parecido odiosos, se habían consumido para siempre, formando meses y años que nunca se repetirían. Sí, ahora era un oficial, tendría dinero, las mujeres hermosas quizá lo mirarían, pero en el fondo —se dio cuenta Giovanni Drogo— el tiempo mejor, la primera juventud, probablemente había acabado. Así, Drogo miraba fijamente el espejo, veía una cansada sonrisa en su rostro, al que en vano había tratado de amar.

¡Qué contrasentido! ¿Por qué no lograba sonreír con la obligada despreocupación mientras se despedía de su madre? ¿Por qué ni siquiera se fijaba en sus últimas recomendaciones y llegaba solamente a percibir el sonido de aquella voz, tan familiar y humana? ¿Por qué daba vueltas por el dormitorio con inútil nerviosismo, sin conseguir encontrar el reloj, la fusta, la gorra, que se encontraban, sin embargo, en su sitio? ¡Desde luego no partía a la guerra! Decenas de tenientes como él, sus ex camaradas, dejaban a esa misma hora la casa paterna entre alegres carcajadas, como si fueran a una fiesta. ¿Por qué no le salían de la boca, con destino a su madre, sino frases genéricas vacías de sentido, en lugar de cariñosas y tranquilizadoras palabras? La amargura de dejar por primera vez la vieja casa, donde había nacido a las esperanzas, los temores que entraña todo cambio, la emoción de despedirse de su madre, llenaban su ánimo, sí, pero sobre todo eso pesaba una insistente idea, que no conseguía identificar, como un vago presentimiento de cosas fatales, como si estuviera a punto de iniciar un viaje sin retorno.

Su amigo Francesco Vescovi lo acompañó a caballo durante el primer trecho de camino. Los cascos de los animales resonaban en las calles desiertas. Alboreaba, la ciudad aún estaba inmersa en el sueño; aquí y allá, en los últimos pisos, se abrían algunas persianas, aparecían caras cansadas, apáticos ojos miraban un momento el maravilloso nacimiento del sol.

Los dos amigos no hablaban. Drogo pensaba en cómo sería la fortaleza Bastiani, pero no conseguía imaginarla. Ni siquiera sabía con exactitud dónde se encontraba, ni cuánto camino tendría que recorrer. Alguien le había hablado de una jornada a caballo, otros de menos; nadie había estado allí, en realidad, de a quienes había preguntado.

A las puertas de la ciudad Vescovi empezó a hablar vivazmente de cosas normales, como si Drogo fuera de paseo. Después, en cierto momento:

—¿Ves aquel monte herboso? Sí, ese mismo. ¿Ves una construcción en la cima? —decía—. Es ya una parte de la Fortaleza, un reducto avanzado. Pasé por allí hace dos años, lo recuerdo, con mi tío, yendo de caza.

Habían salido ya de la ciudad. Comenzaban los campos de maíz, los prados, los rojos bosques otoñales. Por la carretera blanca, azotada por el sol, avanzaban uno al lado del otro. Giovanni y Francesco eran amigos, habían vivido juntos muchos años, con las mismas pasiones, las mismas amistades; siempre se habían visto día tras día, después Vescovi se había enriquecido; Drogo, en cambio, se había hecho militar y ahora notaba cuán lejos estaba del otro. Toda aquella vida fácil y elegante ya no le pertenecía, le esperaban cosas graves y desconocidas. Su caballo y el de Francesco —le parecía— tenían ya una andadura distinta, un trote, el suyo, menos ligero y vivo, como un fondo de ansia y fatiga, como si también el animal notase que la vida estaba a punto de cambiar.

Habían llegado a lo alto de una cuesta. Drogo se volvió a mirar la ciudad a contraluz; de los tejados se alzaban humos matutinos. Vio de lejos su casa. Identificó las ventanas de su cuarto. Probablemente las hojas estaban abiertas, las mujeres estaban ordenando. Habrían deshecho la cama, encerrado en un armario los objetos, y después atrancado las contraventanas. Durante meses y meses nadie entraría allí, salvo el paciente polvo y, en los días de sol, tenues franjas de luz. El pequeño mundo de su niñez quedaba encerrado en la oscuridad. Su madre lo conservaba así para que él, al regresar, volviera a encontrarse de nuevo, para que pudiera allí dentro seguir siendo un muchacho, incluso tras larga ausencia. Oh, desde luego, ella se hacía la ilusión de poder conservar intacta una felicidad desaparecida para siempre, de contener la huida del tiempo, de que al abrir de nuevo puertas y ventanas al regreso del hijo las cosas volverían a ser como antes.

Su amigo Vescovi se despidió cariñosamente de él y Drogo continuó solo por la carretera, acercándose a las montañas. El sol caía a plomo

cuando llegó a la entrada del valle que conducía a la Fortaleza. A la derecha, en lo alto de un monte, se veía el reducto que Vescovi le había señalado. No parecía que quedase aún mucho camino.

Ansioso por llegar, Drogo, sin pararse a comer, espoleó su caballo, ya cansado por el camino, que se volvía empinado y encajonado entre escarpadas laderas. Los encuentros eran cada vez más raros. Giovanni le preguntó a un carretero cuánto tiempo faltaba para llegar a la Fortaleza.

—¿La fortaleza? —respondió el hombre—. ¿Qué fortaleza?

—La Fortaleza Bastiani —dijo Drogo.

—Por aquí no hay fortalezas —dijo el carretero—. Nunca he oído hablar de ellas.

Evidentemente estaba mal informado. Drogo reanudó su camino y advirtió una sutil inquietud a medida que avanzaba la tarde. Escrutaba los altísimos bordes del valle para descubrir la Fortaleza. Se imaginaba una especie de viejo castillo con vertiginosas murallas. Con el paso de las horas, se convencía cada vez más de que Francesco le había dado una información errada; el reducto indicado por él ya debía haber quedado muy atrás. Y se acercaba la noche.

Miradlos, a Giovanni Drogo y su caballo, qué pequeños sobre el flanco de unas montañas que cada vez resultaban más grandes y salvajes. Él sigue subiendo para llegar a la Fortaleza de día, pero más ligeras que él, desde el fondo, donde retumba el torrente, más ligeras que él suben las sombras. En cierto momento se encuentran justamente a la altura de Drogo en la vertiente opuesta de la garganta, parecen disminuir su carrera por un instante, como para no desalentarlo, después se deslizan hacia arriba por riscos y peñascos, y el jinete se ha quedado debajo.

Todo el valle estaba ya lleno de tinieblas violeta, solo las desnudas crestas herbosas, a increíble altura, estaban iluminadas por el sol, cuando Drogo se encontró repentinamente ante una construcción militar que parecía antigua y desierta, negra y gigantesca contra el purísimo cielo de la tarde. Giovanni sintió latir su corazón, ya que esa debía de ser la Fortaleza, aunque todo, desde los muros al paisaje, exhalaba un aire inhóspito y siniestro.

Dio vueltas a su alrededor sin encontrar la entrada. Aunque ya estaba oscuro, no había ninguna ventana encendida, ni se divisaban luces de centinelas en el borde de los murallones. Solo había un murciélago, que oscilaba contra una nube blanca. Al final Drogo probó a llamar:

—¡Eh! —gritó—. ¿No hay nadie?

De la sombra acumulada al pie de las murallas surgió entonces un hombre, una especie de vagabundo o de mendigo, de barba gris y con

un pequeño saco en la mano. Pero en la penumbra no se distinguía bien, solo el blanco de sus ojos lanzaba reflejos. Drogo lo miró con agradecimiento.

—¿Qué buscas, señor?

—Busco la Fortaleza. ¿Es esta?

—Aquí ya no hay fortaleza —dijo el desconocido con voz bonachona—. Está todo cerrado, hará unos diez años que no hay nadie.

—¿Y dónde está la Fortaleza, entonces? —preguntó Drogo, de repente irritado con aquel hombre.

—¿Qué fortaleza? ¿Aquella, quizá? —y hablando así el desconocido extendía un brazo, como señalando algo.

Por una hendidura de las rocas próximas, ya recubiertas por la oscuridad, detrás de una caótica escalinata de crestas, a distancia incalculable, inmerso aún en el rojo sol del ocaso, como salido de un encantamiento, Giovanni Drogo vio entonces un desnudo cerro y en la cima una tira regular y geométrica, de un especial color amarillento: el perfil de la Fortaleza.

¡Oh, cuán lejana aún! Quién sabe cuántas horas de camino, y su caballo estaba ya agotado. Drogo la miraba fascinado, se preguntaba qué podría haber de deseable en aquella solitaria ciudadela, casi inaccesible, tan separada del mundo. ¿Qué secretos escondía? Pero eran los últimos instantes. Ya el último sol se apartaba lentamente del remoto cerro y por los amarillos bastiones irrumpían las lívidas ráfagas de la noche que caía.

II

La oscuridad lo alcanzó aún de camino. El valle se había estrechado y la Fortaleza había desaparecido detrás de las montañas vecinas. No había luces, ni siquiera gritos de aves nocturnas, solo de vez en cuando llegaba un sonido de aguas lejanas.

Probó a llamar, pero los ecos le devolvieron su voz con un timbre hostil. Ató el caballo a un tocón de árbol al borde del camino, donde habría podido encontrar hierba. Se sentó allí; con la espalda apoyada en el talud esperó que llegase el sueño, y mientras tanto pensaba en el camino que le quedaba, en la gente que encontraría en la Fortaleza, en la vida futura, sin reconocer ningún motivo de gozo. El caballo golpeaba a intervalos con los cascos sobre el terreno de un modo antipático y extraño.

De madrugada, al reanudar el camino, advirtió que en la vertiente opuesta del valle, a la misma altura, había otra carretera, y poco después distinguió algo que se movía por ella. El sol aún no había llegado hasta allá abajo y las sombras se adensaban en las curvas, impidiendo ver bien. Sin embargo, apresurando el paso, Drogo consiguió ponerse a la misma altura y comprobó que era un hombre: un oficial a caballo.

Un hombre como él, por fin; una criatura amiga con quien podría reír y bromear, hablar de la próxima vida en común, de caza, de mujeres, de la ciudad. De la ciudad que ahora le parecía a Drogo relegada a un mundo lejanísimo.

Según se estrechaba el valle, los dos caminos se acercaban, y Giovanni Drogo vio que el otro era un capitán. Al principio no se atrevió a gritar, habría parecido inútil y poco respetuoso. Saludó, en cambio, varias veces, llevándose la diestra a la gorra, pero el otro no respondía. Evidentemente, no se había fijado en Drogo.

—¡Mi capitán! —gritó por fin Drogo, dominado por la impaciencia. Y saludó de nuevo.

—¿Qué pasa? —respondió una voz desde el otro lado.

El capitán, parándose, había saludado con corrección y ahora le preguntaba a Drogo la razón de aquel grito. No había en su pregunta ninguna severidad, pero se notaba que el oficial estaba sorprendido.

—¿Qué pasa? —resonó de nuevo la voz del capitán, esta vez levemente irritada.

Giovanni se detuvo, hizo bocina con las manos y respondió con todo resuello:

—¡Nada! ¡Deseaba saludarlo!

Era una explicación estúpida, casi ofensiva, porque podía hacer pensar en una broma. Drogo se arrepintió de ella inmediatamente. ¿En qué ridículo lío había ido a meterse, y todo porque era incapaz de bastarse a sí mismo?

—¿Quién es? —gritó de rebote el capitán.

Era la pregunta temida por Drogo. Aquella extraña conversación, de un lado a otro del valle, iba asumiendo así el tono de un interrogatorio jerárquico. Desagradable comienzo, puesto que era probable, si no seguro, que el capitán fuese alguien de la Fortaleza. En cualquier caso, era preciso responder.

—¡Teniente Drogo! —gritó Giovanni para presentarse.

El capitán no lo conocía, con toda probabilidad no podía entender el nombre a aquella distancia, pero pareció calmarse, ya que reanudó su camino haciendo un gesto de inteligencia, como diciendo que dentro de poco se encontrarían. Y, en efecto, media hora después, en un estrechamiento de la garganta, apareció un puente. Los dos caminos se unían en uno.

En el puente se encontraron los dos. Sin bajar del caballo, el capitán se acercó a Drogo y le tendió la mano. Era un hombre de unos cuarenta años o quizá más, de rostro seco y señorial. Su uniforme era de corte tosco, pero perfectamente en regla.

—Capitán Ortiz —se presentó.

Estrechándole la mano, a Drogo le pareció entrar por fin en el mundo de la Fortaleza. Aquel era el primer lazo, y después vendrían otros innumerables de todo género, que lo encerrarían en ella.

El capitán reanudó sin más el camino; Drogo lo siguió, a su lado, algo detrás por respeto jerárquico, y esperaba alguna desagradable alusión al embarazoso coloquio de poco antes. Pero el capitán callaba, quizá no tenía ganas de hablar, quizá era un tímido y no sabía por dónde empezar. Como el camino era empinado y calentaba el sol, los dos caballos avanzaban despacio.

Por fin el capitán Ortiz dijo:

—No he entendido su nombre hace poco, a esa distancia. ¿Droso, creo?

Giovanni respondió:

—Drogo, con G, Giovanni Drogo. También usted, mi capitán, debe disculparme por haberlo llamado hace poco. ¿Sabe? —añadió embrollándose—, a través del valle no había visto su grado.

—Efectivamente, no se podía ver —admitió Ortiz, renunciando a desmentirlo, y se rio.

Cabalgaron así un ratito, un poco turbados ambos. Después Ortiz dijo:

—Entonces, ¿adónde se dirige?

—A la Fortaleza Bastiani. ¿No es este el camino?

—Sí, efectivamente.

Callaron, hacía calor, siempre montañas por todas partes, gigantescos montes herbosos y salvajes.

Ortiz dijo:

—¿De modo que usted viene a la Fortaleza? ¿Trae quizá un mensaje?

—No, mi capitán, voy a entrar en servicio; me han destinado.

—¿Destinado por el escalafón?

—Creo que sí, de plantilla, primer servicio.

—De modo que de plantilla, claro… Bien, bien, entonces… reciba mis felicitaciones.

—Gracias, mi capitán.

Callaron y siguieron adelante un poco más. Giovanni tenía una gran sed, una cantimplora de madera colgaba de la silla del capitán y se oía el agua que hacía chac, chac en su interior.

Ortiz preguntó:

—¿Por dos años?

—Perdone, mi capitán… ¿por dos años?

—Digo por dos años, si hará el consabido turno de dos años, ¿no?

—¿Dos años? No sé, no me han dicho el tiempo.

—Oh, está claro, dos años; todos ustedes, tenientes recién nombrados, dos años y después se van.

—¿Son normales los dos años para todos?

—Dos años, claro, valen cuatro para la antigüedad, eso es lo que les importa; si no, nadie lo pediría. Bueno, con tal de hacer carrera pronto, uno se acostumbra incluso a la Fortaleza, ¿no?

Drogo nunca lo había sabido, pero no quiso parecer un tonto; intentó una frase ambigua:

—Claro que muchos…

Ortiz no insistió, pareció que el tema no le interesaba. Pero ahora que el hielo se había roto, Giovanni probó a preguntar:

—¿Y la antigüedad en la Fortaleza es doble para todos?

—¿Para qué todos?

—Para los otros oficiales, decía.

Ortiz se rio:

—¡Ya, para todos! ¡Figúrese! Solo para los subalternos, claro, si no, ¿quién pediría venir?

Drogo dijo:

—Yo no lo he pedido.

—¿No lo ha pedido?

—No, mi capitán; solo hace dos días que he sabido que estaba destinado en la Fortaleza.

—Bueno, es raro, efectivamente.

Callaron de nuevo, cada uno parecía pensar en cosas distintas. Pero Ortiz dijo:

—A menos que…

Giovanni se sobresaltó:

—A sus órdenes, mi capitán.

—Decía, a menos que no hubiera ninguna otra petición, y entonces lo han destinado de oficio.

—¿Puede ocurrir eso, mi capitán?

—Claro, debe ser eso, efectivamente.

Drogo miraba la sombra neta de los dos caballos sobre el polvo del camino, las cabezas que hacían sí, sí a cada paso; sentía su cuádruple pisoteo, algún zumbar de moscardones y nada más. No se veía el final de la carretera. De vez en cuando, en una curva del valle, se divisaba enfrente, altísimo, cortado en escarpadas cuestas, el camino que trepaba en zigzag. Se llegaba allá, se miraba de nuevo hacia arriba, y allí estaba enfrente la carretera, cada vez más alta.

Drogo preguntó:

—Disculpe, mi capitán…

—Diga, diga lo que quiera.

—¿Falta aún mucho camino?

—No mucho, quizá dos horas y media, o incluso tres a este paso. Quizá para mediodía estemos allí, efectivamente.

Callaron durante un trecho; los caballos estaban completamente sudados; el del capitán estaba cansado, arrastraba las patas.

Ortiz dijo:

—¿Viene de la Academia Real, no?

—Sí, mi capitán, de la Academia.

—Ya… Dígame: ¿está aún el coronel Magnus?

—¿Coronel Magnus? No creo, no lo conozco.

El valle ahora se estrechaba, cerrando el paso a los rayos del sol. Sombrías gargantas laterales se abrían de vez en cuando, de ellas bajaban vientos gélidos, en la cumbre se divisaban abruptísimos montes en forma de cono; se habría dicho que no bastaba con dos o tres días para alcanzar las cumbres, tan altas parecían.

Ortiz dijo:

—Dígame, teniente: ¿está aún el comandante Bosco? ¿Da aún clase de tiro?

—No, señor, no creo; está Zimmermann, el comandante Zimmermann.

—Ya, Zimmermann; efectivamente, he oído hablar de él. El caso es que han pasado muchos años desde mis tiempos a ahora… Habrán cambiado todos ya.

Ambos pensaban ahora en algo. La carretera había salido de nuevo al sol, unas montañas sucedían a otras, ahora más pendientes y con algunas paredes de roca.

Drogo dijo:

—Ayer la vi de lejos.

—¿Qué? ¿La Fortaleza?

—Sí, la Fortaleza —hizo una pausa, y después, para mostrarse amable—: debe de ser grandiosa, ¿no? Me pareció inmensa.

—¿Grandiosa la Fortaleza? No, no, es una de las más pequeñas, una construcción viejísima; solo de lejos hace cierto efecto.

Calló un momento, agregó:

—Viejísima, completamente superada.

—Pero es una de las principales, ¿no?

—No, no, es una fortaleza de segunda categoría —respondió Ortiz.

Parecía que disfrutaba hablando mal de ella, pero con un tono especial, como uno se divierte anotando los defectos de su hijo, seguro de que siempre serán ridículos comparados con sus ilimitados méritos.

—Es un trozo de frontera muerta —añadió Ortiz—. De modo que no la han cambiado nunca, se ha quedado siempre como hace un siglo.

—¿Cómo frontera muerta?

—Una frontera que no preocupa. Delante hay un gran desierto.

—¿Un desierto?

—Un desierto, efectivamente, piedras y tierra seca; lo llaman el desierto de los tártaros.

Drogo preguntó:

—¿Por qué de los tártaros? ¿Había tártaros?

—Antiguamente, creo. Pero más que nada es una leyenda. Nadie debe haber pasado por allí, ni siquiera en las últimas guerras.

—¿De modo que la Fortaleza nunca sirvió para nada?

—Para nada —dijo el capitán.

Al subir cada vez más el camino, los árboles habían acabado, solo quedaban aquí y allá escasos arbustos; lo demás eran prados requemados, rocas, desprendimientos de tierra roja.

—Perdone, mi capitán, ¿hay pueblos cerca?

—Cerca, no. Está San Rocco, pero habrá unos treinta kilómetros.

—No muchas diversiones, entonces, me imagino.

—No muchas diversiones, no muchas, efectivamente.

El aire se había vuelto más fresco, los flancos de las montañas se redondeaban, dejando presagiar las crestas finales.

—¿Y no se aburre uno, mi capitán? —preguntó Giovanni con acento confidencial, riendo, como para indicar que a él le tenía sin cuidado.

—Uno se acostumbra —respondió Ortiz, y agregó con subyacente reproche—: Yo estoy aquí desde hace casi dieciocho años. Me equivoco, dieciocho años cumplidos.

—¿Dieciocho años? —dijo Drogo, impresionado.

—Dieciocho —respondió el capitán.

Un vuelo de cuervos pasó rasante junto a los dos oficiales, se abismó en el embudo del valle.

—Cuervos —dijo el capitán.

Giovanni no respondió, estaba pensando en la vida que le esperaba, se sentía ajeno a aquel mundo, a aquella soledad, a aquellas montañas. Preguntó:

—Y de los oficiales que van a cumplir allá arriba el servicio de su primer nombramiento, ¿hay alguno que después se quede?

—Ahora, pocos —respondió Ortiz, como arrepentido de haber hablado mal de la Fortaleza, dándose cuenta de que ahora el otro exageraba—; casi ninguno, incluso. Ahora todos quieren guarniciones brillantes. Antes era un honor la Fortaleza Bastiani, ahora casi parece un castigo.

Calló Giovanni, pero el otro insistía:

—Después de todo, es una guarnición de frontera. En general hay elementos de primera. Un puesto de frontera es siempre un puesto de frontera, efectivamente.

Drogo callaba, con una repentina opresión encima. El horizonte se había ensanchado; al fondo aparecían curiosos perfiles de montañas rocosas, peñas agudas que se superponían en el cielo.

—Ahora, incluso en el ejército, las concepciones han cambiado —continuaba Ortiz—. Antes la Fortaleza Bastiani era un gran honor. Ahora dicen que es una frontera muerta; no piensan que la frontera siempre es frontera y que nunca se sabe…

Un arroyo atravesaba el camino. Se detuvieron para dar de beber a los caballos, y bajando de las sillas, caminaron un poco de arriba abajo para desentumecerse.

Ortiz dijo:

—¿Sabe lo que es efectivamente de primera? —y se rio de gusto.

—¿Qué, mi capitán?

—La cocina, ya verá cómo se come en la Fortaleza. Y eso explica la frecuencia de las inspecciones. Cada quince días, un general.

Drogo rio por cumplido. No conseguía entender si Ortiz era un cretino, si ocultaba algo o si decía semejantes cosas sin más, sin el mínimo interés.

—¡Estupendo! —dijo Giovanni—, ¡tengo un hambre!

—Oh, ya no nos falta mucho. ¿Ve aquella joroba con una mancha de grava? Allí está, exactamente detrás.

Al reanudar su camino, exactamente detrás de la joroba con una mancha de grava, los dos oficiales desembocaron en el límite de una altiplanicie que subía levemente y la Fortaleza apareció ante ellos, a unos cientos de metros.

Realmente, parecía pequeña comparada con la visión de la tarde anterior. Del fuerte central, que en el fondo se parecía a un cuartel con pocas ventanas, salían dos bajos murallones almenados que lo unían con los reductos laterales, dos a cada lado. Las murallas cortaban así débilmente todo el desfiladero, de unos quinientos metros de ancho, cerrado en los costados por rocas altas y abruptas.

A la derecha, justamente bajo la pared de la montaña, la altiplanicie se hundía en una especie de puerto de montaña; por allí pasaba la vieja carretera del desfiladero, y terminaba contra las murallas.

El fuerte estaba silencioso, inmerso en el pleno sol meridiano, carente de sombras. Sus murallas (el frente no se divisaba, pues estaba orientado a septentrión) se extendían desnudas y amarillentas. Una chimenea emitía un pálido humo. A lo largo de todo el borde del edificio central, de las murallas y de los reductos se veían docenas de centinelas, con el fusil al hombro, caminando metódicos de un lado a otro, cada uno por un breve trecho. Semejantes a un movimiento pendular, escandían la marcha del tiempo, sin romper el encanto de aquella soledad que resultaba inmensa.

Las montañas se prolongaban a derecha e izquierda hasta perderse de vista en escarpadas cadenas, aparentemente inaccesibles. También ellas, al menos a esa hora, tenían un color amarillo y requemado.

Instintivamente Giovanni Drogo detuvo su caballo. Girando lentamente la vista, contemplaba los tétricos muros, sin conseguir descifrar su sentido. Pensó en una cárcel, pensó en un palacio abandonado. Un leve soplo de viento hizo ondear una bandera sobre el fuerte, que antes colgaba fláccida, confundiéndose con el mástil. Se oyó un vago eco de cornetas. Los centinelas caminaban lentos. En la explanada ante la puerta de entrada tres o cuatro hombres (no se veía a esa distancia si eran soldados) estaban cargando sacos en un carro. Pero todo se estancaba en una pereza misteriosa.

También el capitán Ortiz se había parado a mirar el edificio.

—Ahí está —dijo, aunque fuera perfectamente inútil.

Drogo pensó: «Ahora me pregunta qué me parece», y le fastidió. Pero el capitán calló.

No era imponente la Fortaleza Bastiani, con sus bajas murallas, ni hermosa en cierto modo, ni pintoresca con torres y bastiones; absolutamente nada que consolase de su desnudez, que recordase las cosas dulces de la vida. Y, sin embargo, como la noche anterior desde el fondo de la garganta, Drogo la miraba hipnotizado y en su corazón entraba una inexplicable excitación.

¿Y detrás, qué había? Al otro lado de aquel inhóspito edificio, al otro lado de las almenas, de las casamatas, de los polvorines, que cerraban la visión, ¿qué mundo se abría? ¿Cómo aparecía el reino del norte, el pedregoso desierto por el que nadie había pasado nunca? El mapa —recordaba vagamente Drogo— marcaba al otro lado de los confines una vasta zona con poquísimos nombres, pero desde lo alto de la Fortaleza se vería al menos algún pueblo, algún prado, una casa…, ¿o bien solo la desolación de una landa deshabitada?

Se sintió repentinamente solo, y su petulancia de soldado, tan desenvuelta hasta ahora, mientras duraron las plácidas experiencias de la guarnición, con una casa cómoda, amigos alegres siempre al lado, con pequeñas aventuras en los jardines nocturnos, toda la seguridad en sí mismo le falló de golpe. Le parecía la Fortaleza uno de esos mundos desconocidos a los que nunca había pensado en serio que podría pertenecer, no porque le parecieran odiosos, sino por infinitamente alejados de su vida normal. Un mundo mucho más exigente, sin otro esplendor que el de sus geométricas leyes.

¡Oh, regresar! No cruzar siquiera el umbral de la Fortaleza y descender a la llanura, a su ciudad, a sus viejas costumbres. Este fue el primer pensamiento de Drogo, y no importa que tal debilidad fuera vergonzosa en un soldado, estaba incluso dispuesto a confesarla si hacía falta, con tal de que lo dejaran marcharse de inmediato. Pero una densa nube se alzaba, blanca, desde el invisible horizonte del Norte, sobre las escarpas, y los centinelas, imperturbables, bajo el sol a plomo, marchaban de arriba abajo como autómatas. El caballo de Drogo soltó un relincho. Después volvió a hacerse un gran silencio.

Giovanni apartó por fin los ojos de la Fortaleza y miró a su lado, al capitán, esperando una palabra amiga. También Ortiz se había quedado inmóvil y miraba intensamente las amarillas murallas. Sí, él, que vivía allí desde hacía dieciocho años, las contemplaba, casi hechizado, como si volviera a ver un prodigio. Parecía no cansarse de remirarlas y una vaga sonrisa, de alegría y tristeza al tiempo, iluminaba lentamente su rostro.

III

En cuanto llegó, Drogo se presentó al comandante Matti, ayudante del coronel. El teniente de guardia, un joven desenvuelto y cordial llamado Carlo Morel, lo acompañó a través del corazón de la Fortaleza. Desde el zaguán de entrada —donde se entreveía un gran patio desierto—, los dos se encaminaron por un largo corredor, cuyo final no se lograba ver. El techo se perdía en la penumbra; de vez en cuando una pequeña faja de luz entraba por finos ventanucos.

Solo en la planta de arriba encontraron un soldado que llevaba un fajo de papeles. Los muros desnudos y húmedos, el silencio, la escualidez de las luces… Todos allí dentro parecían haber olvidado que en alguna parte del mundo existían flores, mujeres risueñas, casas alegres y hospitalarias. Todo allí dentro era una renuncia, pero ¿a qué, por qué misterioso bien? Ahora avanzaban por el tercer piso, a lo largo de un corredor exactamente idéntico al primero. Se oía, al otro lado de unos muros, el lejano eco de una carcajada que a Drogo le pareció inverosímil.

El comandante Matti era regordete y sonreía con excesiva afabilidad. Su despacho era vasto, grande era también el escritorio, atestado ordenadamente de papeles. Había un retrato en colores del rey y el sable del comandante colgaba de un adecuado pivote de madera.

Drogo se cuadró y se presentó, mostró sus documentos personales, comenzó a explicar que no había pedido que lo destinaran a la Fortaleza (estaba decidido, en cuanto fuera posible, a pedir el traslado), pero Matti lo interrumpió.

—He conocido hace años a su padre, teniente. Un caballero ejemplar. Sin duda usted querrá hacer honor a su memoria. Presidente del Tribunal Supremo, si no me equivoco…

—No, mi comandante —dijo Drogo—. Mi padre era médico.

—Ah, ya, médico; caramba, me confundía, médico, sí, sí.

Matti pareció turbado durante un momento y Drogo notó que, llevándose a menudo la mano izquierda al cuello, trataba de ocultar una mancha de grasa, redonda, una mancha evidentemente reciente, en el pecho del uniforme.

El comandante se recobró en seguida:

—Mucho gusto en verlo por aquí —dijo—. ¿Sabe lo que ha dicho Su Majestad Pedro III?: «La Fortaleza Bastiani, centinela de mi corona», y

yo agregaré que es un gran honor pertenecer a ella. ¿Acaso no está convencido, teniente?

Decía esto mecánicamente, como una fórmula aprendida hacía años, que había que sacar en determinadas ocasiones.

—Precisamente, mi comandante —dijo Giovanni—. Tiene toda la razón, pero, se lo confieso, para mí ha sido una sorpresa. Tengo familia en la ciudad, y preferiría, si es posible, quedarme allí…

—Ah, ¿conque quiere dejarnos antes aún de haber llegado, podría decirse? Le confieso que me desagrada, me desagrada…

—No es que yo quiera. No me permito discutir… Quiero decir que…

—Entendido —dijo el comandante con un suspiro, como si se tratase de una vieja historia y él supiera disculparla—. Entendido: usted se imaginaba distinta la Fortaleza y ahora se ha asustado un poco. Pero, dígame honradamente: ¿cómo puede juzgar, honradamente, si ha llegado hace unos minutos?

Drogo dijo:

—Mi comandante, no tengo nada contra la Fortaleza… Solo que preferiría quedarme en la ciudad, o cerca, por lo menos. ¿Entiende? Le hablo confidencialmente; veo que usted comprende estas cosas, me remito a su amabilidad…

—¡Claro, claro! —exclamó Matti con una breve risa—. ¡Estamos aquí para eso! De mala gana no queremos a nadie, ni siquiera al último de los centinelas. Solo que lo siento, me parece usted un buen muchacho…

El comandante calló un momento, como para meditar sobre la solución mejor. Entonces Drogo, volviendo un poco la cabeza a la izquierda, fijó la mirada en la ventana, abierta al patio interior. Se veía el muro frontero, amarillento como los otros y batido por el sol, con los rectángulos negros de las escasas ventanas. Había también un reloj que marcaba las dos y, en la terraza más alta, un centinela que marchaba de un lado a otro, con el fusil al hombro: Pero sobre el final del edificio, lejana, dentro de la reverberación meridiana, asomaba una cima rocosa. Se veía solo la última punta y no tenía en sí nada especial. Mas en aquel trozo de roca estaba, para Giovanni Drogo, la primera llamada visible de la tierra del norte, del legendario reino que amenazaba a la Fortaleza. ¿Cómo era el resto? Una luz soñolienta provenía de esa parte, entre lentas humaredas de calígine. Entonces el comandante empezó a hablar de nuevo:

—Dígame —preguntaba a Drogo—, ¿usted querría regresar inmediatamente o no le importa esperar unos meses? A nosotros, le

repito, nos es indiferente… desde el punto de vista formal, por supuesto —agregó, para que la frase no sonara descortés.

—Ya que debo regresar —dijo Giovanni, agradablemente sorprendido por la inexistencia de dificultades—, ya que debo regresar, me parece que será mejor en seguida.

—De acuerdo, de acuerdo —lo tranquilizó el comandante—. Pero ahora le explico: si usted quiere marcharse en seguida, entonces lo mejor será que se haga pasar por enfermo. Vaya usted un par de días a la enfermería, en observación, y el médico le dará un certificado. Por otra parte, hay muchos que no aguantan la altura…

—¿Es necesario hacerse pasar por enfermo? —preguntó Drogo, a quien no le gustaba aquella ficción.

—Necesario no, pero lo simplifica todo. Si no, tendría usted que hacer una petición de traslado por escrito, hay que mandar esa petición al Mando Supremo, el Mando Supremo tiene que responder, se requieren por lo menos dos semanas. Y, sobre todo, tiene que ocuparse de ello el coronel, y yo preferiría evitarlo. En el fondo estas cosas le desagradan, se aflige, esa es la palabra, se aflige, como si ofendieran a su Fortaleza. Mire, si yo fuera usted, voy a serle sincero, preferiría evitar…

—Pero, mi comandante, perdone —observó Drogo—, no sabía yo eso. Si el marcharme me puede perjudicar, entonces es otro asunto.

—Ni se le ocurra, teniente, no me ha entendido usted. En ningún caso va a sufrir su carrera. Se trata solo, ¿cómo decirlo?, de un matiz… Es cierto, y se lo he dicho de inmediato, que al coronel la cosa no le va a gustar. Pero si usted está realmente decidido…

—No, no —dijo Drogo—, si las cosas son como usted dice, quizá sea mejor el certificado médico.

—A menos que… —dijo Matti con una sonrisa insinuante, dejando la frase en suspenso.

—A menos, ¿qué?

—A menos que usted se acomode a quedarse aquí cuatro meses, lo cual sería la mejor solución.

—¿Cuatro meses? —preguntó Drogo, ya bastante desilusionado, tras la perspectiva de poder marcharse en seguida.

—Cuatro meses —confirmó Matti—. El procedimiento es mucho más regular. Ahora le explico: dos veces al año nos hacen a todos un reconocimiento médico, está prescrito formalmente. El próximo será dentro de cuatro meses. Me parece la mejor ocasión para usted. Y el

certificado será negativo; a eso, si usted quiere, me comprometo yo. Puede estar absolutamente tranquilo.

»Amén de eso —prosiguió el comandante, tras una pausa—, amén de eso, cuatro meses son cuatro meses y bastan para un informe personal. Puede estar seguro de que el coronel se lo hará. Y usted sabe el valor que eso puede tener para su carrera. Pero, entendámonos, entendámonos bien: se trata de un simple consejo mío, usted es absolutamente libre…

—Sí, mi comandante —dijo Drogo—, lo entiendo perfectamente.

—El servicio aquí no es fatigoso —subrayó el comandante—, casi siempre servicio de guardia. Y el Reducto Nuevo, que es un poco más comprometido, no se le confiará al principio. Nada de trabajo, no tenga miedo, si acaso más bien se aburrirá.

Pero Drogo no escuchaba apenas las explicaciones de Matti, atraído extrañamente por el recuadro de la ventana, con aquel trocito de roca que asomaba por el muro de enfrente. Un vago sentimiento que no lograba descifrar se insinuaba en su alma; quizá una cosa estúpida y absurda, una sugestión sin sentido.

Al mismo tiempo se sentía un tanto tranquilizado.

Aún le urgía marcharse, pero ya sin la angustia de antes. Casi se avergonzaba de las aprensiones experimentadas a la llegada. ¿Es que no podía estar a la altura de todos los demás? Una partida inmediata —pensaba ahora— podía equivaler a una confesión de inferioridad. Así, el amor propio luchaba con el deseo de la vieja existencia familiar.

—Mi comandante —dijo Drogo—, le agradezco sus consejos, pero déjeme pensarlo hasta mañana.

—Muy bien —dijo Matti, con evidente satisfacción—. ¿Y esta noche? ¿Quiere que lo vea el coronel en el comedor, o prefiere dejar la cosa pendiente?

—Bueno —respondió Giovanni—, me parece inútil esconderme, y mucho más si luego tengo que quedarme cuatro meses.

—Mejor —dijo el comandante—. Así se animará. Ya verá qué gente tan simpática, todos oficiales de primera.

Matti sonrió, y Drogo comprendió que había llegado el momento de irse. Pero antes preguntó:

—Mi comandante —dijo con voz aparentemente tranquila—, ¿puedo echar un vistazo al norte, ver qué hay al otro lado de las murallas?

—¿Al otro lado de las murallas? No sabía que le interesasen los panoramas —respondió el mayor.

—Solo un vistazo, mi comandante, solo por curiosidad. He oído decir que hay un desierto, y nunca he visto uno.

—No vale la pena, teniente. Un paisaje monótono, no tiene nada de hermoso. Hágame caso, ¡no piense más en ello!

—No insisto, mi comandante —dijo Drogo—. No creía que fuera un problema.

El comandante Matti unió, como para rezar, las puntas de sus dedos gordezuelos:

—Me ha pedido usted lo único que no puedo concederle —dijo—. A las murallas y a los cuerpos de guardia solo pueden ir los militares de servicio; hay que conocer el santo y seña.

—Pero ¿ni por excepción? ¿Ni siquiera un oficial?

—Ni siquiera un oficial. Ah, lo entiendo muy bien: a ustedes, los de la ciudad, esas cosas les parecen ridículas. El santo y seña no es, por lo demás, un gran secreto allá. Aquí, en cambio, es muy distinto.

—Discúlpeme si insisto, mi comandante, pero…

—Dígame, dígame, teniente.

—Quería decir: ¿no hay ni siquiera una tronera, una ventana, por la que se pueda mirar?

—Solo una. Solo una, en el despacho del coronel. Desgraciadamente nadie ha pensado en un mirador para los curiosos. Pero no vale la pena, se lo repito, es un paisaje que no vale nada. Oh, ya se hartará de ese panorama, si se decide a quedarse.

—Gracias, mi comandante. A la orden —y saludó, cuadrándose.

Matti hizo un gesto amistoso con la mano:

—Hasta la vista, teniente. Y no piense en ello: es un paisaje que no vale nada, se lo garantizo, un paisaje estupidísimo.

Sin embargo, esa misma noche el teniente Morel, que salía de su servicio de guardia, llevó a escondidas a Drogo al extremo de las murallas, para que pudiese ver.

Un larguísimo corredor iluminado por escasos faroles acompañaba todo el despliegue de las murallas, de un límite a otro del desfiladero. De vez en cuando había una puerta; almacenes, talleres, cuerpos de guardia. Anduvieron unos ciento cincuenta metros hasta la entrada del tercer reducto. En el umbral había un centinela armado. Morel pidió hablar con el teniente Grotta, que mandaba la guardia.

Así, a pesar del reglamento, pudieron entrar. Giovanni se encontró en un pequeño pasadizo de tránsito; en una pared, bajo una luz, había un cuadro con los nombres de los soldados de servicio.

—Ven, ven por aquí —dijo Morel a Drogo—, más vale acabar pronto.

Drogo lo siguió por una estrecha escalera que desembocaba al aire libre, sobre las escarpas del reducto. El teniente Morel le hizo un gesto al centinela que vigilaba aquel tramo, como para indicarle que las formalidades eran inútiles.

Giovanni se encontró de repente asomado a las almenas del perímetro; ante él, inundado por la luz del ocaso, se hundía el valle, se abrían a sus ojos los secretos del septentrión.

Una vaga palidez había aparecido en el rostro de Drogo, que miraba, petrificado. El centinela próximo se había detenido y un desmesurado silencio parecía haber descendido entre los halos del crepúsculo. Después Drogo preguntó, sin apartar la vista:

—¿Y detrás? ¿Qué hay detrás de aquellas rocas? ¿Todo igual, hasta el fondo?

—Nunca lo he visto —respondió Morel—. Hay que ir al Reducto Nuevo, aquel de allá abajo, en la cima de aquel cono. Desde allí se ve toda la llanura de delante. Dicen… —y calló.

—Dicen… ¿Qué dicen? —preguntó Drogo, y una insólita inquietud temblaba en su voz.

—Dicen que son solo piedras, una especie de desierto, piedras blancas, dicen, como si fuera nieve.

—¿Solo piedras? ¿Nada más?

—Eso dicen, y algunas charcas.

—Pero en el fondo, al norte, ¿es que no se ve nada?

—En el horizonte suele haber niebla —dijo Morel, que había perdido la cordial exuberancia de antes—. Están las nieblas del norte, que no dejan ver.

—¡Nieblas! —exclamó Drogo, incrédulo—. No estarán siempre, algún día el horizonte será claro.

—Casi nunca es claro, ni siquiera en invierno. Pero hay quien dice haber visto…

—¿Dicen haber visto? ¿Qué?

—Lo habrán soñado… Vete tú a creerles a los soldados. Uno dice una cosa, otro dice otra. Algunos dicen haber visto unas torres blancas, o bien dicen que hay un volcán que humea, y que de allí salen las nieblas. Hasta Ortiz, el capitán, asegura haberlo visto, hará ahora unos cinco años. De creerlo, hay una larga mancha negra, deberían de ser bosques.

Callaron. ¿Dónde había visto ya Drogo aquel mundo? ¿Lo había vivido quizá en sueños o lo había construido al leer alguna vieja fábula? Le parecía reconocer las bajas rocas caídas, el valle tortuoso sin árboles ni verde, aquellos precipicios sesgados y por último aquel triángulo de desolada llanura que las rocas de delante no lograban ocultar. Ecos profundísimos de su alma se habían despertado, y él no sabía entenderlos.

Ahora Drogo miraba el mundo del septentrión, la landa deshabitada a través de la cual los hombres, se decía, nunca habían pasado. Jamás por allí habían llegado enemigos, jamás se había combatido, jamás había ocurrido nada.

—¿Qué? —preguntó Morel, buscando un tono jovial—. ¿Qué? ¿Te gusta?

—¡Hombre!… —Drogo solo supo decir esto. Deseos confusos revoloteaban en su interior, junto con insensatos miedos.

Se oyó una corneta, un pequeño sonido de corneta, quién sabe dónde.

—Es mejor que te vayas ahora —aconsejó Morel.

Pero Giovanni pareció no oírlo, atento a buscar algo entre sus propios pensamientos. Las luces de la tarde se debilitaban, y el viento, despertado por las sombras, rozaba las arquitecturas geométricas de la Fortaleza. Para entrar en calor, el centinela había vuelto a andar, mirando de vez en cuando a Giovanni Drogo, desconocido para él.

—Es mejor que te vayas ahora —repitió Morel, cogiendo a su colega de un brazo.

IV

Muchas veces había estado solo: en algunos casos, de niño, perdido en el campo, otras veces en la ciudad nocturna, en las calles habitadas por el crimen, y hasta la noche antes, que había dormido por el camino. Pero ahora era algo muy distinto, ahora que había acabado la excitación del viaje y sus nuevos colegas estaban ya durmiendo, y él se sentaba en su cuarto, a la luz de la lámpara, en el borde de la cama, triste y desamparado. Ahora sí que entendía en serio qué era la soledad (una habitación nada fea, toda recubierta de madera, con una gran cama, una mesa, un incómodo sofá, un armario). Todos habían sido amables con él, en la mesa habían descorchado una botella en su honor, pero ahora se les daba un ardite de él, lo habían olvidado ya por completo (sobre la cama un crucifijo de madera, al otro lado un viejo grabado con una larga inscripción cuyas primeras palabras se leen: *Humanissimi Viri Francisci Angloisi virtutibus*). Nadie entraría a saludarlo durante toda la noche; nadie en toda la Fortaleza pensaba en él, y no solo en la Fortaleza, probablemente tampoco en todo el mundo había un alma que pensase en Drogo; cada uno tiene sus ocupaciones, cada uno apenas se basta a sí mismo, hasta la madre, podía ser, hasta ella en ese momento tenía en la cabeza otras cosas, él no era su único hijo, en Giovanni había pensado todo el día, ahora les tocaba a los otros. Muy justo, admitía Giovanni, sin una sombra de reproche; pero mientras tanto él estaba sentado en el borde de la cama, en la habitación de la Fortaleza (grabado en la madera de la pared, lo notaba ahora, coloreado con extraordinaria paciencia, un sable de tamaño natural, que a primera vista incluso podía parecer auténtico, meticuloso trabajo de algún oficial, quién sabe hace cuántos años), estaba sentado, pues, en el borde de la cama, con la cabeza un poco inclinada hacia adelante, la espalda encorvada, miradas átonas y pesadas, y se sentía solo como nunca en su vida.

Drogo se levantó con un esfuerzo, abrió la ventana, miró hacia fuera. La ventana daba al patio y no se veía nada más. Como miraba hacia el sur, Giovanni trató en vano de distinguir, en la noche, las montañas que había atravesado para llegar a la Fortaleza; resultaban más bajas, ocultas tras el muro frontero.

Solo había tres ventanas iluminadas, pero pertenecían a su misma fachada, de modo que no se veía su interior; su halo de luz y el de la habitación de Drogo se grababan en el muro opuesto, agigantados, y en uno de ellos se agitaba una sombra, quizá un oficial que estaba desnudándose.

Cerró la ventana, se desnudó, se metió en la cama, se quedó unos minutos pensando, mirando al techo, también revestido de madera. Se había olvidado de traer algo para leer, pero esa noche no le importaba porque tenía mucho sueño. Apagó la lámpara; poco a poco de la

oscuridad emergió el rectángulo claro de la ventana y Drogo vio brillar las estrellas.

Le pareció que un entorpecimiento repentino lo arrastraba al sueño. Pero estaba demasiado consciente. Una barahúnda de imágenes, como de sueño, pasaron ante él, comenzaban incluso a formar una historia; pero tras unos instantes advirtió que estaba aún despierto.

Más despierto que antes, pues lo impresionó la vastedad del silencio. Lejanísima, aunque, ¿sería real?, le llegó una tos. Después, cercano, un fláccido «ploc» de agua, que se propagó por los muros. Una pequeña estrella verde (la veía, quedándose él inmóvil) estaba alcanzando, en su viaje nocturno, el límite superior de la ventana, dentro de poco habría desaparecido; centelleó un instante exactamente sobre el borde negro, y después desapareció, en efecto. Drogo quiso seguirla un poco más, desplazando la cabeza hacia adelante. En ese momento se oyó un segundo «ploc», parecido al zambullirse de un objeto en el agua. ¿Se repetiría otra vez? Esperó al acecho el sonido, ruido de subterráneos, de charcas, de casas muertas. Pasaron minutos inmóviles, un silencio absoluto parecía por fin incontrovertible señor de la Fortaleza. Y de nuevo se agolpaban en torno a Drogo insensatas imágenes de la vida lejana.

«¡Ploc!», ahí estaba otra vez el odioso sonido. Drogo se sentó. Conque era un ruido de repetición; además, los últimos sonidos no habían sido menores que el primero, no podía ser, pues, un goteo a punto de terminar. ¿Cómo era posible dormir? Drogo recordó que al lado de la cama colgaba un cordón, quizá de una campanilla. Probó a tirar, el cordón cedió y en un remoto recoveco del edificio respondió, casi imperceptiblemente, un breve tintineo. ¡Qué estupidez, pensó ahora Drogo, llamar por semejante fruslería! ¿Quién vendría?

En el corredor, fuera, resonaron poco después unos pasos, se acercaron cada vez más, alguien llamó a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Drogo.

Apareció un soldado con una linterna en la mano:

—¡A sus órdenes, mi teniente!

—Aquí no se puede dormir, ¡por Dios! —dijo Drogo, enfureciéndose en frío—. ¿Qué es ese asqueroso ruido? Alguna cañería que se sale; ocúpate de arreglarla, no se puede dormir; a veces basta con poner debajo un trapo.

—Es el aljibe —respondió el soldado inmediatamente, como experto en el asunto—. Es el aljibe, mi teniente, no hay nada que hacer.

—¿El aljibe?

—Sí, mi teniente —explicó el soldado—. El aljibe del agua, justamente detrás de esa pared. Todos se quejan, pero no se ha podido hacer nada. No se oye solo desde aquí. También el capitán Fonzaso chilla de vez en cuando, pero no hay nada que hacer.

—Vete, vete, entonces —dijo Drogo.

La puerta se cerró, los pasos se alejaron, se amplió nuevamente el silencio, brillaron las estrellas en la ventana. Giovanni pensaba ahora en los centinelas que a pocos metros de él caminaban como autómatas de un lado a otro, sin una pausa de respiro. Decenas y decenas de hombres estaban despiertos, mientras él yacía en la cama, mientras todo parecía inmerso en el sueño. Decenas y decenas —pensaba Drogo—, pero ¿por quién?, ¿para qué? El formalismo militar parecía haber creado, en aquella fortaleza, una insana obra maestra. Cientos de hombres para custodiar un desfiladero por el que nadie pasaría. Irse, irse lo más pronto posible —pensaba Giovanni—, salir fuera, al aire, salir de aquel misterio neblinoso. Oh, la decente casa; a estas horas su madre estaba durmiendo, con seguridad, con todas las luces apagadas; a menos que no pensara por un momento en él, era muy probable, la conocía bien, la preocupaba la más pequeña cosa y por la noche daba vueltas en la cama sin encontrar descanso.

De nuevo el rebosar del aljibe, de nuevo otra estrella que se perdió tras el recuadro de la ventana, aunque su luz seguía llegando al mundo, a las escarpas de la Fortaleza, a los ojos febriles de los centinelas, pero ya no a Giovanni Drogo, que esperaba el sueño, atormentado ahora por siniestras ideas.

¿Y si las sutilezas de Matti no fueran sino una comedia? ¿Y si en realidad, incluso pasados cuatro meses, no lo dejaran marcharse? ¿Si con sofísticos pretextos reglamentarios le impedían volver a ver la ciudad? ¿Tendría que quedarse allá arriba, años y años, y en aquella habitación, en aquella cama solitaria, se consumiría su juventud? Qué absurdas hipótesis, se decía Drogo, dándose cuenta de su necedad… Y, sin embargo, no conseguía desecharlas, al poco rato volvían a tentarlo, protegidas por la soledad de la noche.

Le parecía sentir crecer a su alrededor una oscura trama que intentaba retenerlo. Probablemente ni siquiera se trataba de Matti. Ni este, ni el coronel, ni ningún otro oficial se interesaban para nada por él. Desde luego les daba igual que se quedara o se marchara. Sin embargo, una fuerza desconocida trabajaba contra su regreso a la ciudad, quizá brotaba de su propia alma, sin que él lo advirtiese.

Después vio un atrio, un caballo por un camino blanco, después le pareció que lo llamaban por su nombre y lo asaltó el sueño.

V

Dos tardes después Giovanni Drogo subió por primera vez de servicio al tercer reducto. A las seis de la tarde formaron en el patio las siete guardias: tres para el fuerte, cuatro para los reductos laterales. La octava, para el Reducto Nuevo, se había marchado antes, porque había bastante camino por recorrer.

El sargento primero Tronk, vieja criatura de la Fortaleza, había traído a los 28 hombres del tercer reducto, más un corneta que hacía el 29. Todos eran de la segunda compañía, la del capitán Ortiz, a la que Giovanni había sido destinado. Drogo tomó el mando y desenvainó la espada.

Las siete guardias entrantes estaban alineadas, y desde una ventana, según la tradición, las observaba el coronel jefe de la plaza. En la amarilla tierra del patio formaban un dibujo negro, hermoso a la vista.

El cielo, barrido por el viento, resplandecía sobre las murallas, cortadas diagonalmente por el último sol. Una tarde de septiembre. El subjefe, teniente coronel Nicolosi, salió por la puerta de Comandancia, cojeando a causa de una vieja herida, y se apoyaba en la espada. Ese día estaba de servicio de inspección el gigantesco capitán Monti; su voz ronca dio las órdenes y todos al tiempo, absolutamente al tiempo, los soldados presentaron armas, con un poderoso estruendo metálico. Se hizo un vasto silencio.

Entonces, uno tras otro, los trompeteros de las siete guardias lanzaron los toques de costumbre. Eran las famosas trompetas de plata de la Fortaleza Bastiani, con cordones de seda roja y oro, y un gran escudo colgado. Su voz pura se ensanchó por el cielo y vibraba con ella el inmóvil enrejado de las bayonetas, con vaga sonoridad de campana. Los soldados estaban quietos como estatuas, sus rostros militarmente herméticos. No, no se preparaban para los monótonos turnos de guardia; con esas miradas de héroes parecía —desde luego— que iban a esperar al enemigo.

El último tañido quedó mucho tiempo en el aire, repetido por las lejanas murallas. Las bayonetas centellearon todavía un instante, bruñidas contra el cielo profundo, y después fueron tragadas por la formación, apagándose simultáneamente. El coronel había desaparecido de la ventana. Resonaron los pasos de las siete guardias que se esparcían hacia las respectivas murallas, a través de los laberintos de la Fortaleza.

Una hora después Giovanni Drogo estaba en la terraza que coronaba el tercer reducto, en el mismo punto donde hacía dos tardes había mirado hacia septentrión. Ayer había ido a curiosear como un viajero de paso.

Ahora era el amo, en cambio; durante veinticuatro horas todo el reducto y cien metros de murallas dependían solo de él. Cuatro artilleros, bajo sus pies, en el interior del fortín, se ocupaban de los dos cañones apuntados hacia el fondo del valle; tres centinelas se repartían el borde perimétrico del reducto, otros cuatro estaban escalonados a lo largo del murallón, hacia la derecha, con veinticinco metros para cada uno.

El relevo con los centinelas salientes se había producido con meticulosa precisión ante los ojos del sargento primero Tronk, especialista en los reglamentos. Tronk llevaba veintidós años en la Fortaleza y ahora ya ni siquiera se movía de ella en los períodos de permiso. Nadie conocía como él cada rincón de la fortificación, a menudo los oficiales se lo encontraban por la noche girando una visita de inspección, en la más negra oscuridad, sin la mínima luz. Cuando él estaba de servicio, los centinelas no abandonaban ni un instante el fusil, no se apoyaban en las murallas y hasta evitaban detenerse, porque las paradas solo estaban permitidas en casos excepcionales; Tronk no dormía en toda la noche y vagaba con pasos silenciosos por el camino de ronda, haciéndolos estremecerse. «¿Quién va? ¿Quién va?», preguntaban los centinelas, embrazando el fusil. «Gruta», respondía el sargento primero. «Gregorio», decía el centinela.

En la práctica, los oficiales y suboficiales de servicio de guardia recorrían el borde de sus propias murallas sin formalismos; los soldados los conocían bien de vista y habría parecido ridículo intercambiarse la contraseña. Solo con Tronk los soldados seguían el reglamento al pie de la letra.

Era bajo y delgado, con una cara de vejete, el pelo rapado; hablaba poquísimo, incluso con sus colegas, y en sus horas libres prefería en general quedarse solo, estudiando música. Era su manía, hasta el punto de que el maestro de la banda, el brigada Espina, era quizá su único amigo. Poseía una buena armónica, pero no la tocaba casi nunca, aunque la leyenda decía que era buenísimo; estudiaba armonía y decían que había escrito marchas militares. Pero no se sabía nada concreto.

No había peligro, cuando estaba de servicio, de que se pusiera a silbar, como era su costumbre durante el descanso. Normalmente caminaba a lo largo de las almenas, escrutando el valle del norte, en busca de quién sabe qué. Ahora estaba al lado de Drogo y le indicaba el camino de herradura que, a lo largo de abruptas pendientes, llevaba al Reducto Nuevo.

—Ahí tiene la guardia saliente —decía Tronk, señalando con el índice derecho; pero Drogo no logró distinguirla en la penumbra del crepúsculo. El sargento primero meneó la cabeza.

—¿Qué pasa? —preguntó Drogo.

—Pasa que el servicio así no marcha, siempre lo he dicho, es de locos —respondió Tronk.

—Pero ¿qué ha ocurrido?

—El servicio así no marcha —repitió Tronk—, tendrían que hacerlo primero, el relevo, en el Reducto Nuevo. Pero el señor coronel no quiere.

Giovanni lo miró asombrado. ¿Era posible que Tronk se permitiera criticar al coronel?

—El señor coronel —continuó el sargento primero con profunda seriedad y convicción, y desde luego no para rectificar sus últimas palabras— tiene toda la razón desde su punto de vista. Pero nadie le ha explicado el peligro.

—¿El peligro? —preguntó Drogo. ¿Qué peligro podía haber en trasladarse de la Fortaleza al Reducto Nuevo por aquel cómodo sendero en una localidad tan desierta?

—El peligro —repitió Tronk—. Un día u otro sucederá algo con esta oscuridad.

—¿Y qué habría que hacer? —preguntó Drogo, por mostrarse amable; toda aquella historia le interesaba muy relativamente.

—En tiempos —dijo el sargento primero, muy contento de poder alardear de su competencia—, en tiempos, en el Reducto Nuevo la guardia se cambiaba dos horas antes que en la Fortaleza. Siempre de día, incluso en invierno; y además el asunto de la contraseña estaba más simplificado. Se necesitaba una para entrar en el Reducto, y se necesitaba la contraseña nueva para el día de guardia y el regreso a la Fortaleza. Bastaba con dos. Cuando la guardia saliente estaba de regreso en la Fortaleza, aún no había entrado aquí la guardia nueva y valía todavía la contraseña.

—Ya, ya entiendo —decía Drogo, renunciando a seguirlo.

—Pero después tuvieron miedo —contaba Tronk—. Es imprudente, decían, dejar sueltos, fuera de los confines, tantos soldados que saben la contraseña. Nunca se sabe, decían, es más fácil que traicione un soldado entre cincuenta que un solo oficial.

—Sí, claro —asintió Drogo.

—Y entonces pensaron: mejor que la contraseña la sepa solo el comandante de puesto. Así, ahora salen de la Fortaleza tres cuartos de hora antes del relevo. Supongamos que es hoy. El relevo general se ha hecho a las seis. La guardia para el Reducto Nuevo se ha marchado de aquí a las cinco y cuarto, y ha llegado allá a las seis en punto. Para salir de la Fortaleza no necesita la contraseña, porque es una sección formada. Para entrar en el Reducto necesitaba la contraseña de ayer, y esa la sabía solo el oficial. Hecho el relevo en el Reducto, comienza la

contraseña de hoy, y esa también la sabe solo el oficial. Y dura veinticuatro horas, hasta que llega la nueva guardia a hacer el relevo. Mañana por la tarde, cuando los soldados regresen (podrán llegar a las seis y media, el camino de vuelta es menos fatigoso), en la Fortaleza habrá cambiado la contraseña. De modo que se necesita una tercera. El oficial tiene que saber tres: la que sirve para la ida, la que se gasta en el servicio y la tercera para la vuelta. Y todas estas complicaciones para que los soldados, mientras están por el camino, no sepan nada. Y yo digo —continuaba, sin preocuparse de si Drogo le hacía caso—, yo digo: si la contraseña la sabe solo el oficial y, supongamos, se siente mal por el camino, ¿qué hacen los soldados? No podrán obligarle a hablar. Y tampoco pueden volver al sitio del que han salido, porque mientras tanto también allí ha cambiado la contraseña. ¿No piensan en eso? Y además, ellos, que tanto buscan el secreto, no se dan cuenta de que así se necesitan tres contraseñas en lugar de dos, y que la tercera, para regresar al día siguiente a la Fortaleza, se pone en circulación más de veinticuatro horas antes… Suceda lo que suceda, están obligados a mantenerla, si no la guardia no puede volver a entrar.

—Pero —objetó Drogo— en la puerta los reconocerán, ¿no? ¡Verán perfectamente que es la guardia saliente!

Tronk miró al teniente con cierto tono de superioridad:

—Eso es imposible, mi teniente. Es la regla en la Fortaleza. Por la parte del norte nadie puede entrar sin contraseña, sea quien sea.

—Pero, entonces —dijo Drogo, irritado por aquel absurdo rigor—, entonces, ¿no sería más sencillo dar una contraseña especial para el Reducto Nuevo? Hacen el relevo primero, y la contraseña para regresar se le dice solo al oficial. Así los soldados no saben nada.

—Claro —dijo el suboficial, casi triunfante, como si hubiera estado al acecho de esa objeción—. Quizá fuera la mejor solución. Pero habría que cambiar el reglamento, se necesitaría una ley. El reglamento dice —entonó la voz con cadencia didáctica—: «La contraseña dura veinticuatro horas desde un relevo de la guardia al sucesivo; una sola contraseña rige en la Fortaleza y sus dependencias». Dice precisamente «sus dependencias». Habla claro. No cabe ningún truco.

—Pero en tiempos —dijo Drogo, que al principio no había estado atento—, ¿se hacía antes el relevo en el Reducto Nuevo?

—¡Seguro! —exclamó Tronk, y luego se corrigió—. Sí, mi teniente. Esta historia viene de hace dos años. Antes era mucho mejor.

El suboficial calló, Drogo lo miraba espantado. Tras veintidós años de Fortaleza, ¿qué quedaba de aquel soldado? ¿Recordaba aún Tronk que existían, en alguna parte del mundo, millones de hombres semejantes a él que no vestían uniforme? Que vagaban libres por la ciudad y por la noche podían, a su placer, meterse en la cama o ir a una taberna o al

teatro… No (al mirarlo se comprendía perfectamente), Tronk se había olvidado de los demás hombres, para él no existía sino la Fortaleza con sus odiosos reglamentos. Tronk ya no recordaba cómo sonaban las dulces voces de las muchachas, ni cómo eran los jardines, ni los ríos, ni otros árboles que los endebles y escasos arbustos diseminados por las cercanías de la Fortaleza. Tronk miraba, sí, hacia septentrión, pero no con el ánimo de Drogo; él contemplaba el sendero del Reducto Nuevo, el foso y la contraescarpa, inspeccionaba las posibles vías de acceso, pero no las salvajes rocas, ni aquel triángulo de llanura misteriosa, y mucho menos las nubes blancas que navegaban por el cielo ya casi nocturno.

Así, mientras llegaba la oscuridad, se apoderaba nuevamente de Drogo el deseo de huir. ¿Por qué no se había ido en seguida?, se reprochaba. ¿Por qué había cedido a la meliflua diplomacia de Matti? Ahora tenía que esperar que se consumieran cuatro meses, ciento veinte larguísimos días, la mitad de ellos de guardia en las murallas. Le pareció encontrarse entre hombres de otra raza, en una tierra extranjera, mundo duro e ingrato. Miró a su alrededor, reconoció a Tronk, que, inmóvil, observaba a los centinelas.

VI

Ya había caído la noche. Drogo estaba sentado en la desnuda habitación del reducto y se había hecho llevar papel, tinta y pluma para escribir.

«Querida mamá», comenzó a escribir, e inmediatamente se sintió como cuando era niño. Solo, a la luz de un farol, mientras nadie lo veía, en el corazón de la Fortaleza desconocida para él, lejos de su casa, de todas las cosas familiares y buenas, le parecía un consuelo poder al menos abrir completamente su corazón.

Con los demás, con sus colegas oficiales, tenía que aparentar ser un hombre, tenía que reír con ellos y contar historias jactanciosas de militares y mujeres. ¿A quién, sino a su madre, podía decirle la verdad? Y la verdad de Drogo esa noche no era una verdad de valiente soldado, no era probablemente digna de la austera Fortaleza, sus camaradas se habrían reído de ella. La verdad era el cansancio del viaje, la opresión de los tétricos muros, el sentirse completamente solo.

«He llegado agotado después de dos días de camino —así le escribiría—, y, al llegar, he sabido que si quería podía regresar a la ciudad. La Fortaleza es melancólica, no hay pueblos cercanos, no hay ninguna diversión y ninguna alegría.» Eso le escribiría.

Pero Drogo se acordó de su madre, a esas horas ella pensaba en él y se consolaba con la idea de que el hijo lo estaba pasando bien, con amigos simpáticos y acaso, quién sabe, en amable compañía. Desde luego, ella lo creía satisfecho y sereno.

«Querida mamá —escribió su mano—. He llegado anteayer tras un viaje espléndido. La Fortaleza es grandiosa…» Oh, darle a entender la sordidez de aquellas murallas, aquel aire vago de castigo y exilio, aquellos hombres ajenos y absurdos. Y, en cambio: «Los oficiales me han acogido cariñosamente —escribía—. Incluso el comandante, ayudante del coronel, ha sido muy amable y me ha dejado en entera libertad de regresar a la ciudad si quería. Pero yo…»

Quizá en ese momento su madre andaba por su habitación abandonada, abría un cajón, ponía en orden algunos de sus trajes viejos, los libros, la escribanía; los había ordenado ya muchas veces, pero le parecía encontrar así en parte la viva presencia de él, como si fuera a volver a casa, como de costumbre, antes de cenar. Le parecía oírlo, el conocido rumor de sus pasitos inquietos que se dirían preocupados siempre por alguien. ¿Cómo iba a tener valor para amargarla? Si hubiera estado a su lado, en la misma habitación, absortos bajo la luz familiar, entonces sí que Giovanni se lo habría dicho todo, y ella no habría tenido tiempo de contristarse, porque él estaba a su lado y lo peor había pasado ya.

Pero así, de lejos, ¿por carta? Sentado a su lado, ante la chimenea, en la consoladora tranquilidad de la antigua casa, entonces sí que le habría hablado del comandante Matti y de sus insidiosas lisonjas, de las manías de Tronk… Le habría dicho cuán estúpidamente había aceptado quedarse cuatro meses, y probablemente ambos se habrían reído de ello. Pero ¿cómo hacer, desde tan lejos?

«Pero yo —escribía Drogo— he creído conveniente para mí y para mi carrera quedarme algún tiempo aquí arriba… Además, la compañía es muy simpática, el servicio fácil y nada fatigoso.» ¿Y su habitación, el ruido del aljibe, el encuentro con el capitán Ortiz y la desolada tierra del norte? ¿No tenía que explicarle los férreos reglamentos de la guardia, el desnudo reducto donde se encontraba? No, ni siquiera con su madre podía ser sincero, ni siquiera confesarle a ella los oscuros temores que no le dejaban en paz.

En su casa, en la ciudad, los relojes, uno tras otro, con voces distintas, daban ahora las diez; con los toques tintineaban levemente los vasos en los aparadores, de la cocina llegaba el eco de una carcajada, del otro lado de la calle el sonido de un piano. A través de una estrechísima ventanita, casi una tronera, Drogo podía, desde el sitio donde estaba sentado, echar un vistazo al valle del norte, aquella tierra triste; pero ahora no se veía más que oscuridad. La pluma rechinaba un poco. Aunque triunfaba la noche, el viento empezaba a soplar entre las almenas trayendo ignotos mensajes, aunque dentro del reducto se amontonaban densas las tinieblas y el aire era húmedo e ingrato, «en conjunto estoy muy contento y me encuentro muy bien», escribía Giovanni Drogo.

Desde las nueve de la noche al alba, cada media hora sonaba una campana en el cuarto reducto, en el extremo derecho del desfiladero, donde acababan las murallas. Sonaba una pequeña campana y en seguida el último centinela llamaba al camarada más próximo; la llamada corría en la noche desde este al soldado siguiente, y después avanzaba hasta el extremo opuesto de las murallas, de reducto en reducto, a través del fuerte y a lo largo del conjunto de bastiones. «¡Alerta! ¡Alerta!» Los centinelas no ponían el menor entusiasmo en el grito, lo repetían mecánicamente, con extraños timbres de voz.

Tendido en el camastro, sin haberse desnudado, Giovanni Drogo, invadido por una creciente pesadez, sentía llegar a intervalos, desde lejos, aquel grito. «Aé…, aé…, aé…», le llegaba solo. Se hacía cada vez más fuerte, pasaba sobre él con la máxima intensidad, se alejaba hacia otra parte, hundiéndose poco a poco en la nada. Dos minutos después estaba de regreso, devuelto, como contraprueba, desde el primer fortín de la izquierda. Drogo lo oía acercarse una vez más, a pasos lentos e iguales: «aé…, aé…, aé…». Solo cuando estaba sobre él, repetido por sus propios centinelas, conseguía distinguir la palabra. Pero pronto el «¡alerta!» se confundía de nuevo en una especie de lamento que moría por fin en el último centinela, junto al pedestal de las rocas.

Giovanni oyó llegar la llamada cuatro veces, y cuatro veces volver a bajar por los bordes del fuerte hasta el punto de donde había salido. A la quinta, a la conciencia de Drogo llegó solo una vaga resonancia que provocó en él un leve estremecimiento. Se le pasó por la cabeza que no estaba bien, en un oficial de guardia, dormir; el reglamento lo permitía a condición de que no se desvistiera, pero casi todos los oficiales jóvenes de la Fortaleza, por una especie de elegante altanería, se quedaban despiertos toda la noche, leyendo, fumando cigarrillos, visitándose también abusivamente unos a otros y jugando a las cartas. Tronk, a quien antes Giovanni le había pedido información, le había dado a entender que era una buena norma estar despierto.

Tendido en el camastro, fuera del halo de la lámpara de petróleo, mientras fantaseaba sobre su propia vida, a Giovanni Drogo lo asaltó repentinamente el sueño. Y mientras tanto, precisamente esa noche —oh, si lo hubiera sabido, quizá no tendría ganas de dormir—, precisamente esa noche comenzaba para él la irreparable fuga del tiempo.

Hasta entonces había avanzado por la despreocupada edad de la primera juventud, un camino que de niño parece infinito, por el que los años discurren lentos y con paso ligero, de modo que nadie nota su marcha. Se camina plácidamente, mirando con curiosidad alrededor, no hay ninguna necesidad de apresurarse, nadie nos hostiga por detrás y nadie nos espera, también los compañeros avanzan sin aprensiones, parándose a menudo a bromear. Desde las casas, en las puertas, las personas mayores saludan benignas, y hacen gestos indicando el horizonte con sonrisas de inteligencia; así el corazón empieza a latir con heroicos y tiernos deseos, se saborea la víspera de las cosas maravillosas que se esperan más adelante; aún no se ven, no, pero es seguro, absolutamente seguro, que un día llegaremos a ellas.

¿Queda aún mucho? No, basta con atravesar aquel río de allá al fondo, con franquear aquellas verdes colinas. ¿No habremos llegado ya, por casualidad? ¿No son quizá estos árboles, estos prados, esta blanca casa lo que buscábamos? Por unos instantes da la impresión de que sí y uno quisiera detenerse. Después se oye decir que delante es mejor, y se reanuda sin pensar el camino.

Así se continúa andando en medio de una espera confiada, y los días son largos y tranquilos, el sol resplandece alto en el cielo y parece que nunca tiene ganas de caer hacia poniente.

Pero en cierto punto, casi instintivamente, uno se vuelve hacia atrás y ve que una verja se ha atrancado a sus espaldas, cerrando la vía del retorno. Entonces se siente que algo ha cambiado, el sol ya no parece inmóvil, sino que se desplaza rápidamente, ¡ay!, casi no da tiempo de mirarlo y ya se precipita hacia el límite del horizonte; uno advierte que las nubes ya no se estancan en los golfos azules del cielo, sino que huyen superponiéndose unas a otras, tanta es su prisa; uno comprende que el

tiempo pasa y que el camino un día tranquilo tendrá que acabar también.

Cierran en cierto punto a nuestras espaldas una pesada verja, la cierran con velocidad fulminante y no da tiempo de regresar. Pero Giovanni Drogo en ese momento dormía, ignorante, y sonreía en sueños como hacen los niños.

Pasarán días antes de que Drogo comprenda lo que ha sucedido. Será entonces como un despertar. Mirará a su alrededor, incrédulo; después oirá un pataleo de pasos que llegan a sus espaldas, verá la gente que, despertada antes que él, corre afanosa y se le adelanta para llegar primero. Oirá el latido del tiempo escandir ávidamente la vida. A las ventanas ya no se asomarán risueñas figuras, sino rostros inmóviles e indiferentes. Y si él pregunta cuánto camino queda, ellos señalarán de nuevo al horizonte, sí, pero sin ninguna bondad ni alegría. Mientras tanto los compañeros se perderán de vista, alguno se queda atrás, agotado; otro ha escapado delante; ahora ya no es sino un minúsculo punto en el horizonte.

Detrás de aquel río —dirá la gente—, diez kilómetros más y habrás llegado. Pero nunca se acaba, los días se hacen cada vez más breves, los compañeros de viaje más escasos; en las ventanas hay apáticas figuras pálidas que sacuden la cabeza.

Hasta que Drogo se quede completamente solo y aparezca en el horizonte la franja de un inmenso mar azul, de color plomo. Ahora estará cansado, las casas a lo largo del camino tendrán casi todas las ventanas cerradas y las escasas personas visibles le responderán con un gesto desconsolado: lo bueno estaba detrás, muy detrás, y él ha pasado por delante sin saberlo. ¡Oh!, es demasiado tarde ya para regresar, detrás de él se amplía el estruendo de la multitud que lo sigue, empujada por idéntica ilusión, pero aún invisible por el blanco camino desierto.

Giovanni Drogo ahora duerme en el interior del tercer reducto. Sueña y sonríe. Por última vez llegan a él, en la noche, las dulces imágenes de un mundo completamente feliz. ¡Ay! Si pudiera verse a sí mismo, como estará un día, allá donde el camino acaba, parado a la orilla del mar de plomo, bajo un cielo gris y uniforme, y a su alrededor ni una casa, ni un hombre, ni un árbol, ni siquiera una brizna de hierba, y todo así desde tiempo inmemorial…

VII

Llegó por fin de la ciudad el cajón con la ropa del teniente Drogo. Entre otras cosas había una capa novísima, de extraordinaria elegancia. Drogo se la puso y se miró palmo a palmo en el pequeño espejo de su habitación. Aquello le pareció un vivo lazo con su mundo; pensó con satisfacción que todos lo mirarían, tan espléndida era la tela, tan orgullosos los pliegues que resultaban.

Pensó que no debía echarla a perder para el servicio de la Fortaleza, en las noches de guardia, entre los muros húmedos. También era de mal agüero ponérsela allá arriba por primera vez, como admitiendo que no tendría ocasiones mejores. Pero le disgustaba que no se la vieran y, aunque no hacía frío, quiso ponérsela al menos para ir al sastre del regimiento, al que le compraría otra de un tipo más corriente.

Salió, pues, de su habitación y echó a andar escaleras arriba, observando, donde la luz lo permitía, la elegancia de su sombra. Sin embargo, a medida que se adentraba por el corazón de la Fortaleza, la capa parecía perder en cierto modo su inicial esplendor. Drogo, además, se dio cuenta de que no conseguía llevarla con naturalidad; le parecía algo extraño, que llamaba la atención.

Le agradó, por tanto, que las escaleras y los corredores estuvieran casi desiertos. Un capitán al que encontró finalmente respondió a su saludo sin una mirada más de lo necesario. Ni siquiera los escasos soldados volvían la vista para mirarlo.

Bajó por una angosta escalera de caracol, excavada en el cuerpo de una muralla, y sus pasos resonaban por arriba y por abajo como si hubiera otra gente. Los preciosos faldones de la capa golpeaban, oscilando, los blancos mohos de los muros.

Drogo llegó así a los subterráneos. El taller del sastre Prosdocimo estaba situado en un sótano. Un rayo de luz bajaba, en los días buenos, de una pequeña ventanita al nivel del suelo, pero aquella tarde habían encendido ya las luces.

—Buenas noches, mi teniente —dijo Prosdocimo, el sastre del regimiento, en cuanto lo vio entrar.

En la gran habitación solo había algunos pequeños trechos iluminados: una mesa donde escribía un vejete, la mesa donde trabajaban tres jóvenes ayudantes. Todo alrededor colgaban flojos, con siniestro abandono de ahorcados, decenas y decenas de uniformes, gabanes y capas.

—Buenas noches —respondió Drogo—. Quisiera una capa, una capa que no cueste mucho, quisiera, basta con que dure cuatro meses.

—Déjeme ver —dijo el sastre con una sonrisa de desconfiada curiosidad, cogiendo un borde de la capa de Drogo y llevándolo hacia la luz; su graduación era la de brigada, pero su calidad de sastre parecía concederle el derecho de cierta irónica familiaridad con los superiores —. Buena tela, buena… Le habrá costado un ojo de la cara, imagino; allá en la ciudad no se andan con bromas —echó una ojeada de conjunto, de hombre que sabe de su oficio, meneó la cabeza haciendo temblar las mejillas llenas y sanguíneas—. Lástima que…

—Lástima ¿de qué?

—Lástima que el cuello sea tan bajo, es poco militar.

—Se usa así ahora —dijo Drogo con superioridad.

—La moda dirá que cuello bajo —dijo el sastre—, pero con nosotros, los militares, la moda no tiene nada que ver. La moda ha de ser el reglamento, y el reglamento dice «el cuello de la capa pegado al cuello, en forma de tira, de siete centímetros de ancho». Quizá usted crea, mi teniente, que yo soy un sastrecillo de poca monta, al verme en este agujero.

—¿Por qué? —dijo Drogo—. Nada de eso, al contrario.

—Usted probablemente cree que soy un sastrecillo de poca monta. Pero muchos oficiales me aprecian, incluso en la ciudad, y oficiales importantes. Estoy aquí arriba de forma ab-so-lu-ta-men-te pro-vi-sio-nal —y destacó las dos últimas palabras, como premisa de gran importancia.

Drogo no sabía qué decir.

—Espero marcharme de un día a otro —continuaba Prosdocimo—. Si no fuera por el coronel, que no quiere dejarme ir… Pero ¿de qué os reís vosotros?

En efecto, en la penumbra se había oído la risa sofocada de los tres ayudantes; ahora habían inclinado la frente, exageradamente atentos al trabajo. El vejete seguía escribiendo, ocupándose en lo suyo.

—¿Qué os daba tanta risa? —repitió Prosdocimo—. Sois tipos demasiado listos vosotros. Un día u otro os daréis cuenta.

—Ya —dijo Drogo—, ¿qué les daba tanta risa?

—Son unos estúpidos —dijo el sastre—. Mejor no hacerles caso.

En ese momento se oyeron pasos que bajaban por las escaleras y apareció un soldado. A Prosdocimo lo llamaban arriba, el brigada del almacén de vestuario.

—Discúlpeme, mi teniente —dijo el sastre—. Es un asunto del servicio. Dentro de dos minutos estoy de regreso.

Y siguió al soldado de arriba.

Drogo se sentó, preparándose para esperar. Al marcharse el jefe, los tres ayudantes habían interrumpido el trabajo. El vejete alzó por fin los ojos de sus papeles, se puso de pie, se acercó cojeando a Giovanni.

—¿Lo ha oído? —le preguntó con extraño acento, haciendo un ademán para señalar al sastre que había salido—. ¿Lo ha oído? ¿Sabe, mi teniente, cuántos años hace que está aquí, en la Fortaleza?

—No tengo ni idea…

—Quince años, mi teniente, quince condenados años, y sigue repitiendo la consabida historia: estoy aquí de forma provisional, de un día a otro espero…

Alguien rezongó en la mesa de los ayudantes. Ese debía ser su habitual objeto de risa. El vejete ni siquiera hizo caso.

—Y, en cambio, nunca se moverá de aquí —dijo—. Él, el señor coronel y otros muchos se quedarán aquí hasta que revienten; es una especie de enfermedad; tenga cuidado usted, mi teniente, que es nuevo; usted, que está recién llegado, tenga cuidado mientras aún está a tiempo…

—¿Tener cuidado de qué?

—De irse en cuanto pueda, de no coger su manía.

Drogo dijo:

—Yo estoy aquí solo por cuatro meses, no tengo la menor intención de quedarme.

El vejete dijo:

—Tenga cuidado igual, mi teniente. La cosa empezó con el coronel Filimore. Se preparan grandes acontecimientos, empezó a decir, lo recuerdo perfectamente, hará ya dieciocho años. «Acontecimientos», eso decía. Esa es su frase. Se le metió en la cabeza que la Fortaleza es importantísima, mucho más importante que todas las demás, que en la ciudad no entienden nada.

Hablaba despacio, entre una palabra y otra tenía tiempo de insinuarse el silencio.

—Se le metió en la cabeza que la Fortaleza es importantísima, que debe suceder algo.

Drogo sonrió:

—¿Que suceda algo? ¿Quiere decir una guerra?

—¿Quién sabe? Puede ser, incluso una guerra.

—¿Una guerra del lado del desierto?

—Del lado del desierto, probablemente —confirmó el vejete.

—Pero ¿quién? ¿Quién debería venir?

—¿Qué quiere que sepa yo? No vendrá nadie, claro. Pero el coronel en jefe estudió los mapas, dice que aún hay tártaros, dice, un resto del antiguo ejército que se entrega al pillaje aquí y allá.

En la penumbra se oyó una risa idiota de los tres ayudantes.

—Y aún está aquí, esperando —prosiguió el vejete—. Mire al coronel, al capitán Stizione, al capitán Ortiz, al teniente coronel, cada año va a suceder algo, siempre igual, hasta que les llegue el retiro —se interrumpió, dobló la cabeza a un lado, como para escuchar—. Me parecía oír pasos —dijo, pero no se oía a nadie.

—No oigo nada —dijo Drogo.

—¡Hasta Prosdocimo! —dijo el vejete—. Es un simple brigada, el sastre del regimiento, pero se ha unido a ellos. También él espera, hace ya quince años… Pero usted no está convencido, mi teniente, lo veo, usted se calla y piensa que son todo cuentos —agregó casi suplicante—: Tenga cuidado, le digo, se dejará usted sugestionar, también usted acabará quedándose, basta con mirarle a los ojos.

Drogo callaba, le parecía indigno de un oficial confiarse con un pobre hombre.

—Pero usted —dijo—, ¿qué hace entonces?

—¿Yo? —dijo el vejete—. Yo soy su hermano, trabajo aquí con él.

—¿Su hermano? ¿Su hermano mayor?

—Claro —sonrió el vejete—, su hermano mayor. También yo fui militar en tiempos, después me rompí una pierna, estoy reducido a esto.

En el silencio subterráneo Drogo sintió entonces los golpes de su corazón, que se había puesto a latir con fuerza. ¿De modo que también el vejete agazapado en el sótano haciendo cuentas, también aquella oscura y humilde criatura esperaba un destino heroico? Giovanni lo miraba a los ojos y el otro sacudió un poco la cabeza con amarga añoranza, como indicando que sí, que no había remedio: así estamos hechos —parecía decir— y no tenemos cura.

Quizá debido a que en alguna parte de la escalera se había abierto una puerta, se oían ahora, filtradas por los muros, lejanas voces humanas de indefinible origen; de vez en cuando cesaban dejando un vacío, poco después volvían a aflorar, iban y venían, como una lenta respiración de la Fortaleza.

Ahora Drogo comprendía por fin. Miraba las sombras múltiples de los uniformes colgados, que temblaban con el oscilar de las luces, y pensó que en ese mismo momento el coronel, en el secreto de su oficina, había abierto la ventana hacia el norte. Estaba seguro: en una hora tan triste como aquella por la oscuridad y el otoño, el comandante de la Fortaleza miraba hacia el septentrión, hacia las negras simas del valle.

Del desierto del norte tenía que llegar su fortuna, la aventura, la hora milagrosa que al menos una vez le toca a cada uno. Por esa posibilidad vaga, que parecía volverse cada vez más incierta con el tiempo, hombres hechos y derechos consumían allá arriba la mejor parte de su vida.

No se habían adaptado a la existencia común, a las alegrías de la gente normal, a un semidestino; unos al lado de otros vivían con idéntica esperanza, sin decir nunca una palabra de ella, porque no se daban cuenta o simplemente porque eran soldados, con el celoso pudor de la propia alma.

Quizá también Tronk, probablemente. Tronk seguía los artículos del reglamento, la disciplina matemática, el orgullo de la responsabilidad escrupulosa, y se hacía la ilusión de que eso le bastaba. Mas si le hubieran dicho: siempre así mientras vivas, todo igual hasta el final, también él habría despertado. Imposible, habría dicho. Algo distinto tendrá que venir, algo verdaderamente digno, como para poder decir: ahora, aunque haya acabado, paciencia.

Drogo había comprendido su fácil secreto y con alivio pensó que estaba al margen, espectador incontaminado. Dentro de cuatro meses, gracias a Dios, los dejaría para siempre. Las oscuras fascinaciones del viejo fortín se habían disuelto ridículamente. Eso pensaba. Pero ¿por qué el vejete seguía mirándolo, y con aquella expresión ambigua? ¿Por qué Drogo sentía deseos de silbar un poco, de beber vino, de salir al aire?

¿Quizá para demostrarse a sí mismo que era verdaderamente libre y estaba tranquilo?

VIII

He aquí los nuevos amigos de Drogo: los tenientes Carlo Morel, Pietro Angustina, Francesco Grotta, Max Lagorio. Están sentados con él en el comedor, en esta hora vacía. Solo queda un camarero, apoyado en la jamba de una lejana puerta, y los retratos de los antiguos coroneles, alineados en las paredes de alrededor, inmersos en la penumbra. Ocho botellas negras sobre el mantel, en el desorden de la cena acabada.

Todos están excitados en cierto sentido, en parte por el vino, en parte por la noche, y cuando sus voces callan, se oye fuera la lluvia.

Festejan al conde Max Lagorio, que se marcha al día siguiente, tras dos años de Fortaleza.

Lagorio dijo:

—Angustina, si te vienes también tú, te espero —lo dijo con su habitual tono de broma, pero se notaba que era cierto.

También Angustina había acabado los dos años de servicio, pero no quería partir. Angustina era pálido y estaba sentado con su perenne aire de despego, como si no se interesara para nada por ellos, como si estuviera allí por puro azar.

—Angustina —repitió Lagorio casi con un grito, en los límites de la borrachera—, si vienes tú también, te espero; estoy dispuesto a esperar tres días.

El teniente Angustina no respondió, lanzando una breve sonrisa de aguante. Su uniforme azul, desteñido por el sol, se destacaba entre los otros por una indefinible y negligente elegancia.

Lagorio se dirigió a los otros, a Morel, a Grotta, a Drogo:

—Decídselo también vosotros —y puso su mano derecha en el hombro de Angustina—. Le sentaría bien venir a la ciudad.

—¿Me sentaría bien? —preguntó Angustina, como curioso.

—En la ciudad estarías mejor, eso es. Todos, por lo demás, creo.

—Estoy perfectamente —dijo seco Angustina—. No necesito cuidarme.

—No he dicho que necesites cuidarte. He dicho que te sentaría bien.

Así habló Lagorio, y se oyó fuera, en el patio, caer la lluvia. Angustina se alisaba con dos dedos el bigotito, estaba aburrido, se veía.

Lagorio continuó:

—No piensas en tu madre, en los tuyos… Imagínate cuando tu madre…

—Mi madre sabrá acostumbrarse —respondió Angustina, con amargo sobreentendido.

Lagorio comprendió y cambió de tema:

—Oye, Angustina, figúrate, presentarte pasado mañana ante Claudina… Hace dos años que no te ve…

—Claudina… —dijo Angustina, desganadamente—. ¿Qué Claudina? No me acuerdo.

—¡Claro, no te acuerdas! Contigo no se puede hablar de nada esta noche, eso es lo que pasa. No será un misterio, ¿no? Se os veía juntos todos los días.

—¡Ah! —dijo Angustina, por mostrarse amable—, ahora me acuerdo. Claro, Claudina, figúrate, ni siquiera se acordará de que existo…

—¡Venga!, sabemos perfectamente que todas se vuelven locas por ti, ¡no te hagas el modesto ahora! —exclamó Grotta, y Angustina lo miró sin pestañear, impresionado, se veía, por tanta vulgaridad.

Callaron. Fuera, en la noche, bajo la lluvia otoñal, caminaban los centinelas. El agua chaparreaba sobre las terrazas, gorgoteaba en las gárgolas, corría murallas abajo. Fuera la noche era cerrada, y Angustina tuvo un pequeño acceso de tos. Parecía extraño que de un joven tan refinado pudiese salir un sonido tan desagradable. Pero él tosía con sabia mesura, bajando cada vez la cabeza, como para indicar que no podía impedirlo; en el fondo era una cosa no suya que le tocaba aguantar por corrección. Así transformaba la tos en una especie de melindre caprichoso, digno de ser imitado.

Se había hecho un penoso silencio, que Drogo sintió la necesidad de romper.

—Dime, Lagorio —preguntó—, ¿a qué hora te vas mañana?

—Hacia las diez, creo. Quería marcharme antes, pero aún tengo que despedirme del coronel.

—El coronel se levanta a las cinco, en verano e invierno a las cinco; desde luego, no te hará perder tiempo.

Lagorio rio:

—Pero quien no se levanta a las cinco soy yo. Al menos la última mañana quiero obrar a mi gusto, nadie me corre detrás.

—Pasado mañana habrás llegado, entonces —observó Morel con envidia.

Lagorio dijo:

—Me parece imposible, os lo juro.

—Imposible, ¿qué?

—Estar en la ciudad dentro de dos días —una pausa—, y además para siempre.

Angustina estaba pálido, ahora no se alisaba ya el bigote, sino que miraba ante sí, a la penumbra. Pesaba ahora sobre la sala el sentimiento de la noche, cuando los miedos salen de los decrépitos muros y la infelicidad se vuelve dulce, cuando el alma bate orgullosas las alas sobre la humanidad dormida. Los ojos vítreos de los coroneles, desde los grandes retratos, expresaban heroicos presagios. Y fuera, siempre la lluvia.

—¿Te imaginas? —le dijo Lagorio, sin misericordia, a Angustina—. Pasado mañana por la noche, a estas horas, estaré quizá en casa de Consalvi. Gran mundo, música, hermosas mujeres —decía, repitiendo una vieja chanza.

—Buena gana —respondió con desprecio Angustina.

—O bien —continuaba Lagorio, con la mejor de las intenciones, únicamente para convencer a su amigo—, eso, quizá sea mejor, iré a casa de los Tron, tus tíos, hay gente simpática y «se juega entre caballeros», como diría Giacomo.

—Ah, buena gana… —dijo Angustina.

—Sea como sea —dijo Lagorio—, pasado mañana yo estaré divirtiéndome y tú estarás de servicio. Yo pasearé por la ciudad y a ti (reía con la idea) te llegará el capitán de inspección. «Sin novedad, el centinela Martini se ha sentido mal.» A las dos te despertará el sargento: «Mi teniente, es la hora de la inspección». Te despertará a las dos, puedes jurarlo, y a esa misma e idéntica hora, positivamente, yo estaré en la cama con Rosaria…

Eran las fatuas e inconscientes crueldades de Lagorio, a las que todos estaban habituados. Pero detrás de sus palabras apareció ante sus camaradas la imagen de la lejana ciudad con sus edificios y sus

inmensas iglesias, sus aéreas cúpulas, sus románticas avenidas a lo largo del río. A esa hora, pensaban, debía de haber una fina niebla y los faroles daban una tenue luz amarillenta; a esa hora negras parejas por las calles solitarias, gritos de cocheros ante las vidrieras iluminadas de la Ópera, ecos de violines y de risas, voces de mujer (desde los tétricos portones de las ricas casas), ventanas encendidas a increíble altura, entre el laberinto de los tejados; la fascinante ciudad con sus sueños de juventud, sus aún desconocidas aventuras.

Todos miraban ahora sin que él lo notara la cara de Angustina, cargada de inconfesado cansancio; no estaban allí, lo comprendían, para festejar a Lagorio que se marchaba, en realidad aclamaban a Angustina porque solo él se quedaría. Uno tras otro, después de Lagorio, cuando llegara su turno, también los otros se marcharían: Grotta, Morel, y el primero de todos, Giovanni Drogo, que apenas tenía que cumplir cuatro meses. Angustina, en cambio, se quedaría, no lograban entender por qué, pero lo sabían perfectamente. Y aunque notaban oscuramente que también en esta ocasión él obedecía a su ambicioso estilo de vida, no eran capaces de envidiarlo; en el fondo les parecía una absurda manía.

¿Y por qué Angustina, maldito esnob, sonríe una vez más? ¿Por qué, enfermo como está, no corre a hacer su equipaje, no se prepara para la marcha? Mira, en cambio, la penumbra ante sí… ¿En qué piensa? ¿Qué secreto orgullo lo retiene en la Fortaleza? ¿También él, pues? Míralo, Lagorio, tú que eres su amigo, míralo bien mientras estás a tiempo, haz que su rostro se grabe en tu mente como es esta noche, con la nariz fina, las miradas átonas, esa ingrata sonrisa… Quizá un día comprendas por qué no te ha querido seguir, sepas lo que se encerraba tras su frente inmóvil.

Lagorio se marchó a la mañana siguiente. Sus dos caballos estaban esperándolo con el asistente ante la puerta de la Fortaleza. El cielo estaba cubierto y no llovía.

Lagorio tenía una cara satisfecha. Había salido de su habitación sin echarle ni siquiera un vistazo y no se volvió hacia atrás, cuando estuvo al aire libre, para mirar la Fortaleza. Las murallas estaban sobre él sombrías y adustas, el centinela de la puerta estaba inmóvil, no había un alma en la vasta explanada. De una garita, adosada al fuerte, salían rítmicos sonidos de martillo.

Angustina había bajado a despedirse de su camarada. Le hizo una caricia al caballo. «Sigue siendo un hermoso animal», dijo. Lagorio se marchaba, bajaba a su ciudad, a la vida fácil y alegre. Él se quedaba, en cambio, él miraba con ojos impenetrables a su camarada que se ajetreaba en torno a los animales, y se resistía a sonreír.

—Hasta me parece imposible marcharme —decía Lagorio—. Esta fortaleza era para mí una obsesión.

—Ve a saludar a los míos cuando llegues —dijo Angustina sin hacerle caso—. Dile a mamá que estoy bien.

—Quédate tranquilo —respondió Lagorio. Y tras una pausa añadió—: Siento lo de ayer, ¿sabes? Somos muy distintos, en el fondo nunca he entendido lo que tú piensas. Parecen manías tuyas, no sé, pero quizá seas tú el que tenga razón.

—Ni siquiera me acordaba —dijo Angustina, apoyando la diestra en un costado del caballo y mirando al suelo—. No creas que me he enfadado.

Eran dos hombres distintos, que amaban distintas cosas, muy alejados en inteligencia y cultura. Hasta resultaba asombroso verlos siempre juntos, tan grande era la superioridad de Angustina. Pero eran amigos; entre todos, Lagorio era el único que instintivamente lo entendía, solo él sentía pena por su camarada, casi se avergonzaba de marcharse delante de él, como si fuera una fea ostentación, y no sabía decidirse.

—Si ves a Claudina —dijo aún Angustina con voz inmóvil—, dale recuerdos… Aunque, no, es mejor que no le digas nada.

—¡Oh, pero ella me preguntará, si la veo! Sabe perfectamente que estás aquí.

Angustina calló.

—Bueno —dijo Lagorio, que había acabado de colocar, con su asistente, el saco de viaje—, quizá sea mejor que me vaya; si no, se me hará tarde. Hasta la vista.

Estrechó la mano de su amigo y después, con un elegante movimiento, saltó a la silla.

—Adiós, Lagorio —exclamó Angustina—. ¡Buen viaje!

Erguido en la silla, Lagorio lo miraba; no era muy inteligente, pero una oscura voz le decía que quizá nunca volvieran a verse.

Un toque de las espuelas y el caballo echó a andar. Fue entonces cuando Angustina alzó levemente la mano derecha, para hacer un gesto, como para llamar a su camarada, que se detuviese aún un momento; tenía que decirle una última cosa. Lagorio vio el ademán con el rabillo del ojo y se paró a una veintena de metros.

—¿Qué ocurre? —preguntó—. ¿Querías algo?

Pero Angustina bajó la mano, recobrando la actitud indiferente de antes.

—Nada, nada —respondió—. ¿Por qué?

—Ah, me parecía… —dijo Lagorio, perplejo; y se alejó a través de la explanada, bamboleándose en la silla.

IX

Las terrazas de la Fortaleza estaban blancas, como el valle del sur y el desierto del septentrión. La nieve cubría totalmente las escarpas, había extendido un frágil marco a lo largo de las almenas, se precipitaba con pequeñas zambullidas desde los canalones, se desprendía de vez en cuando del costado de los precipicios, sin ninguna razón comprensible, y horribles masas retumbaban humeando en las torrenteras.

No era la primera nieve, sino la tercera o la cuarta, y servía para indicar que habían pasado bastantes días. «Me parece que fue ayer cuando llegué a la Fortaleza», decía Drogo, y era exactamente así. Parecía ayer, pero el tiempo se había consumido lo mismo con su inmóvil ritmo, idéntico para todos los hombres, ni más lento para quien es feliz ni más veloz para los desventurados.

Otros tres meses habían pasado, ni deprisa ni despacio. Navidad se había ya disuelto en lontananza, el año nuevo había llegado también trayendo durante unos minutos a los hombres extrañas esperanzas. Giovanni Drogo se preparaba ya para partir. Se necesitaba aún el formalismo del reconocimiento médico, como le había prometido el comandante Matti, y después podría irse. Él seguía repitiéndose que se trataba de un acontecimiento alegre, que en la ciudad lo esperaba una vida fácil, divertida y quizá feliz, y sin embargo no estaba contento.

La mañana del 10 de enero entró en el despacho del doctor, en la última planta de la Fortaleza. El médico se llamaba Ferdinando Rovina, tenía más de cincuenta años, un rostro flojo e inteligente, un resignado cansancio, y no llevaba uniforme, sino una larga chaqueta oscura de magistrado. Estaba sentado ante su mesa con varios libros y papeles delante; pero Drogo, al entrar casi de improviso, comprendió inmediatamente que no estaba haciendo nada; estaba sentado, inmóvil, pensando en quién sabe qué.

La ventana daba al patio y de este subía un sonido de pasos cadenciosos porque ya atardecía y comenzaba el cambio de la guardia. Por la ventana se divisaba un trozo del muro frontero y un cielo extraordinariamente sereno. Los dos se saludaron y Giovanni se dio cuenta pronto de que el médico estaba perfectamente al corriente de su caso.

—Los cuervos nidifican y las golondrinas se van —dijo Rovina bromeando, y sacó de un cajón un papel con un formulario impreso.

—Quizá no sepa usted, doctor, que yo vine aquí por un error.

—Todos, hijo mío, han venido aquí arriba por un error —dijo el médico con patética alusión—. Quien más y quien menos, incluso los que se han quedado.

Drogo no entendía del todo y se contentó con sonreír.

—¡Oh, no se lo reprocho! Hacen bien ustedes, los jóvenes, en no enmohecerse aquí —continuó Rovina—. Abajo, en la ciudad, hay oportunidades muy distintas. También yo lo pienso algunas veces, si pudiera…

—¿Por qué? —preguntó Drogo—. ¿No podría conseguir un traslado?

El doctor agitó las manos como si hubiese oído una barbaridad.

—¿Conseguir el traslado? —rio de buena gana—. ¿Después de veinticinco años que llevo aquí? Demasiado tarde, hijo mío; había que pensarlo antes.

Quizá habría deseado que Drogo le llevase la contraria, pero como el teniente calló, entró en materia: invitó a Giovanni a sentarse, hizo que le diera su nombre y apellido, que escribió en el sitio exacto, en la ficha reglamentaria.

—Bien —concluyó—. Usted padece algunos trastornos del sistema cardíaco, ¿no? Su organismo no soporta esta altura, ¿no? ¿Ponemos eso?

—Pongámoslo —asintió Drogo—. Usted es el mejor árbitro para esas cosas.

—¿Prescribimos también un permiso de convalecencia, ya que estamos? —dijo el médico guiñando un ojo.

—Muchas gracias —dijo Drogo—, pero no quisiera exagerar.

—Como quiera. Nada de permiso. Yo, a su edad, no tenía semejantes escrúpulos.

Giovanni, en lugar de sentarse, se había acercado a la ventana y miraba de vez en cuando hacia abajo, a los soldados alineados sobre la blanca nieve. El sol acababa de ponerse, entre las murallas se había difundido una penumbra azul.

—Más de la mitad de ustedes quiere marcharse después de tres o cuatro meses —estaba diciendo con cierta tristeza el doctor, ahora también envuelto en sombras, hasta el punto de que no se entendía cómo veía para escribir—. También yo, si pudiera volver atrás, haría como ustedes… Pero, después de todo, es una lástima.

Drogo escuchaba sin interés, atento a mirar por la ventana. Y entonces le pareció ver los muros amarillentos del patio alzarse altísimos hacia el cielo de cristal, y sobre ellos, al otro lado, aún más altas, solitarias torres, murallones sesgados coronados de nieve, aéreas escarpas y fortines, que nunca había observado antes. Una luz clara de occidente los iluminaba aún y resplandecían misteriosamente con una impenetrable vida. Nunca se había dado cuenta Drogo de que la Fortaleza fuera tan complicada e inmensa. Vio una ventana (¿o una tronera?) abierta sobre el valle, a una altura casi increíble. Allá arriba debía de haber hombres que él no conocía, quizá también algún oficial como él, del que habría podido ser amigo. Vio sombras geométricas de abismos entre un bastión y otro, vio frágiles puentes colgados entre los tejados, extraños portones atrancados al ras de las murallas, viejos despeñaderos bloqueados, largas aristas curvadas por los años.

Vio, entre faroles y teas, sobre el fondo lívido del patio, soldados enormes y fieros desenvainar las bayonetas. Sobre la claridad de la nieve formaban filas negras e inmóviles, como de hierro. Eran bellísimos y estaban petrificados, mientras comenzaba a tocar una trompeta. Los tañidos se ensanchaban por el aire vivos y brillantes, penetraban rectos en el corazón.

—Uno a uno se van todos —murmuraba Rovina en la penumbra—. Acabaremos por quedarnos solo los viejos. Este año…

La trompeta sonaba abajo en el patio, sonido puro de voz humana y metal. Palpitó una vez más con ímpetu guerrero. Al callar, dejó un inexpresable encanto, hasta en el despacho del médico. El silencio se volvió tal que se pudo oír un largo paso crujir sobre la nieve helada. El coronel en persona había bajado a saludar a la guardia. Tres tañidos de suma belleza cortaron el cielo.

—¿Quién de ustedes? —continuaba recriminando el doctor—. El teniente Angustina, el único. Hasta Morel, apuesto, el año que viene tendrá que bajar a la ciudad a curarse. Hasta él, apuesto, acabará por enfermar…

—¿Morel? —Drogo no podía dejar de responder, para que viera que escuchaba—. ¿Morel, enfermo? —preguntó, pues no había cogido más que las últimas palabras.

—Oh, no —dijo el doctor—. Una especie de metáfora.

Incluso a través de la ventana cerrada se oían los pasos vítreos del coronel. En el crepúsculo las bayonetas formaban, alineadas, muchas tiras de plata. De lejanías improbables llegaban ecos de trompetas, el sonido de antes, quizá, devuelto por la maraña de murallas.

El doctor callaba. Después se levantó y dijo:

—Ahí tiene el certificado. Ahora vaya a que se lo firme el coronel —dobló la hoja y la metió en una carpeta, descolgó del perchero el gabán

y un gorro de piel—. ¿Se viene usted también, teniente? —preguntó—. ¿Qué está mirando?

Las guardias entrantes habían dejado las armas y se movían una tras otra hacia las distintas partes de la Fortaleza. Sobre la nieve la cadencia de sus pasos hacía un ruido sordo, pero por encima volaba la música de la banda. Después, aunque pareciera inverosímil, las murallas, ya asediadas por la noche, se alzaron lentamente hacia el cenit, y de su límite supremo, enmarcado por tiras de nieve, empezaron a desprenderse nubes blancas en forma de garza que navegaban por los espacios siderales.

Pasó por la mente de Drogo el recuerdo de su ciudad, una imagen pálida, calles fragorosas bajo la lluvia, estatuas de yeso, humedad de cuarteles, escuálidas campanas, caras cansadas y deshechas, tardes sin fin, cielos rasos sucios de polvo.

Aquí, en cambio, avanzaba la noche grande de las montañas, con las nubes en fuga sobre la Fortaleza, milagrosos presagios. Y desde el norte, desde el septentrión invisible tras los muros, Drogo sentía agolparse su destino.

—Doctor, doctor —dijo Drogo, casi balbuciendo—. Yo estoy bien.

—Ya lo sé —respondió el médico—. ¿Qué se creía?

—Yo estoy bien —repitió Drogo, como sin reconocer su propia voz—. Estoy bien y quiero quedarme.

—¿Quedarse aquí, en la Fortaleza? ¿Ya no quiere marcharse? ¿Qué le ha sucedido?

—No lo sé —dijo Giovanni—. Pero no puedo marcharme.

—¡Oh! —exclamó Rovina, acercándose—. Si no bromea, le juro que estoy muy contento.

—No bromeo, no —dijo Drogo, que sentía que la exaltación se mudaba en una extraña pena, próxima a la felicidad—. Doctor, tire ese papel.

X

Así debía ocurrir, y quizá ya estaba fijado desde hacía mucho tiempo; esto es, desde aquel lejano día en que Drogo se asomó por vez primera, con Ortiz, al borde de la altiplanicie y la Fortaleza se le apareció con su pesado esplendor meridiano.

Drogo ha decidido quedarse, sujeto por un deseo, mas no solo por eso: quizá el pensamiento heroico no habría bastado para tanto. Por ahora él cree haber hecho algo noble y se asombra de buena fe, al descubrirse mejor de lo que había creído. Solo muchos meses después, al mirar atrás, reconocerá las míseras cosas que lo ligan a la Fortaleza.

Aunque hubieran sonado las trompetas, se hubieran oído canciones de guerra, del norte hubieran llegado inquietantes mensajes; si fuera solo eso, Drogo se habría marchado igualmente; pero estaban ya en él el entorpecimiento de los hábitos, la vanidad militar, el amor doméstico a los muros cotidianos. Cuatro meses habían bastado para enviscarlo en el monótono ritmo del servicio.

En hábito se había convertido el turno de guardia, que las primeras veces parecía un peso insoportable; poco a poco había aprendido bien las reglas, los modismos, las manías de sus superiores, la topografía de los reductos, los puestos de los centinelas, las esquinas donde no soplaba viento, el lenguaje de las cornetas. Del dominio del servicio extraía un especial placer, valorando la creciente estimación de los soldados y de los suboficiales; hasta Tronk se había dado cuenta de lo serio y escrupuloso que era Drogo, casi le había tomado cariño.

En hábito se habían convertido los colegas; ahora los conocía tan bien que ni siquiera los más sutiles de sus sobreentendidos lo encontraban desprevenido; por la noche se quedaban mucho tiempo juntos, hablando de los hechos de la ciudad, que con la lejanía adquirían desmesurado interés. Hábito la mesa buena y cómoda, la acogedora chimenea del club de oficiales, encendida siempre, día y noche; la solicitud del asistente, un buen diablo llamado Geronimo, que poco a poco había aprendido sus deseos especiales.

Hábito las excursiones de vez en cuando con Morel al pueblo menos alejado: dos horas largas de caballo a través de un estrecho valle que ya se había aprendido de memoria, una posada donde por fin se veía alguna cara nueva, se preparaban cenas suntuosas y se oían frescas carcajadas de muchachas con las que se podía hacer el amor.

Hábito las desenfrenadas carreras a caballo de un lado a otro de la explanada de detrás de la Fortaleza, compitiendo en maestría con sus compañeros, en las tardes de descanso, y las pacientes partidas de

ajedrez, por la noche, que se desarrollaban en alta voz, a menudo victoriosas para Drogo (pero el capitán Ortiz le había dicho: «Siempre es lo mismo, los recién llegados ganan siempre al principio. A todos les ocurre lo mismo, se hacen la ilusión de ser verdaderamente buenos, pero es solo cuestión de novedad; también los otros acaban aprendiendo nuestro sistema y un buen día ya no se consigue nada»).

Hábitos eran para Drogo su habitación, las plácidas lecturas nocturnas, la grieta del techo, sobre la cama, que semejaba la cabeza de un turco, los ruidos del aljibe, con el tiempo convertidos en amistosos; el hoyo excavado por su cuerpo en el colchón, las mantas tan inhóspitas en los primeros días y ahora dócilmente prontas; el movimiento, ya realizado instintivamente con su longitud exacta, para apagar la lámpara de petróleo o dejar el libro en la mesilla. Ya sabía cómo tenía que colocarse por la mañana, cuando se afeitaba ante el espejo, para que la luz iluminase su cara con el ángulo justo, cómo verter el agua de la jarra en la palangana sin derramarla, cómo hacer saltar la cerradura rebelde de un cajón, manteniendo la llave doblada un poco hacia abajo.

Hábito el rechinar de la puerta en los períodos de lluvia, el punto donde solía dar el rayo de luna entrado por la ventana y su lento desplazarse con el transcurso de las horas, la agitación en el cuarto de debajo del suyo, todas las noches, a la una y media en punto, cuando la vieja herida de la pierna derecha del teniente coronel Nicolosi se despertaba misteriosamente, interrumpiendo su sueño.

Todas estas cosas se habían ya vuelto suyas y dejarlas le habría apenado. Pero Drogo no lo sabía, no sospechaba que la partida le habría costado trabajo ni que la vida de la Fortaleza se tragara los días unos detrás de otros, todos semejantes, con velocidad vertiginosa. Ayer y anteayer eran iguales, no habría ya sabido distinguirlos; un hecho de tres días antes o de veinte acababa pareciéndole igualmente lejano. Así se desarrollaba, sin saberlo él, la huida del tiempo.

Pero por ahora ahí está, petulante y despreocupado, sobre las escarpas del cuarto reducto, en una pura y gélida noche. A causa del frío los centinelas caminaban sin tregua y sus pasos rechinaban en la nieve helada. Una luna grande y blanquísima iluminaba el mundo. El fuerte, los peñascos, el valle pedregoso al norte estaban inundados de maravillosa luz, resplandecía hasta la cortina de nieblas que se estancaban en el último septentrión.

Abajo, en el cuarto del oficial de servicio, dentro del reducto, se había quedado encendida la lámpara, la llama oscilaba levemente haciendo balancear las sombras. Drogo había empezado poco antes a escribir una carta, tenía que contestar a María, la hermana de Vescovi, su amigo, que quizá un día sería su esposa. Pero después de dos líneas se había levantado, sin saber muy bien por qué, y había subido al tejado a mirar.

Aquel era el trozo más bajo de la fortificación, que correspondía a la máxima hondura del desfiladero. En aquel punto de la muralla estaba la puerta que comunicaba los dos Estados. Las macizas hojas acorazadas de hierro no se habían vuelto a abrir desde tiempo inmemorial. Y la guardia del Reducto Nuevo salía y entraba todos los días por una pequeña puerta secundaria, apenas más ancha que un hombre y vigilada por un centinela.

Drogo montaba guardia por primera vez en el cuarto reducto. Apenas salió al aire libre, miró las rocas enormes de la derecha, todas incrustadas de hielo y resplandecientes bajo la luna.

Rachas de viento empezaban a transportar a través del cielo pequeñas nubes blancas y sacudían la capa de Drogo, la capa nueva, que tanto significaba para él.

Inmóvil, miraba fijamente las barreras de rocas del frente, las impenetrables lejanías del norte, y los bordes de la capa crepitaban como una bandera, plegándose tempestuosamente. Drogo sentía que aquella noche poseía una fiera y militar belleza, erguido en el borde de la terraza, con la espléndida capa agitada por el viento. A su lado, Tronk, arropado en un ancho gabán, ni siquiera parecía un soldado.

—Dígame, Tronk —preguntó Drogo, con un aire falsamente preocupado —. ¿Es una impresión mía, o la luna esta noche es mucho más grande que de costumbre?

—No creo, mi teniente —dijo Tronk—. Aquí, en la Fortaleza, siempre da esa impresión.

Las voces resonaban enormemente, como si el aire fuera de vidrio. Tronk, en vista de que el teniente no tenía otras cosas que decirle, se marchó a lo largo del borde de la terraza, con su perenne necesidad de vigilar el servicio.

Drogo se quedó solo y se sintió prácticamente feliz. Saboreaba con orgullo su decisión de quedarse, el amargo gusto de abandonar las alegrías menudas y seguras por un gran bien a largo e inseguro plazo (y quizá bajo eso estaba el consolador pensamiento de que siempre estaría a tiempo de marcharse).

Un presentimiento —¿o era solo esperanza?— de cosas grandes y nobles lo había hecho quedarse allá arriba, pero podía ser solo un aplazamiento, en el fondo nada quedaba comprometido. Tenía mucho tiempo por delante. Todo lo bueno de la vida parecía esperarlo. ¿Qué necesidad había de apresurarse? Hasta las mujeres, amables y extrañas criaturas, las preveía como una felicidad segura, prometida formalmente a él por el normal orden de la vida.

¡Cuánto tiempo por delante! Larguísimo le parecía incluso un solo año, y los años buenos apenas habían comenzado; parecían formar una serie

larguísima, cuyo final era imposible divisar, un tesoro todavía intacto y tan grande que resultaba aburrido.

No tenía nadie que le dijera: «¡Cuidado, Giovanni Drogo!» La vida le parecía inagotable, obstinada ilusión, aunque la juventud ya había comenzado a ajarse. Pero Drogo no conocía el tiempo. Aunque hubiera tenido ante sí una juventud de cien y cien años, como los dioses, habría sido bien pobre cosa. Y, en cambio, disponía de una vida sencilla y normal, de una pequeña juventud humana, avaro don, que los dedos de las manos bastaban para contar y que se disolvería antes aún de dejarse conocer.

Cuánto tiempo por delante, pensaba. Y, sin embargo, existían hombres —había oído decir— que en cierto momento (qué cosa más extraña) se ponían a esperar la muerte, esa cosa conocida y absurda que no podía concernirle. Drogo sonreía pensando en ello, y mientras tanto, instigado por el frío, había echado a andar.

Las murallas seguían en aquel punto el declive del desfiladero, formando una complicada escala de terrazas y balcones corridos. Bajo él, negrísimos contra la nieve, Drogo veía, a la luz de la luna, los sucesivos centinelas; sus pasos metódicos hacían cric, cric, sobre la capa helada.

El más cercano, en una terraza inferior, a unos diez metros, menos presuroso que los otros, estaba inmóvil, con la espalda apoyada en un muro; se habría dicho que dormía. Pero Drogo lo oyó canturrear una cantinela con voz profunda.

Era una sucesión de palabras (que Drogo no lograba distinguir) unidas entre sí por un aire monótono y sin fin. Hablar, y aún peor cantar, de servicio estaba severamente prohibido. Giovanni habría debido castigarlo, pero le dio pena, pensando en el frío y la soledad de aquella noche. Entonces empezó a bajar una breve escalera que llevaba a la terraza y tosió levemente, para advertir al soldado.

El centinela volvió la cabeza, y cuando vio al oficial rectificó su posición, pero no interrumpió la cantinela. A Drogo le asaltó la cólera: ¿aquellos soldados se creían que podían tomarle el pelo? Ya le daría un buen escarmiento.

El centinela notó de inmediato la actitud amenazadora de Drogo, y aunque la formalidad del santo y seña, por mutuo y viejísimo acuerdo, no se practicara entre los soldados y el jefe de la guardia, tuvo un exceso de escrúpulo. Embrazando el fusil, preguntó, con el especialísimo acento usado en la Fortaleza:

—¿Quién va? ¿Quién va?

Drogo se paró de golpe, desorientado. Quizá a menos de cinco metros de distancia, a la límpida luz de la luna, veía perfectamente la cara del

militar y su boca estaba cerrada. Pero la cantinela no se había interrumpido. ¿De dónde venía entonces la voz?

Pensando en aquella cosa extraña, ya que el soldado seguía a la espera, Giovanni dijo mecánicamente la contraseña: «Milagro». «Miseria», respondió el centinela, y dejó el arma a sus pies.

Se produjo un inmenso silencio, en el cual navegaba más fuerte que antes el murmullo de palabras y canto.

Por fin Drogo comprendió, y un lento escalofrío corrió por su espalda. Era el agua, era una lejana cascada que corría con estruendo por los salientes de las rocas vecinas. El viento, que hacía oscilar el larguísimo chorro, el misterioso juego de los ecos, el sonido distinto de las piedras golpeadas, formaban una voz humana, la cual hablaba y hablaba: palabras de nuestra vida, que se estaba siempre a un pelo de entender, pero, en cambio, nada.

No era, pues, el soldado el que canturreaba, no un hombre sensible al frío, a los castigos y al amor, sino la montaña hostil. Qué triste equivocación, pensó Drogo, quizá todo es así, creemos que a nuestro alrededor hay criaturas semejantes a nosotros y en cambio no hay sino hielo, piedras que hablan una lengua extranjera; estamos a punto de saludar a un amigo, pero el brazo vuelve a caer inerte, la sonrisa se apaga, porque advertimos que estamos completamente solos.

El viento bate contra la espléndida capa del oficial y la sombra azul sobre la nieve se agita como una bandera. El centinela está inmóvil. La luna camina y camina, lenta, pero sin perder un solo instante, impaciente del alba. Toc, toc, late el corazón en el pecho de Giovanni Drogo.

XI

Casi dos años después, Giovanni Drogo dormía una noche en su habitación de la Fortaleza. Habían pasado veintidós meses sin traer nada nuevo y él se había quedado inmóvil, esperando, como si la vida debiera tener con él una especial indulgencia. Y, sin embargo, veintidós meses son largos y pueden suceder muchas cosas: hay tiempo para que se formen nuevas familias, nazcan niños y hasta empiecen a hablar, para que se alce una gran casa donde antes solo había un prado, para que una hermosa mujer envejezca y ya nadie la desee, para que una enfermedad, incluso de las más largas, se prepare (y mientras tanto el hombre sigue viviendo despreocupado), consuma lentamente el cuerpo, se retire en breves apariencias de curación, se reanude desde más hondo, sorbiendo las últimas esperanzas; queda aún tiempo para que el muerto sea enterrado y olvidado, para que el hijo sea de nuevo capaz de reír y por la noche acompañe a las muchachas por las avenidas, inconsciente, a lo largo de las verjas del cementerio.

La existencia de Drogo, en cambio, estaba como detenida. La misma jornada, con idénticas cosas, se había repetido centenares de veces sin dar un solo paso adelante. El río del tiempo pasaba sobre la Fortaleza, agrietaba las murallas, arrastraba hacia abajo polvo y fragmentos de piedra, limaba los peldaños y las cadenas, pero sobre Drogo pasaba en vano; aún no había conseguido engancharlo en su huida.

También esa noche habría sido igual a todas las demás noches si Drogo no hubiera tenido un sueño. Había vuelto a ser niño y se encontraba de noche en el alféizar de una ventana.

Más allá de un profundo entrante de su casa veía la fachada de un palacio riquísimo iluminado por la luna. Y la atención de Drogo niño se veía atraída por entero hacia una alta y fina ventana, coronada por un baldaquín de mármol. La luna, entrando a través de los cristales, daba en una mesa donde había un tapete, un jarrón y algunas estatuillas de marfil. Y esos escasos objetos visibles hacían imaginar que en la oscuridad, detrás, se abría la intimidad de un vasto salón, el primero de una interminable serie, llenos de cosas valiosas, y todo el palacio dormía, con ese sueño absoluto y provocador que conocen las mansiones de la gente rica y feliz. «Qué alegría —pensó Drogo— poder vivir en esos salones, vagar durante horas descubriendo siempre nuevos tesoros.»

Entre la ventana a la que estaba asomado y el maravilloso palacio —un intervalo de una veintena de metros— habían empezado a flotar mientras tanto frágiles apariencias, parecidas quizá a hadas, que arrastraban en pos de sí jirones de gasa, relucientes a la luna.

En el sueño, la presencia de tales criaturas, nunca vistas en el mundo real, no asombraba a Giovanni. Ondeaban en el aire en lentos remolinos, rozando insistentemente la fina ventana.

Por su naturaleza parecían lógicas pertenencias del palacio, pero el hecho de que no le hicieran ningún caso a Drogo, sin acercarse nunca a su casa, lo mortificaba. ¿Conque también las hadas huían de los niños corrientes para ocuparse solo de la gente afortunada, que ni siquiera las miraba, sino que dormía indiferente bajo baldaquines de seda?

«Chist, chist…», hizo Drogo dos o tres veces, tímidamente, para llamar la atención de los fantasmas, aun sabiendo muy bien en el fondo de su corazón que sería inútil. En efecto, ninguno de ellos pareció oírlo, ninguno se acercó ni siquiera un metro a su alféizar.

Y he aquí que una de aquellas mágicas criaturas se agarró al borde de la ventana frontera con una especie de brazo y golpeó discretamente el cristal, como llamando a alguien.

No pasaron muchos instantes antes de que una frágil figura —¡cuán pequeña en comparación de la monumental ventana!— apareciera detrás de los cristales, y Drogo reconoció a Angustina, también niño.

Angustina, de una palidez impresionante, llevaba un traje de terciopelo con cuello de encaje blanco, y no parecía nada satisfecho con aquella silenciosa serenata.

Drogo pensó que su compañero, aunque solo fuera por cortesía, lo invitaría a jugar juntos con los fantasmas. Pero no fue así. Angustina no pareció observar a su amigo y ni siquiera cuando Giovanni lo llamó: «¡Angustina! ¡Angustina!», volvió hacia él la mirada.

Con gesto cansado, su amigo abrió la ventana y se inclinó hacia el espíritu colgado del alféizar como si estuviera familiarizado con él y quisiera decirle una cosa. El espíritu hizo un ademán y, siguiendo la dirección de aquel gesto, Drogo volvió la vista hacia una gran plaza, absolutamente desierta, que se extendía ante las casas. Sobre esa plaza, a unos diez metros del suelo, avanzaba por el aire un pequeño cortejo de otros espíritus que arrastraban una silla de manos.

Hecha, aparentemente, de su misma esencia, la silla de manos rebosaba gasas y penachos. Angustina, con su típica expresión de despego y aburrimiento, la miraba acercarse; era evidente que iba en su busca.

La injusticia hería el corazón de Drogo. ¿Por qué todo para Angustina y nada para él? Si fuera otro, paciencia, pero precisamente Angustina, siempre tan soberbio y arrogante. Drogo miró las otras ventanas para ver si había alguien que pudiera acaso tomar partido por él, pero no consiguió descubrir a nadie.

Por fin la silla de manos se detuvo, bamboleándose, exactamente ante la ventana, y todos los fantasmas se encaramaron a su alrededor de un salto, formando una palpitante corona; todos se inclinaban hacia Angustina, ya no obsequiosos, sino con una curiosidad ávida y casi maligna. Abandonada a sí misma, la silla de manos se sostenía en el aire como colgada de hilos invisibles.

De golpe Drogo se vació de envidia, pues comprendió lo que estaba sucediendo. Veía a Angustina, erguido en el alféizar de la ventana, y sus ojos que miraban fijamente la silla de manos. Sí, habían ido a él los mensajeros de las hadas esa noche, ¡pero con qué embajada! La silla de manos tenía que servir para un largo viaje, pues, y no regresaría antes del alba, ni siquiera a la noche siguiente, ni la tercera noche, ni nunca. Los salones del palacio esperarían en vano a su amito, dos manos de mujer cerrarían cautamente la ventana dejada abierta por el fugitivo y también todas las demás serían atrancadas, para incubar en la oscuridad llanto y desolación.

Los fantasmas, primero amables, no habían venido, pues, a jugar con los rayos de la luna, no habían salido, inocentes criaturas, de jardines perfumados, sino que provenían del abismo.

Otro niño habría llorado, habría llamado a su madre, pero Angustina no tenía miedo y confabulaba sosegadamente con los espíritus, como para establecer ciertas modalidades que era necesario aclarar. Apretados en torno a la ventana, semejantes a pliegues de espuma, se superponían unos a otros, urgiendo al niño, y este hacía con la cabeza sí, como para decir: está bien, está bien, perfectamente de acuerdo. Al final, el espíritu que se había agarrado primero al alféizar, quizá el jefe, hizo un pequeño gesto imperioso. Angustina, siempre con su aire aburrido, saltó el alféizar (parecía haberse vuelto ya tan leve como los fantasmas) y se sentó en la silla de manos, como un gran señor, cruzando las piernas. El racimo de fantasmas se disolvió en un ondear de gasas, la encantada carroza se puso suavemente en marcha.

Se compuso un cortejo, las apariencias hicieron una evolución semicircular en el entrante de las casas, para alzarse después al cielo, en dirección a la luna. Al describir el semicírculo la silla de manos pasó a unos metros de la ventana de Drogo, que trató de gritar, agitando los brazos: «¡Angustina! ¡Angustina!», supremo saludo.

El amigo muerto volvió entonces por fin la cabeza hacia Giovanni, mirándolo unos instantes, y a Drogo le pareció leer en él una seriedad absolutamente excesiva para un niño tan pequeño. Pero el rostro de Angustina se abría lentamente en una sonrisa de complicidad, como si Drogo y él pudieran comprender muchas cosas desconocidas para los fantasmas; unas supremas ganas de bromear, la última ocasión para demostrar que él, Angustina, no necesitaba la compasión de nadie… Un episodio insignificante, parecía decir, sería estúpido asombrarse.

Al llevárselo la silla de manos, Angustina apartó la vista de Drogo y volvió la cabeza hacia adelante, en dirección al cortejo, con una especie de curiosidad divertida y desconfiada. Parecía que probaba por primera vez un juguete que no le interesaba demasiado, pero que por educación no había podido rechazar.

Así se alejó en la noche, con nobleza casi inhumana. No echó un vistazo a su palacio, ni a la plaza de debajo, o a las otras casas, o a la ciudad donde había vivido. El cortejo se fue serpenteando lentamente en el cielo, cada vez más alto; se convirtió en una confusa estela, después en un mínimo mechón de niebla, después en nada.

La ventana había quedado abierta, los rayos de la luna iluminaban aún la mesa, el jarrón, las estatuillas de marfil, que habían seguido durmiendo. Allá dentro, en otra habitación, tendido en la cama, a la luz temblorosa de los cirios, quizá estaba tendido un pequeño cuerpo humano carente de vida, cuyo rostro se parecía al de Angustina; y debía de tener un traje de terciopelo, un gran cuello de encaje, en los blancos labios congelada una sonrisa.

XII

Al día siguiente Giovanni Drogo mandó la guardia en el Reducto Nuevo. Era este un fortín apartado, a tres cuartos de hora de camino de la Fortaleza, en la cima de un cono rocoso que dominaba la llanura de los tártaros. Era la plaza fuerte más importante, completamente aislada, y debía dar la alarma si se aproximaba alguna amenaza.

Drogo salió por la tarde de la Fortaleza al mando de unos setenta hombres; se necesitaban tantos soldados porque los puestos de centinela eran diez, sin contar dos cañoneras. Era la primera vez que ponía el pie al otro lado del paso, prácticamente se estaba ya fuera de los confines.

Giovanni pensaba en las responsabilidades del servicio, pero sobre todo meditaba en el sueño sobre Angustina. Este sueño le había dejado en el ánimo una obstinada resonancia. Le parecía que en él debía haber oscuros lazos con las cosas futuras, aunque no fuera especialmente supersticioso.

Entraron en el Reducto Nuevo, se hizo el cambio de centinelas, después la guardia saliente se marchó y desde el borde de la terraza Drogo se quedó observándola mientras se alejaba en medio de las paredes rocosas. La Fortaleza desde allí parecía un larguísimo muro, una simple muralla con nada detrás. Los centinelas ni se distinguían, porque estaban demasiado lejos. Solo era visible de vez en cuando la bandera, cuando la agitaba el viento.

Durante veinticuatro horas, en el solitario reducto, el único comandante de puesto sería Drogo. Ocurriera lo que ocurriera, no se podía pedir socorro. Aunque hubieran llegado enemigos, el fortín tenía que bastarse a sí mismo. El propio rey, durante veinticuatro horas, contaba menos dentro de aquellas murallas que Giovanni Drogo.

Esperando que llegase la noche, Giovanni se quedó mirando la llanura septentrional. Desde la Fortaleza solo había podido ver un pequeño triángulo, por culpa de las montañas de delante. Ahora la podía divisar toda, en cambio, hasta los últimos límites del horizonte, donde se estancaba la habitual barrera de niebla. Era una especie de desierto, empedrado de rocas, con manchas aquí y allá de bajas matas polvorientas. A la derecha, al fondo de todo, una tira negra podía ser incluso un bosque. A los costados, la áspera cadena de montañas. Las había bellísimas, con inmensos murallones cortados a plomo y la cumbre blanca con la primera nieve otoñal. Pero nadie las miraba: todos, Drogo y los soldados, tendían instintivamente a mirar hacia el norte, a la desolada llanura, carente de sentido y misteriosa.

Fuese la idea de estar completamente solo al mando del fortín, fuese la visión de la deshabitada landa, fuese el recuerdo del sueño de Angustina, Drogo sentía ahora crecer a su alrededor, con el dilatarse de la noche, una sorda inquietud.

Era una tarde de octubre de tiempo inseguro, con manchas de luz rojiza diseminadas aquí y allá sobre la tierra, reflejadas de no se sabía dónde, y progresivamente tragadas por el crepúsculo de color plomo.

Como de ordinario, con la puesta del sol entraba en el ánimo de Drogo una especie de poética animación. Era la hora de las esperanzas. Y él volvía a meditar sobre las heroicas fantasías tantas veces construidas en los largos turnos de guardia y perfeccionadas cada día con nuevos detalles. En general pensaba en una desesperada batalla entablada por él, con muy pocos hombres, contra innumerables fuerzas enemigas; como si esa noche el Reducto Nuevo hubiera sido sitiado por millares de tártaros. Él resistía durante días y días, casi todos sus compañeros estaban muertos o heridos; un proyectil le había dado también a él, una herida grave, pero no del todo, que le permitía seguir todavía al mando. Y he aquí que los cartuchos están a punto de acabarse, él intenta una salida a la cabeza de los últimos hombres, una venda rodea su frente; y entonces por fin llegan los refuerzos, el enemigo se desbanda y emprende la huida, él cae agotado, estrechando el sable ensangrentado. Pero alguien lo llama: «Teniente Drogo, teniente Drogo», llama, lo sacude para reanimarlo. Y él, Drogo, abre lentamente los ojos: el rey, el rey en persona está inclinado sobre él y le llama valiente.

Era la hora de las esperanzas y él meditaba en heroicas historias que probablemente no se producirían nunca, pero que de todos modos servían para animar su vida. A veces se contentaba con mucho menos, renunciaba a ser él solo el héroe, renunciaba a la herida, renunciaba incluso al rey que le llamaba valiente. En el fondo habría sido una simple batalla, una batalla sola, pero en serio, cargar con uniforme de gala y ser capaz de sonreír al precipitarse hacia las caras herméticas de los enemigos. Una batalla, y después quizá estaría contento para toda la vida.

Pero aquella tarde no era fácil sentirse un héroe. Las tinieblas habían envuelto ya el mundo, la llanura del norte había perdido todo color, pero aún no se había amodorrado, como si algo triste estuviera naciendo en ella.

Eran ya las ocho de la noche y el cielo se había llenado de nubes, cuando a Drogo le pareció divisar en la llanura, algo a la izquierda, exactamente bajo el reducto, una pequeña mancha negra que se movía. «Debo de tener la vista cansada —pensó—, a fuerza de mirar tengo la vista cansada y veo manchas.» También otra vez le había ocurrido lo mismo, cuando era un muchacho y se quedaba levantado de noche, a estudiar.

Probó a mantener cerrados por unos instantes los párpados, después dirigió la vista a los objetos de alrededor: un cubo que debía de haber servido para lavar la terraza, un gancho de hierro en la muralla, una banqueta que el oficial de servicio anterior a él debía de haber mandado llevar para sentarse. Solo unos minutos después volvió a mirar hacia abajo, donde poco antes le había parecido divisar la mancha negra. Estaba aún allí, y se desplazaba lentamente.

—¡Tronk! —llamó Drogo con tono agitado.

—A la orden, mi teniente —le respondió inmediatamente una voz tan cercana que le hizo estremecerse.

—Ah, está usted ahí —dijo, y tomó aliento—. Tronk, no quisiera equivocarme, pero me parece… me parece ver algo que se mueve allá abajo.

—Sí, mi teniente —respondió Tronk con voz reglamentaria—. Hace ya varios minutos que lo estoy observando.

—¿Cómo? —dijo Drogo—. ¿También lo ha visto usted? ¿Qué es lo que ve?

—Esa cosa que se mueve, mi teniente.

Drogo sintió que se le revolvía la sangre. Ya está, pensó, olvidando completamente sus fantasías guerreras, precisamente a mí tenía que pasarme, ahora ocurre algún lío.

—¡Ah! ¿Lo ha visto también usted? —preguntó de nuevo, con la absurda esperanza de que el otro negase.

—Sí, mi teniente —dijo Tronk—. Hará unos diez minutos. Había ido abajo para ver la limpieza de los cañones, y después subí aquí y lo he visto.

Callaron ambos, también para Tronk debía ser un hecho extraño e inquietante.

—¿Qué diría que es, Tronk?

—No consigo entenderlo, se mueve demasiado despacio.

—¿Cómo? ¿Demasiado despacio?

—Sí, pensaba que podían ser los penachos de las cañas.

—¿Penachos? ¿Qué penachos?

—Hay un cañaveral allá al fondo —hizo un gesto hacia la derecha, pero era inútil, porque en la oscuridad no se veía nada—. Son plantas a las que en esta estación les salen unos penachos negros. A veces el viento los arranca, esos penachos, y como son ligeros, vuelan, parecen pequeños humos… Pero no puede ser —agregó tras una pausa—, se moverían más rápidos.

—¿Y qué puede ser, entonces?

—No lo entiendo —dijo Tronk—. Hombres sería extraño. Vendrían de otro lado. Y además sigue moviéndose, no se entiende.

—¡Alarma! ¡Alarma! —gritó en ese momento un centinela próximo, después otro, después otro más. También ellos habían divisado la mancha negra. Del interior del reducto acudieron inmediatamente los otros soldados que no estaban de turno. Se amontonaron en el parapeto, curiosos y con un poco de miedo.

—¿No lo ves? —decía uno—. Sí, exactamente aquí debajo. Ahora está quieto.

—Será niebla —decía otro—. La niebla a veces tiene agujeros y a través de ellos se ve lo que hay detrás. Parece que hay alguien que se mueve y, en cambio, son los agujeros de la niebla.

—Sí, sí, ahora lo veo —se oía decir—. Pero siempre ha habido ese chisme negro ahí, es una piedra negra, eso es lo que es.

—¡Cómo, una piedra! ¿No ves que sigue moviéndose? ¿Estás ciego?

—Una piedra, te digo. La he visto siempre, una piedra negra que parece una monja.

Alguien se rio.

—Fuera, fuera de aquí, volved inmediatamente adentro —intervino Tronk, anticipándose al teniente, cuya angustia aumentaban todas aquellas voces. Los soldados se retiraron a regañadientes al interior y se hizo de nuevo el silencio.

—Tronk —preguntó Drogo de pronto, no sabiéndose decidir por sí solo —, ¿usted daría la alarma?

—¿La alarma a la Fortaleza, dice? ¿Dice que disparemos un cañonazo, mi teniente?

—No sé… ¿Le parece que habría que dar la alarma?

Tronk sacudió la cabeza:

—Yo esperaría a ver mejor. Si se dispara, en la Fortaleza se alborotarían. ¿Y si después no hay nada?

—Claro —admitió Drogo.

—Y además —agregó Tronk—, no estaría conforme con el reglamento. El reglamento dice que es preciso dar la alarma solo en caso de amenaza, exactamente eso dice, «en caso de amenaza, de aparición de secciones armadas y en todos aquellos casos en que personas sospechosas se acerquen a menos de cien metros del límite de las murallas», eso dice el reglamento.

—Claro —asintió Giovanni—, y habrá más de cien metros, ¿no?

—Eso diría yo —aprobó Tronk—. Y, además, ¿cómo afirmar que sea una persona?

—¿Y qué quiere que sea, entonces? ¿Un espíritu? —dijo Drogo, vagamente irritado.

Tronk no respondió.

Colgados sobre la interminable noche, Drogo y Tronk estuvieron apoyados en el parapeto, con los ojos clavados en el fondo, allá donde comenzaba la llanura de los tártaros. La enigmática mancha parecía inmóvil, como si estuviera durmiendo, y poco a poco Giovanni empezaba a pensar que realmente no era nada, solo una peña negra parecida a una monja y que sus ojos se habían engañado, en parte por cansancio, nada más, una estúpida alucinación. Ahora sentía incluso una sombra de opaca amargura, como cuando las graves horas del destino nos pasan al lado sin tocarnos y su estruendo se pierde en lontananza mientras nos quedamos solos, entre torbellinos de hojas secas, añorando la terrible pero gran ocasión perdida.

Pero después, desde el valle oscuro, con el transcurso de la noche volvía a subir el soplo del miedo. Con el transcurso de la noche Drogo se sentía pequeño y solo. Tronk era demasiado distinto de él para poderle servir de amigo. Oh, si hubiera tenido a su lado a sus camaradas, aunque fuera uno solo, entonces sí que habría sido distinto, Drogo habría encontrado incluso ganas de bromear y no le habría causado pena la espera del alba.

Mientras tanto se iban formando lenguas de niebla en la llanura, pálido archipiélago sobre océano negro. Una de ellas se extendió justamente al pie del reducto, ocultando el objeto misterioso. El aire se había puesto húmedo, de los hombros de Drogo la capa colgaba floja y pesada.

¡Qué noche más larga! Drogo había perdido ya la esperanza de que terminase nunca cuando el cielo empezó a palidecer y rachas gélidas anunciaron que el alba no estaba lejos. Entonces fue cuando lo

sorprendió el sueño. De pie, apoyado en el parapeto de la terraza, Drogo dejó bambolearse dos veces la cabeza, dos veces la enderezó sobresaltado, y por último la cabeza se abandonó inerte y los párpados cedieron ante un peso. Nacía el nuevo día.

Se despertó porque alguien le tocaba un brazo. Emergió despacio de los sueños, aturdido con la luz. Una voz, la voz de Tronk, le decía:

—Mi teniente, es un caballo.

Recordó entonces la vida, la Fortaleza, el Reducto Nuevo, el enigma de la mancha negra. Miró inmediatamente hacia abajo, ávido de saber, y deseaba cobardemente no descubrir sino piedras y matas, nada más que la llanura, como siempre había estado, solitaria y vacía.

La voz le repetía, en cambio:

—Mi teniente, es un caballo.

Y Drogo lo vio, cosa inverosímil, parado al pie de la roca.

Era un caballo, no muy grande, bajo y regordete, de una curiosa belleza con sus patas finas y su crin flotante. Extraña era su forma, pero asombroso sobre todo el color, un color negro resplandeciente que manchaba el paisaje.

¿De dónde había llegado? ¿De quién era? Ninguna criatura, desde hacía muchísimos años —salvo acaso algún cuervo o alguna culebra— se había aventurado por aquellos lugares. Y ahora, en cambio, había aparecido un caballo, y se notaba de inmediato que no era salvaje, sino un animal selecto, un auténtico caballo de militares (quizá solo las patas eran demasiado finas).

Era algo extraordinario, de inquietante significado. Drogo, Tronk, los centinelas —y también los otros soldados a través de las troneras del piso de abajo— no conseguían apartar de él los ojos. Aquel caballo rompía las reglas, volvía a traer las viejas leyendas del norte, con tártaros y batallas, llenaba con su ilógica presencia todo el desierto.

Por sí solo no significaba gran cosa, pero detrás del caballo se comprendía que tenían que llegar otras cosas. Tenía la silla en orden, como si hubiera sido montado poco antes. Había, pues, una historia en suspenso, lo que hasta ayer era absurda y ridícula superstición, podía ser cierto, por lo tanto. Drogo tenía la impresión de sentirlos, a los misteriosos enemigos, a los tártaros, agazapados entre las matas, en las grietas de las rocas, inmóviles y mudos, con los dientes apretados: esperaban la oscuridad para atacar. Y mientras tanto llegaban otros, un amenazador hormigueo que salía con lentitud de las nieblas del norte. No tenían músicas ni canciones, ni espadas centelleantes, ni hermosas

banderas. Sus armas eran opacas para que no centellearan al sol y sus caballos estaban amaestrados para no relinchar.

Pero un caballito —esa fue la inmediata idea en el Reducto Nuevo—, un caballito se les había escapado a los enemigos y había corrido hacia adelante a traicionarlos. Probablemente no se habían dado cuenta porque el animal había huido del campamento durante la noche.

El caballo había traído, así, un mensaje valioso. Pero ¿en cuánto tiempo precedía a los enemigos? Hasta la tarde Drogo no podría informar al mando de la Fortaleza, y entre tanto los tártaros podían aparecer debajo.

¿Dar la alarma, pues? Tronk decía que no; en el fondo se trataba de un simple caballo, decía; el hecho de que hubiera llegado al pie del reducto podía significar que se había encontrado aislado, quizá el dueño fuera un cazador solitario que se había internado imprudentemente en el desierto y había muerto, o estaba enfermo; el caballo, al quedarse solo, había buscado la salvación, había sentido la presencia del hombre por el lado de la Fortaleza y ahora esperaba que le llevasen cebada.

Justamente eso hacía dudar seriamente de que se estuviera acercando un ejército. ¿Qué motivo podía haber tenido el animal para escapar de un campamento en una tierra inhóspita? Y, además, decía Tronk, había oído decir que los caballos de los tártaros eran casi todos blancos, incluso en un viejo cuadro colgado de una sala de la Fortaleza se veía a los tártaros montados todos en corceles blancos, y este, en cambio, era negro como el carbón.

Así, Drogo, tras muchos titubeos, decidió esperar a la tarde. Entre tanto el cielo se había aclarado y el sol iluminó el paisaje, caldeando el corazón de los hombres. También Giovanni se sintió reanimado con la clara luz; las fantasías de los tártaros perdieron consistencia, todo volvía a sus proporciones normales, el caballo era un simple caballo y para su presencia podía encontrarse una gran cantidad de explicaciones sin recurrir a incursiones enemigas. Entonces, olvidados los temores nocturnos, se sintió repentinamente dispuesto a cualquier aventura, y lo llenaba de gozo el presentimiento de que su destino estaba en puertas, una suerte feliz que lo pondría por encima de los demás hombres.

Se complació en ocuparse personalmente de las más insignificantes formalidades del servicio de guardia, como para demostrar a Tronk y a los soldados que la aparición del caballo, aunque extraña y preocupante, no lo había turbado en absoluto; la cosa le parecía muy militar.

Los soldados, a decir verdad, no tenían ningún miedo; el caballo se lo habían tomado a broma, les habría gustado muchísimo poderlo capturar y llevarlo como trofeo a la Fortaleza. Uno de ellos pidió incluso permiso al sargento primero, que se limitó a una ojeada de reproche, como diciendo que no era lícito bromear con los asuntos del servicio.

En el piso inferior, en cambio, donde estaban instalados dos cañones, uno de los artilleros se había agitado muchísimo al ver el caballo. Se llamaba Giuseppe Lazzari, un jovencito entrado hacía poco en filas. Decía que aquel caballo era el suyo, lo reconocía perfectamente, no podía equivocarse, debían de haberlo dejado escapar mientras los animales habían salido de la Fortaleza para abrevar.

—¡Es Fiocco, mi caballo! —gritaba, como si verdaderamente fuera de su propiedad y se lo hubieran robado.

Tronk, que descendió abajo, hizo callar de inmediato los gritos y demostró secamente a Lazzari que era imposible que su caballo hubiese huido; para pasar al valle del norte hubiera tenido que atravesar las murallas de la Fortaleza o cruzar las montañas.

Lazzari respondió que había un paso —había oído decir—, un cómodo paso a través de las rocas, un viejo camino abandonado que nadie recordaba. En efecto, en la Fortaleza, entre otras muchas, había esa curiosa leyenda. Pero debía de ser una patraña. A derecha e izquierda de la Fortaleza, durante kilómetros y kilómetros, se alzaban salvajes montañas que nunca habían sido franqueadas.

Pero el soldado no se convenció y bramaba con la idea de tenerse que quedar encerrado en el reducto, sin poder recuperar su caballo; habría bastado con media hora de camino entre ir y volver.

Mientras tanto las horas se consumían, el sol continuaba su viaje hacia occidente, los centinelas se daban el relevo en el momento exacto, el desierto resplandecía más solitario que nunca, el caballito estaba en el sitio de antes, normalmente inmóvil, como si durmiera, o daba unas vueltas buscando alguna brizna de hierba. Las miradas de Drogo buscaban en lontananza, pero no divisaban nada nuevo, siempre las mismas grandes lastras rocosas, las matas, las nieblas del último septentrión que mudaban lentamente de color a medida que se acercaba la noche.

Llegó la guardia nueva para hacer el relevo. Drogo y sus soldados dejaron el reducto, se encaminaron de regreso a la Fortaleza a través de las paredes rocosas, entre las sombras violetas de la tarde. Llegados a las murallas, Drogo dio la contraseña para sí y para sus hombres, abrieron la puerta, la guardia saliente se alineó en una especie de pequeño patio y Tronk empezó a pasar lista. Mientras tanto Drogo se alejó para avisar al mando del misterioso caballo.

Como estaba prescrito, Drogo se presentó al capitán de inspección, y después fueron juntos en busca del coronel; normalmente, para las novedades, bastaba con dirigirse al ayudante del coronel, pero esta vez podía ser una cosa grave y no había tiempo que perder.

Entre tanto, el rumor había corrido fulminantemente por toda la Fortaleza. Alguien, en los últimos cuerpos de guardia, charloteaba ya

sobre enteros escuadrones de tártaros acampados al pie de las rocas. El coronel, cuando lo supo, dijo solo:

—Habría que tratar de coger ese caballo; si está ensillado, quizá se pudiera saber de dónde viene.

Pero ya era inútil, porque el soldado Giuseppe Lazzari, mientras la guardia saliente regresaba a la Fortaleza, había conseguido esconderse detrás de un peñasco, sin que nadie lo advirtiese, y después había bajado por su cuenta por las rocas, había llegado hasta el caballito y ahora lo traía a la Fortaleza. Comprobó con estupor que no era el suyo, pero ya no había nada que hacer.

Solo en el momento de entrar en la Fortaleza algunos de sus compañeros advirtieron que había desaparecido. Si Tronk se enteraba, Lazzari se pudriría en el calabozo al menos un par de meses. Había que salvarlo. Por eso cuando el sargento primero pasó lista, y salió el nombre de Lazzari, alguien respondió por él «presente».

Unos minutos después, cuando los soldados habían ya roto filas, recordaron que Lazzari no sabía la contraseña; ya no se trataba del calabozo, sino de la vida; ¡ay de él si se presentaba ante las murallas, le dispararían! Dos o tres compañeros se pusieron entonces a buscar a Tronk, para que encontrase un remedio.

Demasiado tarde. Sujetando al caballo negro por las riendas, Lazzari estaba ya junto a las murallas. Y en el camino de ronda estaba Tronk, reclamado allí por un vago presentimiento; inmediatamente después de pasar lista, cierta inquietud había asaltado al sargento primero, no conseguía averiguar la causa, pero intuía que algo no marchaba bien. Al examinar los hechos de la jornada, había llegado hasta el regreso a la Fortaleza sin encontrar nada sospechoso; después algo le había chocado; sí, en la lista debía de haber habido una irregularidad, y en su momento, como ocurre a menudo en esos casos, él no se había dado cuenta.

Un centinela montaba guardia precisamente sobre la puerta de entrada. En la penumbra vio dos figuras negras que se adelantaban por la grava. Estarían a unos doscientos metros. No hizo mucho caso, pensó que sufría una alucinación; muchas veces, en los lugares desiertos, tras estar mucho tiempo a la espera, se acaba descubriendo, incluso en pleno día, perfiles humanos que se deslizan entre las matas y las rocas, se tiene la impresión de que alguien nos está espiando, y después se va a ver y no hay nadie.

El centinela, para distraerse, miró a su alrededor, hizo un ademán de saludo a un compañero de centinela a unos treinta metros más a la derecha, se ajustó el pesado gorro que le apretaba en la frente, después volvió los ojos a la izquierda y vio al sargento primero Tronk, inmóvil, que lo miraba severamente.

El centinela se recobró, miró ante sí, vio que las dos sombras no eran un sueño, ya se encontraban próximas, estarían apenas a unos sesenta metros: un soldado y un caballo, concretamente. Entonces embrazó el fusil, preparó el gatillo para disparar, se atiesó en el gesto repetido cientos de veces en la instrucción. Después gritó:

—¿Quién va? ¿Quién va?

Lazzari era soldado desde hacía poco tiempo, ni remotamente pensaba en que sin la contraseña no habría podido volver. A lo sumo temía un castigo por haberse alejado sin permiso; aunque, quién sabe, quizá el coronel le perdonase por obra del caballo recuperado: era un animal bellísimo, un caballo de general.

Solo faltaban unos cuarenta metros. Las herraduras del cuadrúpedo resonaban en las piedras, era casi noche cerrada, se oyó un lejano sonido de corneta.

—¿Quién va? ¿Quién va? —repitió el centinela.

Una vez más, y después tendría que disparar.

Un repentino malestar había asaltado a Lazzari ante la primera llamada del centinela. Le parecía muy raro, ahora que se encontraba personalmente metido, oírse interpelar de ese modo por un compañero, pero se tranquilizó con el segundo «¿quién va?», porque reconoció la voz de un amigo, precisamente de su misma compañía, a quien llamaban en confianza el Moreno.

—¡Soy yo, Lazzari! —gritó—. ¡Manda al jefe del piquete que me abra! ¡He cogido el caballo! Y que no se den cuenta, ¡porque me meten un puro!

El centinela no se movió. Con el fusil embrazado, estaba inmóvil, tratando de retrasar lo más posible el tercer «¿quién va?» Quizá Lazzari se daría cuenta por sí solo del peligro, retrocedería, quizá podría sumarse al día siguiente a la guardia del Reducto Nuevo. Pero Tronk, a pocos metros, lo miraba severamente.

Tronk no decía ni una palabra. Ora miraba al centinela, ora a Lazzari, por culpa del cual probablemente le castigarían. ¿Qué significaban sus miradas?

El soldado y el caballo ya no distaban más de treinta metros; esperar aún habría sido imprudente. Cuanto más se acercaba Lazzari, más fácil sería acertarle.

—¿Quién va? ¿Quién va? —gritó por tercera vez el centinela.

Y en su voz subyacía como una advertencia privada y antirreglamentaria. Quería decir: «Retrocede mientras estás a tiempo. ¿Quieres que te maten?»

Y finalmente Lazzari comprendió, recordó como en un relámpago las duras leyes de la Fortaleza, se sintió perdido. Pero en lugar de huir, quién sabe por qué, soltó las riendas del caballo y se adelantó solo, invocando con voz aguda:

—¡Soy yo, Lazzari! ¿No me ves? ¡Moreno, eh, Moreno! ¡Soy yo! Pero ¿qué haces con el fusil? ¿Estás loco, Moreno?

Pero el centinela ya no era el Moreno, era simplemente un soldado de cara adusta que ahora alzaba lentamente el fusil, apuntando a su amigo. Había apoyado el arma en el hombro y con el rabillo del ojo echó un vistazo al sargento primero, invocando silenciosamente un gesto de que lo dejara. Pero Tronk seguía inmóvil y lo miraba severamente.

Lazzari, sin volverse, retrocedió unos pasos tropezando con las piedras.

—¡Soy yo, Lazzari! —gritaba—. ¿No ves que soy yo? ¡No dispares, Moreno!

Pero el centinela ya no era el Moreno, con quien todos sus camaradas bromeaban libremente, era solo un centinela de la Fortaleza, con uniforme de paño azul oscuro con banderola de cuero, absolutamente idéntico a todos los demás de la noche, un centinela cualquiera que había apuntado y ahora apretaba el gatillo. Sentía en los oídos un estruendo y le pareció oír la voz ronca de Tronk: «¡Apunta bien!», aunque Tronk no había resollado.

El fusil lanzó un pequeño relámpago, una minúscula nubecilla de humo, incluso el disparo no pareció gran cosa en el primer momento, pero después fue multiplicado por los ecos, rebotó de muralla en muralla, se quedó mucho tiempo en el aire, muriendo en un lejano murmullo como de trueno.

Ahora que había cumplido con su deber, el centinela dejó el fusil en el suelo, se asomó por el parapeto, miró hacia abajo esperando no haber acertado. Y en la oscuridad le pareció, en efecto, que Lazzari no había caído.

No, Lazzari estaba aún de pie, y el caballo se le había acercado. Después, en el silencio dejado por el disparo, se oyó su voz, y con qué desesperado sonido:

—¡Oh, Moreno! ¡Me has matado!

Eso dijo Lazzari, y se dobló lentamente hacia adelante. Tronk, con rostro impenetrable, aún no se había movido, mientras una confusión bélica se propagaba por los meandros de la Fortaleza.

XIII

Así comenzó aquella noche memorable, atravesada por los vientos, entre vaivenes de linternas, insólitas cornetas, pasos en los zaguanes, nubes que bajaban atropelladamente del norte, se enganchaban en las cimas rocosas dejando pegados en ellas jirones, pero no tenían tiempo de pararse, algo muy importante las llamaba.

Había bastado un disparo, un modesto disparo de fusil, y la Fortaleza se había despertado. Durante años había habido silencio, y ellos siempre orientados al norte para oír la voz de la guerra inminente, un silencio demasiado prolongado. Ahora un fusil había disparado —con la carga de polvo prescrita y la bala de plomo de treinta y dos gramos— y los hombres se habían mirado recíprocamente como si aquella fuera la señal.

Es cierto que tampoco esta noche nadie, salvo algún soldado, pronuncia el nombre que está en el corazón de todos. Los oficiales prefieren callarlo porque justamente esa es su esperanza. Por los tártaros han alzado las murallas de la Fortaleza, consumen allá arriba grandes porciones de vida, por los tártaros los centinelas caminan noche y día como autómatas. Unos alimentan esa esperanza con nueva fe cada mañana, otros la conservan oculta en lo más hondo, otros ni siquiera saben que la poseen, creyendo haberla perdido. Pero nadie tiene el valor de mencionarla; parecería un mal augurio, y sobre todo parecería confesar los propios y más queridos pensamientos, y a los soldados eso les avergüenza.

Por ahora hay solo un soldado muerto y un caballo de desconocida procedencia. En el cuerpo de guardia, en la puerta que da al norte, donde ha sucedido la desgracia, hay una gran agitación, y aunque no sea de ordenanza, también se encuentra Tronk, quien no descansa al pensar en el castigo que le espera; la responsabilidad recae sobre él, él tenía que impedir que Lazzari huyese, él tenía que darse cuenta inmediatamente, a la vuelta, de que el soldado no había respondido al pasar lista.

Y ahora aparece también el comandante Matti, ansioso de hacer notar su autoridad y competencia. Tiene una extraña cara, incomprensible, incluso puede dar la impresión de que sonríe. Evidentemente está informado a la perfección de todo y da órdenes al teniente Mentana, de servicio en ese reducto, para que mande retirar el cadáver del soldado.

Mentana es un oficial descolorido, el teniente más antiguo de la Fortaleza; si no tuviera un anillo con un grueso diamante y no jugase bien al ajedrez, nadie advertiría su existencia; grosísima es la piedra preciosa de su anular y pocos son los que consiguen derrotarlo en el tablero, pero ante el comandante Matti tiembla literalmente y pierde la

cabeza en una cosa tan sencilla como es mandar un grupo de faena en busca de un muerto.

Por suerte para él, el comandante Matti ha divisado, de pie en un rincón, al sargento primero Tronk y lo llama:

—Tronk, en vista de que no tiene usted nada que hacer, ¡tome el mando de la expedición!

Lo dice con la máxima naturalidad, como si Tronk fuera un suboficial cualquiera, sin la menor relación personal con el incidente; pues Matti es incapaz de hacer un reproche directo, acaba por ponerse blanco de rabia y no encuentra palabras; prefiere el arma mucho más dura de las investigaciones, con flemáticos interrogatorios, documentación escrita, que consiguen aumentar monstruosamente los más leves fallos y conducen casi siempre a castigos de importancia.

Tronk no pestañea, responde «a sus órdenes» y se apresura en el pequeño patio, inmediatamente detrás del portón. Un pequeño grupo, a la luz de linternas, sale poco después de la Fortaleza: Tronk a la cabeza, y además cuatro soldados con una camilla, otros cuatro soldados armados como precaución, y, por último, el propio comandante Matti, envuelto en un desteñido capote, arrastrando el sable por las piedras.

Encuentran a Lazzari tal como ha muerto, con la cara en el suelo y los brazos tendidos hacia adelante. El fusil que llevaba en bandolera se le ha enganchado, con la caída, entre dos piedras, y está derecho, con la culata hacia arriba, cosa rara a la vista. El soldado, al caer, se ha herido en una mano y antes de que se enfriase el cuerpo ha tenido tiempo de verter un poco de sangre, formando una mancha sobre una piedra blanca. El misterioso caballo ha desaparecido.

Tronk se inclina sobre el muerto e intenta aferrarlo por los hombros, pero se retira de golpe hacia atrás, como si hubiera advertido que actúa contra las reglas.

—Levantadlo —ordena a los soldados con voz baja y aviesa—. Pero primero quitadle el fusil.

Un soldado se baja para desatar el correaje y deja en las piedras la linterna, al lado del muerto. Lazzari no ha tenido tiempo de cerrar por completo los párpados, y en la rendija de los ojos, sobre el blanco, la llama pone un leve reflejo.

—Tronk —llama entonces el comandante Matti, que se ha quedado completamente en la sombra.

—A sus órdenes, mi comandante —responde Tronk, cuadrándose.

También los soldados se detienen.

—¿Dónde ocurrió? ¿De dónde se escapó? —pregunta el comandante, arrastrando las palabras como si hablara por aburrida curiosidad—. ¿Fue en la fuente? ¿Donde hay esos peñascos?

—Sí, mi comandante, en los peñascos —responde Tronk, sin añadir una palabra más.

—¿Y nadie lo vio cuando escapó?

—Nadie, mi comandante —dice Tronk.

—En la fuente, ¿eh? ¿Y estaba oscuro?

—Sí, mi comandante, bastante oscuro.

Tronk espera unos instantes en posición de firmes, y después, como el comandante Matti calla, indica a los soldados que continúen. Uno intenta desatar la correa del fusil, pero el cierre está duro y le cuesta trabajo. Al tirar, el soldado siente el peso del cuerpo muerto, un peso desproporcionado, como de plomo.

Tras quitarle el fusil, los dos soldados le dan la vuelta delicadamente al cadáver, poniéndolo boca arriba. Ahora se ve completamente su rostro. La boca está cerrada e inexpresiva, solo los ojos semiabiertos e inmóviles, que resisten a la luz de la linterna, huelen a muerte.

—¿En la frente? —pregunta la voz de Matti, que ha notado en seguida una especie de pequeño hundimiento, justamente sobre la nariz.

—¿Mi comandante? —dice Tronk, sin comprender.

—Digo que si le han dado en la frente —dice Matti, fastidiado por tener que repetirlo.

Tronk levanta la linterna, ilumina de lleno la cara de Lazzari, ve también él el pequeño hundimiento e instintivamente acerca un dedo, como para tocarlo. Pero de inmediato lo retira, turbado.

—Creo que sí, mi comandante, precisamente en el medio de la frente. —(Pero ¿por qué no viene a ver él el muerto, si tanto le interesa? ¿Por qué todas esas estúpidas preguntas?)

Los soldados, advirtiendo la turbación de Tronk, se ocupan de su trabajo: dos alzan el cadáver por los hombros, dos por las piernas. La cabeza, abandonada a sí misma, se bambolea hacia atrás horriblemente. La boca, aunque helada por la muerte, vuelve casi a abrirse.

—¿Y quién ha disparado? —pregunta aún Matti, siempre inmóvil en la oscuridad.

Pero en ese momento Tronk no le hace caso. Tronk está solo atento al muerto. «Levantadle la cabeza», ordena con profunda ira, como si el muerto fuese él. Después se da cuenta de que Matti ha hablado, se cuadra de nuevo.

—Perdone, mi comandante, estaba…

—He dicho —repite el comandante Matti, y escande las palabras, dando a entender que si no pierde la paciencia es solo mérito del muerto—, he dicho que quién ha disparado…

—¿Cómo se llama? ¿Lo sabéis? —pregunta en voz baja Tronk a los soldados.

—Martelli —dice uno—, Giovanni Martelli.

—Giovanni Martelli —responde Tronk en alta voz.

—Martelli —repite para sí el comandante. (Ese nombre no le resulta nuevo, debe ser uno de los premiados en el concurso de tiro. La escuela de tiro la dirige el propio Matti y siempre se acuerda del nombre de los mejores)—. ¿Quizá es ese al que le llaman el Moreno?

—Sí, mi comandante —responde Tronk, inmóvil en posición de firmes—, creo que le llaman el Moreno. Ya sabe, mi comandante, entre camaradas…

Dice eso como para disculparlo, como para demostrar que Martelli no tiene ninguna responsabilidad, que si le llaman el Moreno no es por su culpa y que no hay motivo para castigarlo.

Pero el comandante no piensa en absoluto en castigarlo, no se le pasa por la cabeza.

—¡Ah, el Moreno! —exclama, sin ocultar cierta complacencia.

El sargento primero lo mira con ojos duros y comprende. «Claro, claro que sí —piensa—, dale un premio, basura, porque ha matado bien. Una magnífica diana, ¿verdad?»

Una magnífica diana, seguro. Precisamente Matti está meditando en eso (y pensar que cuando el Moreno ha disparado ya estaba oscuro. Espléndidos, sus tiradores.)

Tronk, en ese momento, lo odia. «Claro, claro que sí, dilo en voz alta que estás contento —piensa—, ¿qué te importa que Lazzari haya muerto? Dile que muy bien al Moreno, ¡hazle un elogio solemne!»

Y efectivamente es así: el comandante, absolutamente tranquilo, se felicita en voz alta:

—Claro, el Moreno no yerra —exclama, como diciendo: «Lazzari, el muy listo, creía que el Moreno no apuntaba bien, creía que saldría bien parado, ¿eh?, Lazzari, pues así ha aprendido qué clase de tirador es… ¿Y Tronk?, acaso también él esperaba que el Moreno errase (entonces todo se habría arreglado con unos días de arresto)»—. Ah, sí, sí —repite una vez más el comandante, olvidando del modo más absoluto que allí delante hay un muerto—. ¡Un tirador de primera el Moreno!

Por fin se calla y el sargento primero puede volverse a mirar cómo han colocado el cadáver en la camilla. Ya está perfectamente extendido; sobre la cara le han arrojado una manta de campaña; lo único desnudo que se ve son las manos, dos gruesas manos de campesino, que parecen aún rojas de vida y de sangre cálida.

Tronk hace un ademán con la cabeza. Los soldados levantan la camilla.

—¿Podemos irnos, mi comandante? —pregunta.

—¿Y a quién quieres esperar? —responde Matti, duro; ahora, con sincero asombro, ha notado el odio de Tronk y quiere devolvérselo multiplicado, con el añadido de su desprecio de superior.

—Adelante —ordena Tronk. De frente, march, habría debido decir, pero casi le parece una profanación. Solo ahora miraba las murallas de la Fortaleza, el centinela en el borde, vagamente iluminado por los reflejos de las linternas. Detrás de esos muros, en un dormitorio común, está el catre de Lazzari, su cajoncito con las cosas traídas de casa: una imagen piadosa, dos panochas, un eslabón, pañuelos de colores, cuatro botones de plata, para el traje de las fiestas, que habían sido de su abuelo y que en la Fortaleza no podían servir para nada.

El almohadón quizá tiene aún la huella de su cabeza, exactamente como dos días antes, cuando se había despertado. También hay, probablemente, un frasquito de tinta —agrega mentalmente Tronk, meticuloso incluso en sus pensamientos solitarios—, un frasquito de tinta y una pluma. Todo eso se meterá en un paquete y se remitirá a su casa, con una carta del señor coronel. Las otras cosas, dadas por el Gobierno, pasarán, como es natural, a otro soldado, incluida la camisa de repuesto. El uniforme mejor no, en cambio, ni siquiera su fusil: el fusil y el uniforme serán enterrados con él, porque así es la vieja regla de la Fortaleza.

XIV

Y a primeras horas de la madrugada vieron, desde el Reducto Nuevo, una pequeña franja negra en la llanura septentrional. Una señal sutil que se movía y no podía ser una alucinación. La vio primero el centinela Andronico, después el centinela Pietri, después el sargento Batta, que al principio se lo había tomado a broma, después también el teniente Maderna, comandante del reducto.

Una pequeña franja negra avanzaba desde el norte a través de la landa deshabitada y pareció un absurdo prodigio, aunque ya durante la noche algún presentimiento vagaba por la Fortaleza. Alrededor de las seis el centinela Andronico lanzó el primero un grito de alarma. Algo se acercaba desde septentrión, cosa que jamás había ocurrido desde tiempo inmemorial. Al aumentar la luz, sobre el fondo blanco del desierto se destacó con nitidez la formación humana que avanzaba.

Unos minutos después, como hacía todas las mañanas desde tiempo inmemorial (un día había sido pura esperanza, después solo escrúpulo, ahora casi únicamente hábito), el sastre-jefe Prosdocimo subió a echar una ojeada al tejado de la Fortaleza. En los cuerpos de guardia lo dejaban pasar por tradición, él se asomaba al camino de ronda, charlaba un poco con el sargento de servicio y después volvía a bajar a su sótano.

Esa mañana se asomó dirigiendo la mirada al triángulo visible de desierto y creyó estar muerto. No pensó que pudiera ser un sueño. En el sueño hay siempre algo absurdo y confuso, uno no se libera nunca de la vaga sensación de que todo es falso, que de un momento a otro tendrá que despertarse. En el sueño las cosas jamás son límpidas y materiales, como aquella desolada llanura por la que avanzaban escuadrones de hombres desconocidos.

Pero se trataba de algo tan extraño, tan idéntico a ciertos delirios suyos de cuando era joven, que Prosdocimo ni siquiera pensó que podía ser cierto y creyó estar muerto.

Creyó estar muerto y que Dios lo había perdonado. Pensó estar en el mundo del más allá, aparentemente idéntico al nuestro, solo que las cosas más bellas se cumplen de acuerdo con los justos deseos, y tras alcanzar esa satisfacción uno se queda con el ánimo en paz, no como aquí abajo, donde siempre hay algo que envenena incluso los días mejores.

Creyó estar muerto Prosdocimo, y no se movía, suponiendo que ya no le tocaba moverse, como difunto, hasta que lo sacudiera una arcana

intervención. Pero fue un sargento primero el que le tocó respetuosamente en un brazo.

—Brigada —le dijo—, ¿qué tiene? ¿No se encuentra bien?

Solo entonces Prosdocimo empezó a entender.

Más o menos como en los sueños, pero mejor, del norte bajaba gente misteriosa. El tiempo pasaba rápidamente, los párpados ni siquiera se movían mientras miraban la insólita imagen, el sol resplandecía ya sobre el borde rojo del horizonte, poco a poco los extranjeros se acercaban más, aunque con grandísima lentitud. Alguien decía que los había a pie y a caballo, que avanzaban en fila india, que había una bandera. Eso decía alguien y también los otros se hacían la ilusión de verlo, a todos se les metía en la cabeza descubrir infantes y jinetes, el paño de un estandarte, la fila india, aunque en realidad distinguieran solo una sutil franja negra que se movía lentamente.

—Los tártaros —se atrevió a decir el centinela Andronico, como con jactanciosa chanza, pues su rostro se había puesto blanco como un sudario. Media hora después el teniente Maderna, en el Reducto Nuevo, ordenó un cañonazo de salvas, disparo de advertencia, como estaba prescrito en el caso de que se viera acercarse secciones extranjeras armadas.

Hacía muchos años que allá arriba no se oía el cañón. Las murallas tuvieron un pequeño temblor. El disparo se amplió en un lento estruendo, funesto sonido de ruina entre las peñas. Y los ojos del teniente Maderna se volvieron al chato perfil de la Fortaleza, esperando señales de agitación. Pero el cañonazo no sembró el estupor, porque los extranjeros avanzaban precisamente por el triángulo de llanura visible desde el fuerte central y ya todos estaban informados. La noticia había llegado incluso a la galería subterránea más periférica, donde los bastiones de la izquierda terminaban pegados a las rocas, incluso al plantón que montaba la guardia en el sótano, en el almacén de las linternas y los útiles de albañilería, a él, que nada podía ver, encerrado en la lóbrega bodega. Y se estremecía porque el tiempo corriese, porque su turno terminase, para ir también al camino de ronda a echar un vistazo.

Todo seguía como antes, los centinelas permanecían en sus puestos, caminando de un lado a otro por el espacio prescrito, los escribientes copiaban los informes haciendo rechinar las plumas y mojándolas en el tintero con el ritmo habitual, pero desde el norte estaban llegando hombres desconocidos que era lícito presuponer enemigos. En las cuadras los hombres almohazaban los animales, la chimenea de las cocinas humeaba flemáticamente, tres soldados barrían el patio, pero ya pesaba sobre todo un sentimiento agudo y solemne, una inmensa suspensión de los ánimos, como si la gran hora hubiera llegado y nada pudiera pararla.

Oficiales y soldados respiraron a fondo el aire de la mañana para sentir en su interior una vida joven. Los artilleros se pusieron a preparar los cañones; bromeando entre sí, trabajaban a su alrededor como si se tratara de animales a los que mantener tranquilos, y los miraban con cierta aprensión; quizá, después de tanto tiempo, las piezas ya no estaban en condiciones de disparar, quizá en el pasado no se había hecho la limpieza con bastante cuidado, había que remediarlo en cierto sentido, pues dentro de poco se decidiría todo. Y nunca los mensajeros habían corrido escaleras arriba a tanta velocidad, nunca los uniformes habían estado en tan perfecto orden, ni las bayonetas tan brillantes, nunca habían tañido las cornetas de forma tan militar. No se había esperado en vano, pues; los años no se habían desperdiciado, la vieja Fortaleza, después de todo, serviría para algo.

Se esperaba ahora un especial toque de corneta, la señal de «alarma general» que los soldados nunca habían tenido la suerte de escuchar. En sus ejercicios, realizados fuera de la Fortaleza, en un vallecito aislado —para que el sonido no llegara al fuerte y no se produjeran equívocos—, los cornetas, durante las plácidas tardes de verano, habían ensayado la famosa señal, más que nada por un exceso de celo (nadie pensaba, desde luego, que un día podría servir). Ahora se arrepentían de no haberla estudiado lo bastante; era un larguísimo arpegio y subía hasta un extremo agudo; probablemente les saldría algo desafinado.

Solo el comandante de la Fortaleza podía ordenar esa señal, y todos pensaban en él; los soldados ya esperaban que viniera a inspeccionar las murallas de una punta a otra, ya lo veían avanzar con orgullosa sonrisa, mirando bien a todos a los ojos. Tenía que ser un día espléndido para él. ¿No había gastado su vida en espera de esta ocasión?

El coronel Filimore estaba en su despacho, en cambio, y desde la ventana miraba, hacia el norte, el pequeño triángulo de desierta llanura que no ocultaban las rocas; veía una lista de puntitos negros que se movían como hormigas, precisamente en dirección a él, a la Fortaleza, y parecían verdaderamente soldados.

De vez en cuando entraba algún oficial, o el teniente coronel Nicolosi, o el capitán de inspección, u oficiales de servicio. Con diversos pretextos entraban, en impaciente espera de sus órdenes, anunciándole novedades insignificantes: que de la ciudad había llegado un nuevo cargamento de víveres, que se iniciaban esa mañana los trabajos de reparación del horno, que vencía el plazo del permiso de una decena de soldados, que en la terraza del fuerte central estaba preparado el anteojo, por si acaso el señor coronel quería utilizarlo.

Daban estas noticias, saludaban con un taconazo y no entendían por qué el coronel permanecía allá, mudo, sin dar las órdenes que todos esperaban como seguras. Aún no había mandado reforzar las guardias ni redoblar las reservas individuales de municiones, ni decidido la señal de «alarma general».

Como con misteriosa atonía, observaba fríamente la llegada de los extranjeros, ni triste ni alegre, como si todo aquello no le concerniese.

Además era un espléndido día de octubre, de sol límpido, aire ligero, el tiempo más deseable para una batalla. El viento agitaba la bandera izada en el tejado del fuerte, la tierra amarilla del patio resplandecía y los soldados, al pasar por allí, dejaban nítidas sombras. Una hermosa mañana, mi coronel.

Pero el comandante del fuerte daba a entender con claridad que prefería quedarse solo, y cuando no había nadie en su despacho iba del escritorio a la ventana, de la ventana al escritorio, sin saber decidirse, se acomodaba sin motivo el bigote gris, lanzaba largos suspiros, como hacen los viejos, exclusivamente físicos.

Ahora la franja negra de los extranjeros ya no se divisaba en el pequeño triángulo de llanura visible desde la ventana, señal de que estaban ya debajo, cada vez más próximos a la frontera. En tres o cuatro horas estarían al pie de las montañas.

Pero el señor coronel seguía limpiando con el pañuelo, sin motivo, los cristales de sus gafas, hojeaba los informes acumulados sobre la mesa: la orden del día para firmar, una petición de permiso, el impreso diario del oficial médico, un buen balance de la talabartería.

¿Qué esperas, coronel? El sol está ya alto, hasta el comandante Matti, que ha entrado hace poco, no ocultaba cierta aprensión; hasta él, que nunca cree en nada. Que te vean por lo menos los centinelas, una vueltecita por las murallas. Los extranjeros, ha dicho el capitán Forze, que ha ido a inspeccionar el Reducto Nuevo, se distinguen ya uno a uno, y están armados, llevan fusiles al hombro, no hay tiempo que perder.

Filimore, en cambio, quiere esperar. Serán soldados los extranjeros, no lo niega, pero ¿cuántos son? Uno ha dicho doscientos, otro doscientos cincuenta; le han hecho constar además que si esa es la vanguardia el grueso será por lo menos de dos mil hombres. Pero el grueso aún no se ha visto, podría ocurrir que ni siquiera exista.

El grueso del ejército no se ha visto aún, mi coronel, solo a causa de las nieblas del norte. Esta mañana están muy adelantadas, el viento las ha empujado hacia abajo, de modo que cubren una vasta zona de la llanura. Esos doscientos hombres no tendrían sentido si detrás de ellos no bajara un fuerte ejército; antes de mediodía aparecerán seguramente los otros. Incluso hay un centinela que afirma haber visto hace poco algo que se movía en los límites de las nieblas.

Pero el comandante va de un lado a otro, de la ventana al escritorio y viceversa, hojea desganadamente los informes. ¿Por qué iban a asaltar la Fortaleza los extranjeros?, piensa. Acaso se trata de maniobras normales para experimentar las dificultades del desierto. El tiempo de los tártaros ha pasado ya, no son sino una remota leyenda. ¿Y a quién

iba a interesarle forzar la frontera? En todo este asunto hay algo que no le convence.

No serán los tártaros, no, mi coronel, pero desde luego son soldados. Desde hace bastantes años hay profundos rencores con el reino del norte, no es un misterio para nadie; más de una vez se ha hablado de guerra. Soldados son, desde luego. Los hay de a pie y de a caballo; probablemente pronto llegará la artillería. Antes de la noche, sin exagerar, tendrían perfectamente tiempo de atacar, y las murallas de la Fortaleza son viejas, viejos son los fusiles, viejos los cañones, todo absolutamente atrasado, salvo el corazón de los soldados. No te fíes demasiado, coronel.

¡Fiarse! ¡Oh!, él quisiera, sí, no poder fiarse; para eso ha gastado su vida; ya no le quedan muchos años, y si esta vez no es la buena, probablemente todo ha acabado. No es el miedo lo que lo detiene, no es el pensamiento de poder morir. Ni se le pasa por la cabeza.

El caso es que, al final de su vida, Filimore veía repentinamente llegar la fortuna con coraza de plata y espada teñida en sangre; él (que casi ya no pensaba ahora en ella) la veía aproximarse extrañamente, con rostro amigo. Y Filimore, esa es la verdad, no se atrevía a moverse hacia ella y responder a su sonrisa, se había engañado demasiadas veces, ya estaba bien.

Los otros, los oficiales de la Fortaleza, habían corrido inmediatamente a su encuentro, festejándola. A diferencia de él, se habían adelantado confiados y saboreaban, como si lo hubieran probado ya otras veces, el acre y poderoso olor de la batalla. El coronel, al contrario, esperaba. Hasta que la hermosa aparición no le hubiera tocado con la mano, no se movería, como supersticioso. Quizá bastara una nadería, un simple gesto de saludo, una admisión del deseo, para que la imagen se disolviera en la nada.

Por eso se limitaba a sacudir la cabeza haciendo señas de que no, de que la fortuna se debía de equivocar. Y miraba incrédulo a su alrededor, a sus espaldas, donde era presumible que hubiera otras personas, las que la fortuna buscaba verdaderamente. Pero no divisaba a nadie, no podía tratarse de un error de personas, tenía que reconocer que la envidiable suerte estaba destinada precisamente para él.

Hubo un momento, con las primeras luces del alba, cuando en la blancura del desierto se le apareció la misteriosa franja negra, un momento en el que su corazón había jadeado de gozo. Después la imagen acorazada de plata y con la espada ensangrentada se había ido haciendo un poco más vaga, y aún caminaba, sí, hacia él, pero en realidad no conseguía aproximarse, acortar la breve y, sin embargo, infinita distancia.

La razón es que Filimore ha esperado ya demasiado, y a cierta edad esperar cuesta un gran trabajo, ya no se recobra la fe de cuando se

tenía veinte años. Demasiado tiempo ha esperado en vano, sus ojos han leído demasiadas órdenes del día, demasiadas mañanas sus ojos han visto esa maldita llanura siempre desierta.

Y ahora que han aparecido los extranjeros tiene la clara impresión de que debe tratarse de un error (demasiado hermoso, si no), debe haber bajo todo un garrafal error.

Entre tanto, el reloj de pared frente al escritorio continuaba triturando la vida, y los flacos dedos del coronel, secados por los años, se obstinaban en relimpiar, con ayuda del pañuelo, los cristales de las gafas, aunque no hubiera necesidad.

Las agujas del reloj se aproximaban a las diez y media, y entonces entró en la sala el comandante Matti para recordar al coronel que había asamblea de oficiales. Filimore se había olvidado y quedó desagradablemente sorprendido: le tocaría hablar de los extranjeros aparecidos en la llanura, no podría retrasar más la decisión, tendría que definirlos oficialmente como enemigos, o bien tomárselo a broma, o bien un camino intermedio, ordenar medidas de seguridad y al mismo tiempo mostrarse escéptico, como si no hubiera que calentarse los cascos. Pero había que tomar una decisión, y eso le disgustaba. Habría preferido continuar la espera, quedarse absolutamente inmóvil, como provocando al destino con el fin de que se desencadenara de verdad.

El comandante Matti le dijo, con una de sus ambiguas sonrisas:

—¡Parece que va de veras esta vez!

El coronel Filimore no respondió. El comandante dijo:

—Se ven llegar más ahora. Son tres filas, se pueden ver incluso desde aquí.

El coronel le miró a los ojos y consiguió, por un instante, casi quererlo.

—¿Dice usted que llegan más?

—Incluso desde aquí se pueden ver, mi coronel; ya son muchos.

Fueron a la ventana y en el triángulo visible de la llanura septentrional distinguieron nuevas pequeñas franjas negras en movimiento; ya no una, como de madrugada, sino tres juntas, y no se divisaba el final.

La guerra, la guerra, pensó el coronel, y trató en vano de expulsar esa idea, como si fuera un deseo prohibido. Con las palabras de Matti la esperanza había vuelto a despertar y ahora lo llenaba de angustia.

Revoloteándole así la mente, el coronel se encontró de pronto en la sala de reuniones, ante todos los oficiales alineados (excepto los de servicio de guardia). Sobre la mancha azul de los uniformes resplandecían pálidas caras singulares, que le costaba trabajo reconocer: jóvenes o avezadas, le decían todas lo mismo, con ojos encendidos de fiebre le pedían ávidamente el anuncio formal de que habían llegado los enemigos. Erguidos en posición de firmes, todos le miraban fijamente, con la pretensión de no verse defraudados.

En el gran silencio de la sala se oía solamente la honda respiración de los oficiales. Y el coronel comprendió que tenía que hablar. En esos instantes se sintió invadido por una sensación nueva y desenfrenada. Con asombro, sin descubrir las razones, Filimore tuvo la repentina certeza de que los extranjeros eran realmente enemigos, decididos a forzar la frontera. No comprendía cómo le había ocurrido, a él, que hasta un momento antes había sabido vencer la tentación de creer. Se sentía como arrastrado por la común tensión de los ánimos, comprendía que hablaría sin reservas. «Señores —diría—, he aquí por fin llegada la hora que esperamos desde hace muchos años.» Diría eso, o algo parecido, y los oficiales escucharían con gratitud sus palabras, autorizada promesa de gloria.

Estaba a punto de hablar ya en este sentido, pero todavía, en la intimidad de su alma, se obstinaba una voz contraria. «Es imposible, coronel —decía esa voz—; ten cuidado mientras estás a tiempo, es un error (demasiado hermoso, si no), ten cuidado, que bajo todo hay un garrafal error.»

En la emoción que lo estaba invadiendo afloraba de vez en cuando esta voz enemiga. Pero era tarde, la demora empezaba a resultar embarazosa.

Y el coronel dio un paso adelante, alzó la cabeza como era su costumbre cuando empezaba a hablar, y los oficiales vieron que su rostro se ponía repentinamente rojo; sí, el señor coronel se ruborizaba como un niño, porque estaba a punto de confesar el celoso secreto de su propia vida.

Se había ruborizado delicadamente como un niño y sus labios estaban a punto de emitir el primer sonido, cuando la voz hostil se despertó desde el fondo de su ánimo, y Filimore tuvo un estremecimiento de desasosiego. Le pareció entonces oír pasos precipitados que subían las escaleras, que se aproximaban a la sala donde estaban reunidos. Ninguno de los oficiales, vueltos hacia su comandante en jefe, lo advirtió, pero los oídos de Filimore se habían adiestrado durante muchos años a distinguir las mínimas voces de la Fortaleza.

Los pasos se acercaban, no cabía duda, con desacostumbrada precipitación. Tenían un sonido extraño y sórdido, un sonido de inspección administrativa; venían en derechura, se diría, del mundo de la llanura. El ruido llegaba ahora con claridad también a los otros oficiales e hirió vulgarmente su alma, sin que se pudiera decir por qué.

Por fin se abrió la puerta y apareció un desconocido oficial de dragones, que jadeaba de cansancio, cubierto de polvo.

Se cuadró.

—Teniente Fernández —dijo—, del Séptimo de Dragones. Traigo este mensaje de la ciudad, de parte de Su Excelencia el jefe del Estado Mayor.

Sosteniendo elegantemente su largo gorro con el brazo izquierdo, doblado en arco, se acercó al coronel y le entregó un sobre lacrado.

Filimore le estrechó la mano.

—Gracias, teniente —dijo—, debe de haber hecho una buena carrera, me parece. Su colega Santi, ahora, le acompañará a refrescarse un poco.

Sin dejar traslucir ni una sombra de inquietud, el coronel hizo un gesto al teniente Santi; el primero se le puso delante, invitándole a hacer los honores de la casa. Los dos oficiales salieron y la puerta se cerró de nuevo.

—¿Me permite, verdad? —preguntó Filimore con una sonrisa sutil, mostrando el sobre, para indicar que prefería leerlo ahora mismo.

Sus manos desprendieron delicadamente los lacres, arrancaron un borde, sacaron una hoja doble, toda cubierta de escritura.

Los oficiales le miraban mientras leía, tratando de ver reflejado algo en su rostro. Pero nada. Como si estuviera dando un vistazo al periódico después de la cena, sentado ante la chimenea, en una letárgica noche de invierno. Solo el rubor había desaparecido de la cara enjuta del comandante en jefe.

Cuando acabó de leer, el coronel dobló la hoja, la introdujo nuevamente en el sobre, se metió el sobre en el bolsillo y alzó la cabeza, haciendo una señal de que iba a hablar. Se notaba en el aire que algo había sucedido, que el encanto de poco antes se había roto.

—Señores —dijo, y la voz le costaba un gran trabajo—. Esta mañana ha habido entre los soldados, si no me equivoco, cierta excitación, e incluso entre ustedes, si no me equivoco, con motivo de las secciones avistadas en la llanura de los tártaros.

Sus palabras se abrían a duras penas un camino en el profundo silencio. Una mosca volaba de un lado a otro de la sala.

—Se trata —continuó—, se trata de secciones del Estado del Norte encargadas de fijar la línea fronteriza, como hicimos nosotros hace muchos años. Por tanto, no vendrán hacia la Fortaleza, probablemente se dispersarán en grupos, escalonándose por las montañas. Eso me

comunica oficialmente en esta carta Su Excelencia el jefe del Estado Mayor.

Filimore lanzaba largos suspiros al hablar, no movimientos de impaciencia o dolor, sino suspiros exclusivamente físicos, como hacen los viejos; y similar a la de los viejos parecía haberse vuelto de repente su voz, por obra de cierta flaccidez cavernosa, e igualmente sus miradas, amarillentas y opacas.

Se lo había olido desde el principio el coronel Filimore. No podían ser enemigos, lo sabía perfectamente; él no había nacido para la gloria, demasiadas veces se había ilusionado estúpidamente… ¿Por qué —se preguntaba con rabia—, por qué se había dejado engañar? Se lo había olido desde el principio que tenía que acabar así.

—Como ustedes saben —continuó con acento demasiado apático, para no resultar sumamente amargo—, nosotros hemos fijado años atrás los cipos de la frontera y otras señales de demarcación. Pero aún queda, según me informa Su Excelencia, un trecho sin definir. Mandaré a completar el trabajo a cierto número de hombres al mando de un capitán y de un subalterno. Es una zona montañosa, con dos o tres cadenas paralelas. Es superfluo agregar que convendría avanzar lo más posible, asegurarse el borde septentrional. No es que estratégicamente sea esencial, ustedes me entienden, porque allá arriba una guerra nunca podrá tener desarrollos ni ofrecer posibilidades de maniobra… —se interrumpió un momento, perdiéndose en algún pensamiento—. Posibilidades de maniobra… ¿dónde me había quedado?

—Decía que era preciso avanzar lo más posible… —apuntó el comandante Matti con sospechosa compunción.

—Ah, sí; decía que era preciso avanzar lo más posible. Desgraciadamente la cosa no es fácil; ahora llevamos retraso respecto a los del norte. Sin embargo… Bueno, ya hablaremos después —concluyó dirigiéndose al teniente coronel Nicolosi.

Calló y parecía fatigado. Había visto bajar sobre las caras de los oficiales, mientras hablaba, un velo de desilusión, los había visto volver a convertirse, de guerreros ansiosos de lucha, en incoloros oficiales de guarnición. Pero eran jóvenes, pensaba, aún estaban a tiempo.

—Bien —prosiguió el coronel—. Ahora me duele tener que hacer una observación que concierne a varios de ustedes. He notado más de una vez que algunos pelotones se presentan al relevo, en el patio, sin que los acompañen los respectivos oficiales. Esos oficiales, evidentemente, se consideran autorizados a llegar más tarde…

La mosca volaba de un lado a otro de la sala, la bandera del tejado del fuerte se había aflojado, el coronel hablaba de disciplina y de reglamentos, por la llanura del norte avanzaban escuadrones armados, ya no enemigos ávidos de batalla, sino soldados inocuos como ellos

mismos, no lanzados al exterminio, sino a una especie de operación catastral, sus fusiles estaban descargados, sus dagas sin filo. Por la llanura del norte se extiende esa inofensiva apariencia de ejército, y en la Fortaleza todo se estanca de nuevo en el ritmo de los días de siempre.

XV

La expedición para delimitar los confines en el trecho de frontera que había quedado sin marcar partió al día siguiente de madrugada. La mandaba el gigantesco capitán Monti, acompañado por el teniente Angustina y por un sargento primero. A cada uno de los tres se les habían confiado las contraseñas de ese día y de los cuatro siguientes. Era muy improbable que los tres pudieran perecer; en cualquier caso, el más antiguo de los soldados supervivientes tendría facultades para abrir la guerrera de los superiores muertos o desvanecidos, para hurgar en el bolsillo interior, para extraer el sobre sellado que contenía la palabra secreta para regresar a la Fortaleza.

Unos cuarenta hombres armados salieron de las murallas de la Fortaleza, hacia el norte, mientras estaba naciendo el sol. El capitán Monti llevaba zapatos gruesos claveteados, parecidos a los de los soldados. Solo Angustina llevaba botas, y el capitán las había mirado con exagerada curiosidad, antes de salir, aunque sin decir nada.

Descendieron un centenar de metros entre cúmulos de rocas, después doblaron a la derecha, horizontalmente, hacia la embocadura de un angosto valle rocoso que se adentraba en el corazón de la montaña.

Llevaban media hora andando cuando el capitán dijo:

—Con esos chismes —aludía a las botas de Angustina— se cansará.

Angustina no dijo nada.

—No quisiera que tuviéramos que detenernos —repitió al cabo de un rato el capitán—. Le harán daño, ya lo verá.

Angustina respondió:

—Ya es demasiado tarde, mi capitán; habría podido decírmelo antes, si es como usted dice.

—Total —replicó Monti—, habría sido lo mismo. Le conozco, Angustina, se las habría puesto lo mismo.

Monti no lo podía aguantar. «Con todos esos aires que te das —pensaba —, ya te enseñaré dentro de poco.» Y forzaba al máximo la marcha, incluso en las pendientes más empinadas, sabiendo que Angustina no era robusto. Entre tanto se habían acercado a la base de las paredes. La grava se había vuelto más menuda y los pies se hundían trabajosamente en ella.

El capitán dijo:

—Normalmente sopla un viento infernal por esta garganta… Pero hoy se está bien.

El teniente Angustina calló.

—Por suerte no hace sol —siguió Monti—. Se marcha bien hoy.

—Pero ¿usted ya ha estado por aquí? —preguntó Angustina.

Monti respondió:

—Una vez, había que buscar a un soldado fug…

Se interrumpió porque de lo alto de un gris murallón, cortado a pico sobre ellos, había llegado un sonido de derrumbamiento. Se oían los golpes de las piedras berroqueñas que estallaban contra las rocas, y rebotaban con salvaje ímpetu abismo abajo, entre humaredas de polvo. Un estruendo de trueno repercutía de una pared a otra. El misterioso derrumbamiento continuó durante unos minutos en el corazón de los despeñaderos, pero se agotó en las profundas torrenteras antes de llegar abajo; a la grava por donde subían los soldados solo llegaron dos o tres piedrecillas.

Todos habían callado, en aquellos estruendos de derrumbamiento se había sentido una presencia enemiga. Monti miró a Angustina con vago aire de desafío. Esperaba que tuviese miedo, pero nada de eso. Sin embargo, el teniente parecía exageradamente acalorado por la breve marcha; su elegante uniforme se había descompuesto.

«Con todos los aires que te das, maldito esnob —pensaba Monti—, ya te quiero ver dentro de poco.» Reanudó de inmediato la marcha, forzando aún más el paso, y de vez en cuando lanzaba breves ojeadas hacia atrás para examinar a Angustina; sí, tal y como había esperado y previsto, se veía que las botas empezaban a torturarle los pies. No es que Angustina aflojase el paso o su cara expresase dolor. Se notaba por el ritmo de la marcha, por la expresión de severo empeño marcada en su frente.

Dijo el capitán:

—Noto que hoy seguiremos adelante unas seis horas. Si no fuera por los soldados… Hoy todo va muy bien —insistía con ingenua malicia—. ¿Qué tal, teniente?

—Perdone, mi capitán —dijo Angustina—. ¿Qué ha dicho?

—Nada —y sonreía, avieso—, le preguntaba qué tal iba.

—Ah, sí, gracias —dijo Angustina evasivamente; y tras una pausa, para ocultar el jadeo de la subida—; lástima que…

—Lástima ¿qué? —preguntó Monti, esperando que el otro se confesara cansado.

—Lástima que no se pueda venir más a menudo aquí arriba, son lugares bellísimos —y sonreía con su tono de despego.

Monti aceleró aún más el paso. Pero Angustina seguía detrás; su cara estaba ahora pálida por el esfuerzo, regueros de sudor bajaban desde el borde de la gorra, también la tela de la chaqueta, en la espalda, se había humedecido, pero no decía una palabra ni perdía terreno.

Ahora habían entrado entre las peñas, horrendas paredes grises se alzaban a plomo a su alrededor, el valle parecía seguir subiendo hasta alturas inconcebibles.

Cesaban los aspectos de la vida habitual para dejar su puesto a la inmóvil desolación de la montaña. Fascinado, Angustina alzaba de vez en cuando los ojos a las crestas que gravitaban sobre ellos.

—Haremos una parada más adelante —dijo Monti, que no le quitaba ojo —. Aún no se ve el sitio. Pero, sinceramente, ¿no está cansado, verdad? A veces uno no está en condiciones. Y es mejor decirlo, aunque se corra el riesgo de llegar tarde.

—Sigamos, sigamos —fue la respuesta de Angustina, como si el superior fuera él.

—¿Sabe? Se lo decía porque a cualquiera le puede ocurrir no estar en condiciones. Lo decía solo por eso…

Angustina estaba pálido, regueros de sudor fluían desde el borde de la gorra, la chaqueta estaba totalmente empapada. Pero apretaba los dientes y no cedía, antes se hubiera muerto. Tratando de que el capitán no lo viese, lanzaba realmente ojeadas hacia el extremo del valle, buscando un final a sus fatigas.

Mientras tanto el sol se había alzado e iluminaba las cimas más altas, aunque sin el fresco esplendor de las buenas mañanas de otoño. Un velo de calígine se extendía lentamente por el cielo, subrepticio y uniforme.

Ahora en realidad las botas empezaban a hacerle un daño infernal, el cuero mordía el empeine del pie; a juzgar por el sufrimiento de la piel, debía ya de haberse desgarrado.

De repente cesaron los paredones y el valle desembocó en una breve altiplanicie con enfermizas hierbecillas, al pie de un circo de paredes. A

un lado y otro se alzaban, en una maraña de torres y de hendiduras, murallas cuya altura era difícil estimar.

Aunque a regañadientes, el capitán Monti ordenó una parada y dio tiempo para comer a los soldados. Angustina se sentó en un peñasco con toda compostura, aunque temblaba con el viento que le helaba el sudor. Él y el capitán compartieron un poco de pan, una loncha de carne, queso, una botella de vino.

Angustina tenía frío, miraba al capitán y los soldados, por si alguno desataba el rollo del capote, para poderlo imitar. Pero los soldados parecían insensibles a la fatiga y bromeaban entre sí, el capitán comía con ávida complacencia, mirando entre un bocado y otro una escarpada montaña sobre ellos.

—Ahora —dijo—, ahora ya veo por dónde se puede subir —y señalaba la abrupta pared que finalizaba sobre la cresta en litigio—. Hay que subir rectos por aquí. Bastante empinado, ¿no? ¿Qué le parece, teniente?

Angustina miró la pared. Para alcanzar la cresta del confín no había otro remedio que subir por allí, a menos que se quisiera rodearla por algún puerto. Pero eso llevaría mucho más tiempo y había que apresurarse, en cambio; los del norte llevaban la ventaja de haberse puesto en marcha los primeros, y por su lado el camino era mucho más fácil. Había que atacar la pared precisamente de frente.

—¿Por ahí arriba? —preguntó Angustina, observando los abruptos despeñaderos, y notó que unos cien metros más a la izquierda el camino habría sido mucho más sencillo.

—Rectos por ahí, claro —repitió el capitán—. ¿Qué le parece?

Angustina dijo:

—Todo consiste en llegar antes que ellos.

El capitán le miró con manifiesta antipatía.

—Bueno —dijo—. Ahora juguemos una partidita.

Sacó del bolsillo un mazo de cartas, extendió sobre una piedra cuadrada su capote, invitó a Angustina a jugar, y después dijo:

—Esas nubes… Usted las mira de cierta manera, pero no tenga miedo, no son nubes de mal tiempo, esas… —y se rio, quién sabe por qué, como si hubiera gastado una ingeniosa broma.

Empezaron a jugar. Angustina se sentía helado por el viento. Mientras que el capitán se había sentado entre dos grandes piedras que lo

abrigaban, a él le daba el aire en plena espalda. «¡Esta vez enfermo!», pensaba.

—¡Ah, esto es demasiado para usted! —gritó, literalmente chilló, el capitán Monti, sin previo aviso—. ¡Por Dios, darme así un as! Pero, mi querido teniente, ¿dónde tiene la cabeza? Sigue mirando para arriba y ni siquiera se fija en las cartas.

—¡No, no! —respondió Angustina—. ¡Ha sido un error! —Y trató de reír sin conseguirlo.

—Diga la verdad —dijo Monti con triunfal satisfacción—. Diga la verdad; esos chismes le hacen daño, lo habría jurado desde que salimos.

—¿Qué chismes?

—Sus hermosas botas. No son para estas marchas, mi querido teniente. Diga la verdad: le hacen daño.

—Me molestan —admitió Angustina con un tono de desprecio, como para indicar que le fastidiaba hablar de eso—. Me han molestado, efectivamente.

—¡Ja, ja! —rio contento el capitán—. ¡Ya lo sabía yo! Claro, no hay que andar con botas peñas arriba.

—Mire que le he echado un rey de espadas —advirtió gélido Angustina —. ¿No tiene para seguirme?

—Sí, sí, no me daba cuenta —dijo el capitán, siempre alegrísimo—. ¡Claro! ¡Esas botas!

Las botas del teniente Angustina no se agarraban bien, en realidad, a las rocas de la pared. Desprovistas de clavos, tendían a resbalar, mientras que los zapatones del capitán Monti y de los soldados mordían sólidamente en los salientes. No por eso Angustina se quedaba atrás; con multiplicado empeño, aunque ya estaba cansado y penaba con el sudor helado encima, conseguía seguir de cerca al capitán por la quebrada muralla.

La montaña resultaba menos difícil y empinada de lo que parecía mirándola desde abajo. Estaba enteramente surcada por galerías, por hendiduras, por cornisas pedregosas, y las rocas estaban agrietadas por innumerables salientes, a los que era fácil agarrarse. Nada ágil por naturaleza, el capitán trepaba a fuerza de brazos, en sucesivos saltos, mirando de vez en cuando hacia abajo con la esperanza de que Angustina estuviera reventado. Pero Angustina aguantaba bien; buscaba

con la máxima presteza los apoyos más anchos y seguros y casi se asombraba de poder subir tan prestamente, a pesar de sentirse agotado.

A medida que el abismo aumentaba bajo ellos, parecía alejarse cada vez más la cresta final, defendida por un amarillo murallón cortado a plomo. Y la noche se acercaba cada vez más velozmente, aunque un espeso techo de nubes grises impedía valorar la altura del sol. Incluso empezaba a hacer frío. Un viento malo subía desde el valle y se le oía jadear dentro de las grietas de la montaña.

—¡Mi capitán! —se oyó en cierto momento gritar desde abajo al sargento que cerraba la marcha.

Monti se detuvo, se detuvo Angustina, y después todos los soldados, hasta el último.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó el capitán, como si ya le trastornaran otros motivos de preocupación.

—¡Ya están en la cresta los del norte! —gritó el sargento.

—¿Estás loco? ¿Dónde los ves? —replicó Monti.

—A la izquierda, en aquel pequeño puerto, ¡inmediatamente a la izquierda de esa especie de nariz!

En efecto, allí estaban. Tres minúsculas figuras negras se destacaban contra el cielo gris, y visiblemente estaban moviéndose. Era evidente que habían ocupado ya el trecho inferior de la cresta y con toda probabilidad llegarían a la cima antes que ellos.

—¡Por Dios! —dijo el capitán con una ojeada rabiosa hacia abajo, como si los soldados fueran responsables del retraso. Después, a Angustina—: Al menos tenemos que ocupar nosotros la cima, sin más historias. ¡Si no, estamos frescos con el coronel!

—Tendrían que pararse esos un poco —dijo Angustina—. Desde el puerto a la cima no tardan más de una hora. Si no se paran un poco, a la fuerza llegaremos después.

El capitán dijo entonces:

—Quizá será mejor que me adelante yo con cuatro soldados; siendo pocos se va más deprisa. Usted síganos con calma, o bien espere aquí, si se siente cansado.

A eso quería ir a parar aquel bribón, pensó Angustina, quería dejarlo atrás, para hacer un buen papel él solo.

—A sus órdenes, mi capitán —respondió—. Pero prefiero subir yo también; al quedarse parado, uno se hiela.

El capitán, con cuatro de los soldados más ligeros, volvió a partir, pues, como patrulla avanzada. Angustina tomó el mando de los restantes y esperó inútilmente poder seguir aún de cerca a Monti. Los suyos eran demasiados; la fila, forzando el paso, se alargaba desmesuradamente, hasta el punto de que los hombres se perdían completamente de vista.

Angustina vio así cómo la pequeña patrulla del capitán Monti desaparecía allá arriba, tras grises repisas de roca. Durante un rato oyó los pequeños derrumbamientos que producían en las torrenteras, después ni siquiera eso. Hasta sus voces acabaron por disolverse en lontananza.

Pero mientras tanto el cielo se ensombrecía. Las rocas de alrededor, las pálidas paredes del otro lado del valle, el fondo del precipicio, tenían un tinte lívido. Pequeños cuervos volaban a lo largo de las aéreas aristas emitiendo chillidos, parecían llamarse unos a otros ante peligros inminentes.

—Mi teniente —le dijo a Angustina el soldado que lo seguía—. Dentro de poco tendremos lluvia.

Angustina se detuvo a mirarlo un instante y no dijo palabra. Las botas ahora ya no lo torturaban, pero comenzaba un profundo cansancio. Cada metro de subida le costaba un supremo esfuerzo. Por fortuna las rocas de aquel trecho eran menos empinadas y aún más quebradas que las precedentes. Quién sabe hasta dónde había llegado el capitán —pensaba Angustina—, quizá ya a la cima, quizá haya plantado la banderita y puesto la señal de los confines, quizá estaba ya por el camino de vuelta.

Miró hacia arriba y advirtió que la cumbre ya no estaba muy lejos. Solo que no comprendía por dónde podrían pasar, tan escarpado y liso era el murallón rocoso que la sustentaba.

Finalmente, al desembocar en una ancha senda pedregosa, Angustina se encontró a pocos metros del capitán Monti. Encaramado a hombros de un soldado, el oficial intentaba trepar por una breve pared cortada a pico, no más alta de una docena de metros, desde luego, pero en apariencia inaccesible. Era evidente que Monti llevaba ya varios minutos obstinándose en sus tentativas, sin conseguir encontrar un camino.

Gesticuló tres o cuatro veces buscando un sostén, pareció encontrarlo, se le oyó blasfemar, se le vio caer nuevamente sobre los hombros del soldado, que vibraba totalmente con el esfuerzo. Por fin renunció y de un salto estuvo sobre la grava del sendero.

Monti, jadeante de fatiga, miró con aire hostil a Angustina:

—Podía haber esperado abajo, teniente —dijo—. Por aquí, desde luego, no pasamos todos, ya será mucho si puedo ir yo con un par de soldados. Era mejor que esperara abajo, ahora cae la noche y bajar resulta asunto serio.

—Pero lo dijo usted, mi capitán —respondió Angustina sin la mínima participación—. Me dijo que hiciera lo que prefiriese: esperar o subir detrás de usted.

—Está bien —dijo el capitán—. Ahora es preciso encontrar un camino, solo quedan esos pocos metros para llegar a la cima.

—¿Cómo? ¿La cima está inmediatamente detrás? —preguntó el teniente con una indefinible ironía que Monti ni siquiera sospechó.

—No quedan ni siquiera doce metros —renegaba el capitán—. ¡Por Dios, ya veremos si paso o no! A costa de…

Lo interrumpió un grito arrogante que venía de lo alto: al borde superior de la breve pared se asomaron dos sonrientes cabezas humanas.

—Buenas noches, señores —gritó uno, quizá un oficial—. ¡Miren que por aquí no pasan, hay que subir por la cresta!

Las dos caras se retiraron y se oyeron solo confusas voces de hombres que confabulaban.

Monti estaba lívido de rabia. No había nada que hacer, pues. Los del norte habían ocupado también la cima. El capitán se sentó sobre un peñasco del sendero, sin hacer caso de sus soldados, que seguían llegando desde abajo.

Precisamente en ese momento empezó a nevar, una nieve espesa y pesada, como de pleno invierno. En pocos instantes, casi increíble, los guijarros del sendero se pusieron blancos y faltó repentinamente la luz. Había caído la noche, en la que hasta ahora nadie había pensado en serio.

Los soldados, sin demostrar la menor alarma, desataron el rollo del capote y se taparon.

—¿Qué hacéis? ¡Caramba! —saltó el capitán—. ¡Volved a enrollar los capotes inmediatamente! ¿No se os pasará por la cabeza quedaros aquí de noche? ¡Hay que descender ahora!

Angustina dijo:

—Si me permite, mi capitán, mientras esos estén en la cima…

—¿Qué? ¿Qué quiere decir usted? —preguntó el capitán con ira.

—Que no se puede retroceder, me parece, mientras los del norte estén en la cima. Ellos han llegado antes y no tenemos nada que hacer aquí, ¡pero haríamos un bonito papel!

El capitán no respondió, caminó de un lado a otro unos instantes por la ancha senda. Después dijo:

—Pero ahora también ellos se marcharán; en la cima, y con este tiempo, aún están peor que aquí.

—¡Señores! —llamó una voz desde arriba, mientras asomaban por el borde de la paredita cuatro o cinco cabezas—. ¡No se anden con cumplidos, cojan estas cuerdas y suban aquí arriba! ¡Con la oscuridad no conseguirán descender por la pared!

Simultáneamente arrojaron desde arriba dos cuerdas, a fin de que los de la Fortaleza las utilizaran para subir la breve muralla.

—Gracias —respondió el capitán Monti con aire burlón—. Gracias por la idea, ¡pero ya nos ocuparemos nosotros de nuestros asuntos!

—Como quieran —gritaron de nuevo desde la cima—. De todos modos se las dejamos aquí, por si les acomoda.

Siguió un breve silencio, no se oía más que el susurro de la nieve, alguna tos de los soldados. La visibilidad había desaparecido casi por entero, apenas se lograba distinguir el borde de la paredita, desde el que ahora irradiaba el reflejo rojo de una linterna.

También varios soldados de la Fortaleza, de nuevo con los capotes, habían encendido luces. Le llevaron una al capitán, por si acaso la necesitaba.

—Mi capitán —dijo Angustina con voz cansada.

—¿Qué pasa ahora?

—Mi capitán, ¿qué le parecería una partidita?

—¡Al diablo la partidita! —respondió Monti, que comprendía perfectamente que esa noche ya no podría bajar.

Sin decir palabra, Angustina sacó de la cartera del capitán, confiada a un soldado, el mazo de cartas. Extendió sobre una piedra un borde de su capote, puso al lado la linterna, comenzó a barajar.

—Mi capitán —repitió—. Hágame caso, aunque no tenga ganas.

Monti comprendió entonces qué pretendía decir el teniente: ante los del norte, que probablemente estaban mofándose de ellos, no quedaba otra cosa que hacer. Y mientras los soldados se agazapaban junto a la base de la pared, aprovechando todos los entrantes, o se ponían a comer entre bromas y risas, los dos oficiales, bajo la nieve, comenzaron una partida de cartas. Sobre ellos las rocas cortadas a pico, debajo el precipicio negro.

«¡Capote! ¡Capote!», se oyó gritar desde arriba, en tono burlón.

Ni Monti ni Angustina levantaron la cabeza, siguieron jugando. Pero el capitán lo hacía a regañadientes, golpeando con rabia las cartas sobre el capote. En cambio, Angustina trataba de bromear:

—Magnífico, dos ases en fila…, pero esto me lo llevo yo… Diga la verdad, se le había olvidado aquel basto… —y también se reía, de cuando en cuando: una risa aparentemente sincera.

Arriba se oyó reanudarse las voces, después, ruidos de piedras removidas, probablemente estaban a punto de irse.

«¡Buena suerte! —gritó aún hacia ellos la voz de antes—. ¡Buena partida… y no olviden las dos cuerdas!»

Ni el capitán ni Angustina respondieron. Continuaron jugando sin siquiera un gesto de respuesta, fingiendo gran concentración.

El reflejo de la linterna desapareció de la cima; evidentemente los del norte se estaban yendo. Las cartas, bajo la nieve espesa, se habían humedecido y solo a duras penas conseguían barajarlas.

—Ya basta —dijo el capitán, lanzando sobre el capote las suyas—. ¡Basta de esta comedia!

Se retiró bajo las rocas, se envolvió con cuidado en el capote.

—¡Toni! —llamó—. Tráeme mi cartera y búscame algo de agua para beber.

—Aún nos ven —dijo Angustina—. ¡Aún nos ven desde la cresta! —pero como comprendía que Monti ya tenía bastante, continuó él solo, simulando que continuaba la partida.

Entre clamorosas exclamaciones propias del juego, el teniente sostenía en la mano izquierda sus cartas, con la derecha las arrojaba sobre el borde del capote, fingiendo recoger las ganadas; en medio de la espesa nieve, los extranjeros de la cresta no podían notar, desde luego, que el oficial jugaba solo.

Una horrible sensación de hielo había penetrado entre tanto en sus entrañas. Sentía que probablemente ya no sería capaz de moverse, ni siquiera de tumbarse; nunca, por lo que recordaba, se había sentido tan mal. En la cresta se distinguía aún el bamboleante reflejo de la linterna de los otros, que se alejaban; todavía podían verlo. *(Y en la ventana del maravilloso palacio, una frágil figura: él, Angustina, niño, de una impresionante palidez, con un elegante traje de terciopelo y un cuello de encaje blanco; con gesto cansado abrió la ventana inclinándose hacia los fluctuantes espíritus colgados del alféizar, como si estuviera familiarizado con ellos y quisiera decir algo.)*

«¡Capote! ¡Capote! —intentaba gritar aún para que lo oyeran los extranjeros, pero le salía una pobre voz ronca y agotada—. ¡Perdió por segunda vez, mi capitán!»

Envuelto en su tabardo, masticando lentamente algo, Monti miraba ahora atentamente a Angustina, con ira cada vez menor.

—¡Basta! Venga a abrigarse aquí, teniente, ¡los del norte ya se han ido!

—Usted es mucho mejor que yo, mi capitán —insistía Angustina en la ficción, fallándole cada vez más la voz—. Pero esta noche no está de suerte. ¿Por qué sigue mirando hacia arriba? ¿Por qué mira a la cima? ¿Quizá está un poco nervioso?

Entonces, bajo el hormigueo de la nieve, las últimas cartas húmedas se le escaparon de la mano al teniente Angustina, la propia mano cayó sin vida, quedó inerte a lo largo del capote, a la trémula luz de la linterna.

Con la espalda apoyada en una piedra, el teniente se abandonó con lento movimiento hacia atrás, una extraña somnolencia lo estaba invadiendo. *(Y hacia el palacio, en la noche de luna, avanzaba por el aire un pequeño cortejo de otros espíritus que arrastraban una silla de manos.)*

—Teniente, venga aquí a comer un bocado, con este frío hay que comer, fuércese, aunque no tenga ganas… —Así gritaba el capitán, y una sombra de aprensión vibraba en su voz—. Venga aquí debajo, que la nieve está a punto de acabar.

Y así era, en efecto: casi de golpe los blancos copos se habían vuelto menos espesos y pesados, la atmósfera más límpida, se podían ya divisar, con los reflejos de las linternas, rocas distantes incluso varias decenas de metros.

Y repentinamente, a través de un desgarrón de la tormenta, en una lejanía incalculable, aparecieron las luces de la Fortaleza. Parecían infinitas, como de un castillo encantado, inmerso en el jolgorio de antiguos carnavales. Angustina las vio y una sutil sonrisa se formó lentamente en sus labios, entorpecidos por el hielo.

—Teniente —llamó de nuevo el capitán, que empezaba a comprender—. Teniente, tire esas cartas, venga aquí debajo, se está al abrigo del viento.

Pero Angustina miraba las luces y en verdad no sabía ya exactamente qué eran, si de la Fortaleza o de la ciudad lejana, o bien del propio castillo, donde nadie estaba esperando su regreso.

Quizá, desde las escarpas del fuerte, un centinela había vuelto en ese momento casualmente la mirada hacia las montañas, reconociendo las luces en la altísima cresta; a tan gran distancia la maligna paredita era menos que nada, no se veía mucha diferencia. Y quizá era el propio Drogo quien mandaba la guardia; Drogo, que probablemente, de haberlo deseado, habría podido partir con el capitán Monti y Angustina. Pero a Drogo le había parecido estúpido: esfumada la amenaza de los tártaros, aquel servicio le había parecido ni más ni menos un fastidio, en el que no se podían hacer méritos. Pero ahora también Drogo veía el tembleque de las linternas en la cima y empezaba a lamentar no haber ido. No solo en una guerra podía encontrarse algo digno, y ahora le habría gustado estar allá arriba, en el corazón de la noche y de la tempestad. Demasiado tarde, la ocasión había pasado a su lado y la había dejado escapar.

Bien descansado y seco, envuelto en su cálido capote, quizá Giovanni Drogo miraba envidiosamente a las luces lejanas, mientras Angustina, todo cubierto de nieve, empleaba con dificultad las fuerzas que le quedaban en alisarse los bigotes mojados y plegar minuciosamente el capote, no con el fin de arrebujarse en él y estar más caliente, sino con otro designio. Desde su refugio, el capitán Monti lo miraba estupefacto, se preguntaba qué estaba haciendo Angustina, dónde había visto una figura muy similar, aunque sin conseguir recordarlo.

Había, en una sala de la Fortaleza, un viejo cuadro que representaba el final del príncipe Sebastián. Mortalmente herido, el príncipe Sebastián yacía en el corazón del bosque, apoyando la espalda en un tronco, con la cabeza un poco abandonada hacia un lado, el capote cayendo en armoniosos pliegues; nada había en la imagen de la desagradable crueldad física de la muerte; y al mirarlo nadie se asombraba de que el pintor le hubiera conservado toda su nobleza y una suma elegancia.

Ahora Angustina —¡oh, no es que él lo pensase!— se estaba pareciendo al príncipe Sebastián herido en el corazón del bosque; Angustina no tenía, como él, una reluciente coraza, ni a sus pies yacía el yelmo sanguinolento, ni la espada rota; no apoyaba la espalda en un tronco, sino en un duro peñasco; no le iluminaba la frente el último rayo del sol, sino solamente una débil linterna. Pero se le parecía muchísimo, idéntica la posición de los miembros, idéntico el plegado del capote, idéntica aquella expresión de cansancio definitivo.

Entonces, en comparación con Angustina, el capitán, el sargento y todos los demás soldados, aun siendo mucho más vigorosos y petulantes,

parecieron toscos patanes. Y en el ánimo de Monti, por muy inverosímil que fuera, nació un envidioso estupor.

Tras cesar la nieve, el viento lanzaba lamentos entre las peñas, arremolinaba una polvareda de carámbanos, hacía oscilar las llamitas dentro de los vidrios de las linternas. Angustina parecía no notarlo, estaba inmóvil, apoyado en la gran piedra, con los ojos clavados en las lejanas luces de la Fortaleza.

—¡Teniente! —probó de nuevo el capitán Monti—. Teniente, ¡decídase! Venga aquí debajo; si se queda ahí no podrá aguantar, acabará congelado. Venga aquí debajo, que Toni ha construido una especie de tapia.

—Gracias, capitán —dijo trabajosamente Angustina, y como le resultaba demasiado difícil hablar, alzó levemente una mano, haciendo un ademán, como para decir que no importaba, que eran meras bobadas sin el mínimo peso. *(Al final el jefe de los espíritus le dirigió un gesto imperioso y Angustina, con su aire aburrido, saltó el alféizar y se sentó graciosamente en la silla de manos. La encantada carroza se puso suavemente en marcha.)*

Durante unos minutos no se oyó sino el grito ronco del viento. También los soldados, reunidos en grupos bajo las rocas para estar más calientes, habían perdido las ganas de bromear y luchaban en silencio con el frío.

Cuando el viento hizo una pausa, Angustina levantó unos centímetros la cabeza, movió despacio la boca para hablar, le salieron solo estas dos palabras: «Mañana habría…», y después nada más. Dos palabras solo, y tan débiles que ni el propio capitán Monti advirtió que había hablado.

Dos palabras, y la cabeza de Angustina se dobló hacia adelante, abandonada a sí misma. Una de sus manos yació blanca y rígida dentro del pliegue del capote, la boca consiguió cerrarse, de nuevo en sus labios fue formándose una sutil sonrisa. *(Al llevárselo la silla de manos, él apartó la vista de su amigo y volvió la cabeza hacia adelante, en dirección al cortejo, con una especie de curiosidad divertida y desconfiada. Así se alejó en la noche, con una nobleza casi inhumana. El mágico cortejo se fue serpenteando lentamente en el cielo, cada vez más alto, se convirtió en una confusa estela, después en un mínimo mechón de niebla, después en nada.)*

«¿Qué querías decir, Angustina? Mañana, ¿qué?» El capitán Monti, saliendo finalmente de su refugio, sacudió con fuerza por los hombros al teniente para hacerle recobrar vida; pero solo consiguió descomponer los nobles pliegues del militar sudario, y es una lástima. Ninguno de los soldados se había dado cuenta aún de lo sucedido.

Al renegar Monti, le respondió solo, desde el precipicio negro, la voz del viento. «¿Qué querías decir, Angustina? Te has marchado sin terminar la

frase; quizá era algo absurdo e insignificante, quizá una absurda esperanza, quizá incluso nada.»

XVI

Una vez enterrado el teniente Angustina, el tiempo volvió a pasar sobre la Fortaleza de la misma forma que antes.

El comandante Ortiz le preguntaba a Drogo:

—¿Desde cuándo ya?

Drogo decía:

—Estoy aquí desde hace cuatro años.

Había llegado repentinamente el invierno, una larga estación. Caería la nieve, primero cuatro o cinco centímetros; después, tras una pausa, una capa más gruesa, y después más y más veces, parecía imposible echar la cuenta, quedaba mucho tiempo antes de que regresase la primavera. (Y, sin embargo, un día, mucho antes de lo previsto, mucho antes, se oirá resonar desde los bordes de las terrazas arroyuelos de agua y el invierno habrá acabado inexplicablemente.)

El ataúd del teniente Angustina, envuelto en la bandera, yacía bajo tierra en un pequeño recinto a un lado de la Fortaleza. Encima había una cruz de piedra blanca con su nombre escrito. Para el soldado Lazzari, un poco más allá, una cruz más pequeña de madera.

Dijo Ortiz:

—Yo a veces pienso: deseamos la guerra, esperamos la buena ocasión, la tomamos con la mala suerte porque nunca pasa nada… Y, sin embargo, ya ha visto, Angustina…

—¿Quiere decir —dijo Giovanni Drogo—, quiere decir que Angustina no necesitó la suerte? ¿Que fue bueno igual?

—Él era débil y creo incluso que estaba enfermo —dijo el comandante Ortiz—. Estaba peor que todos nosotros, efectivamente. Él, como nosotros, no se enfrentó con el enemigo, tampoco para él hubo guerra. Y, sin embargo, murió en una batalla. ¿Sabe, teniente, cómo murió?

Drogo dijo:

—Sí, estaba yo también cuando el capitán Monti lo contaba.

Había llegado el invierno y los extranjeros se habían marchado. Los hermosos estandartes de la esperanza, quizá con reflejos de sangre, habían descendido lentamente y el ánimo estaba de nuevo tranquilo;

pero el cielo se había quedado vacío, el ojo buscaba inútilmente alguna cosa en las últimas fronteras del horizonte.

—Él supo morir en el momento justo, efectivamente —dijo el comandante Ortiz—. Como si le hubiera dado una bala. Un héroe, no hay más que decir. Y, sin embargo, nadie disparaba. Para todos los que aquel día estaban con él las probabilidades eran idénticas, él no tenía la menor ventaja, salvo, quizá, la de poder morir fácilmente. Pero, en el fondo, los otros, ¿qué hicieron? Para los otros fue un día más o menos como todos los demás.

Drogo dijo:

—Sí, solamente un poco más frío.

—Sí, un poco más frío —dijo Ortiz—. También usted, teniente, podía haber ido con ellos, bastaba con pedirlo.

Estaban sentados en un banco de madera, en la terraza más alta del cuarto reducto. Ortiz había ido a ver al teniente Drogo, que estaba de servicio. Entre ambos se establecía día tras día una buena amistad.

Estaban sentados en un banco, envueltos en sus capotes, las miradas abandonadas a sí mismas, en dirección al norte, donde se acumulaban grandes nubes informes llenas de nieve. Soplaba de vez en cuando el viento septentrional, helándoles las ropas encima. Las altas cimas rocosas, a derecha e izquierda del desfiladero, se habían puesto negras. Drogo dijo:

—Creo que mañana nevará también aquí, en la Fortaleza.

—Es probable —respondió el comandante sin mucho interés, y calló.

Drogo dijo aún:

—Nevará. Siguen pasando cuervos.

—La culpa también es nuestra —dijo Ortiz, que perseguía un obstinado pensamiento—. Después de todo, a uno le toca siempre lo que se merece. Angustina, por ejemplo, estaba dispuesto a pagar caro; nosotros no, en cambio, y quizá esa es la cuestión. Quizá pretendemos demasiado. A uno le toca siempre lo que se merece, efectivamente.

—Entonces —preguntó Drogo—, entonces, ¿qué deberíamos hacer?

—Oh, yo nada —dijo Ortiz con una sonrisa—. Yo he esperado demasiado ya, pero usted…

—Yo, ¿qué?

—Márchese mientras aún está a tiempo, regrese a la ciudad, adáptese a la vida de guarnición. Después de todo, no me parece usted del tipo de quien desprecia los placeres de la vida. Hará mejor carrera que aquí, desde luego. Y, además, no todos han nacido para ser héroes.

Drogo callaba.

—Usted ha dejado pasar ya cuatro años —decía Ortiz—. Ha conseguido cierta ventaja de antigüedad en la carrera, pero piense cuánto más le habría servido quedarse en la ciudad. Se ha apartado del mundo, nadie se acuerda ya de usted, regrese mientras aún está a tiempo.

Con los ojos clavados en el suelo, Giovanni escuchaba, mudo.

—Ya he visto otros casos —continuó el comandante—. Poco a poco se han habituado a la Fortaleza, se han quedado aprisionados aquí dentro, no han sido capaces ya de moverse. Viejos a los treinta años, efectivamente.

Drogo dijo:

—Lo creo, mi comandante, pero a mi edad…

—Usted es joven —prosiguió Ortiz— y lo será aún cierto tiempo, es verdad. Pero yo no me fiaría. Con que deje pasar otros dos años, bastan solo dos años, retroceder le costaría demasiado trabajo.

—Se lo agradezco —dijo Drogo, nada impresionado—. Pero en el fondo, aquí en la Fortaleza, se puede esperar algo mejor. Será absurdo, pero usted, si es sincero, debe confesar…

—Quizá sí, por desgracia —dijo el comandante—. Todos, más o menos, nos obstinamos en esperar. Pero es un absurdo, basta con pensarlo un poco (y señalaba con una mano hacia el norte). De ese lado nunca podrá venir una guerra. Y ahora, además, después de la última experiencia, ¿quién quiere que lo crea aún en serio?

Hablaba así, y mientras tanto se había levantado, mirando siempre al septentrión, igual que en aquella remota mañana, sobre el borde de la altiplanicie, Drogo lo había visto mirar, fascinado, los enigmáticos muros de la Fortaleza. Habían pasado cuatro años desde entonces, una respetable fracción de vida, y nada, absolutamente nada, había sucedido para justificar tantas esperanzas. Los días habían escapado uno tras otro; unos soldados que podían ser enemigos habían aparecido una mañana en los bordes de la llanura extranjera, después se habían retirado tras inocuas operaciones limítrofes. La paz reinaba en el mundo, los centinelas no daban la alarma, nada permitía presagiar que la existencia habría podido cambiar. Igual que en años pasados, con idénticas formalidades, avanzaba ahora el invierno y los soplos del cierzo producían contra las bayonetas un débil silbido. Y allí estaba

todavía el comandante Ortiz, de pie en la terraza del cuarto reducto, incrédulo respecto a sus propias y prudentes palabras, mirando una vez más la landa del norte, como si solo él tuviera derecho a mirarla, solo él derecho a quedarse allá arriba, no importaba con qué finalidad, y Drogo fuera un buen chico que no estaba en su lugar, que se había equivocado en sus cálculos y que mejor haría en regresar.

XVII

Hasta que la nieve de las terrazas de la Fortaleza se puso blanda y los pies se hundían en ella como en légamo. El dulce sonido de las aguas llegó repentinamente de las montañas más cercanas, aquí y allá, a lo largo de los salientes, se descubrían listas blancas verticales que centelleaban al sol, y los soldados se sorprendían de vez en cuando canturreando, como no hacían desde hacía meses.

El sol ya no corrió como antes, ansioso de ponerse, sino que empezaba a pararse un poco en medio del cielo, devorando la nieve acumulada, y era inútil que las nubes se precipitaran aún desde los hielos del norte; ya no conseguían hacer nieve, solo podían lluvia, y la lluvia no hacía más que disolver la poca nieve que quedaba. Había vuelto el buen tiempo.

Ya se oían por la mañana voces de pájaros que todos creían haber olvidado. En compensación, los cuervos ya no estaban reunidos sobre la altiplanicie de la Fortaleza esperando los desechos de las cocinas, sino que se diseminaban por los valles en busca de comida fresca.

Por la noche, en los dormitorios, las tablas que sostienen las mochilas, las perchas para los fusiles, las propias puertas, y hasta los hermosos muebles de nogal macizo del cuarto del coronel, todas las maderas de la Fortaleza, incluidas las más viejas, lanzaban crujidos en la oscuridad. A veces eran golpes secos como pistoletazos, parecía que algo se hacía verdaderamente pedazos, alguien se despertaba en el catre y aguzaba el oído; pero no lograba oír nada, salvo otros crujidos que susurraban en la noche.

Es el momento en que las viejas tablas resucitan una obstinada nostalgia de vida. Muchísimos años antes, en los días felices, había un flujo juvenil de calor y de fuerza, de las ramas salían haces de brotes. Después, el árbol había sido derribado. Y ahora que es primavera, infinitamente menor, una pulsación de vida. Antaño flores y hojas; hoy solo un vago recuerdo, un poquito, para hacer crac, y después se acabó hasta el año que viene.

Es el momento en que los hombres de la Fortaleza empiezan a tener curiosos pensamientos que nada tienen de militar. Las murallas ya no son refugio hospitalario, sino que dan una impresión de cárcel. Su aspecto desnudo, las listas oscuras de los desagües, las aristas oblicuas de los bastiones, su color amarillo, no responden de ningún modo a las nuevas disposiciones de ánimo.

Un oficial —de espaldas no se puede ver quién es, y podría ser Giovanni Drogo— camina aburrido, en la mañana de primavera, por los vastos lavaderos de la tropa, desiertos a estas horas. No tiene que hacer

inspecciones o comprobaciones; da vueltas sin más, solo por moverse; por otra parte, todo está en regla, las pilas limpias, el suelo barrido y ese grifo que gotea no es culpa de los soldados.

El oficial se detiene mirando hacia arriba, a una de las altas ventanas. Los cristales están cerrados, probablemente hace muchos años que no los lavan y en las esquinas cuelgan telarañas. Nada que conforte de algún modo el ánimo humano. Sin embargo, detrás de los cristales, se consigue descubrir una cosa que parece un cielo. Ese mismo cielo —piensa quizá el oficial—, ese mismo sol ilumina simultáneamente los sórdidos lavaderos y ciertas praderas lejanas.

Las praderas son verdes y han nacido hace poco pequeñas flores de un presumible color blanco. También los árboles, como es debido, han echado hojas nuevas. Sería hermoso cabalgar sin meta por el campo. ¿Y si por un caminito, en medio de los setos, avanzase una hermosa muchacha, y cuando pasáramos a su lado a caballo nos saludase con una sonrisa? Pero qué cosa más ridícula… ¿Son admisibles en un oficial de la Fortaleza Bastiani ideas tan estúpidas?

A través de la polvorienta ventana del lavadero, por extraño que pueda parecer, se logra ver también una nube blanca de agradable forma. Nubes iguales navegan en este momento sobre la ciudad lejana; gente que pasea, plácida, las mira de vez en cuando, contenta de que el invierno haya acabado; casi todos visten trajes nuevos o remozados, las mujeres jóvenes llevan sombreros con flores y ropas de colores. Todos tienen un aire satisfecho, como si esperaran de un momento a otro cosas buenas. Al menos antaño era así, quién sabe si ahora habrá llegado una moda distinta. ¿Y si en un alféizar hubiera una guapa muchacha y cuando pasáramos por debajo nos saludase, sin ninguna razón especial, nos saludase amistosamente con una hermosa sonrisa? En el fondo son cosas ridículas, boberías de colegial.

A través de los cristales sucios se descubre, al sesgo, un trozo de muralla. También está inundado de sol, pero no se desprende de él alegría. Es la pared de un cuartel, haya sol o luna, para la muralla es absolutamente indiferente; basta con que no nazcan obstáculos a la buena marcha del servicio. La muralla de un cuartel, y nada más. Y sin embargo un día, en un lejano septiembre, el oficial se había quedado mirándola casi fascinado; entonces esas murallas parecían custodiar para él un severo aunque envidiable destino. A pesar de que no lograba encontrarlas hermosas, se había quedado inmóvil durante unos minutos, como ante un prodigio.

Un oficial vaga por los lavaderos desiertos, otros están de servicio en los diversos reductos, otros cabalgan por la pedregosa explanada, otros están sentados en los despachos. Ninguno logra comprender bien qué ha sucedido, pero las caras de los demás le ponen los nervios de punta. Siempre las mismas caras, piensa instintivamente, siempre las mismas palabras, el mismo servicio, los mismos documentos. Y mientras tanto fermentan tiernos deseos, no es fácil establecer con exactitud qué

querría uno, desde luego no aquellas murallas, aquellos soldados, aquellos toques de corneta.

Corre entonces, caballito, por el camino de la llanura, corre antes de que sea tarde, no te detengas, aunque estés cansado, antes de ver los prados verdes, los árboles familiares, las moradas de los hombres, las iglesias y los campanarios.

Y entonces, adiós Fortaleza, detenerse aún sería peligroso, tu fácil misterio se ha derrumbado, la llanura del norte seguirá estando desierta, nunca jamás vendrán los enemigos, nunca jamás vendrá nadie a asaltar tus pobres murallas. Adiós, comandante Ortiz, melancólico amigo que ya no eres capaz de apartarte de esta ciudadela; y como tú otros muchos, os habéis obstinado demasiado tiempo esperando, el tiempo ha sido más rápido que vosotros, y no podéis empezar de nuevo.

Giovanni Drogo sí, en cambio. Ningún compromiso lo retiene en la Fortaleza. Ahora regresa a la llanura, vuelve a entrar en el consorcio de los hombres, no será difícil que le den algún encargo especial, acaso una misión en el extranjero en el séquito de un general. En estos años, mientras él estaba en la Fortaleza, habrá perdido muchas buenas ocasiones, pero Giovanni es todavía joven, le queda todo el tiempo posible para remediarlo.

Adiós, pues, Fortaleza, con tus absurdos reductos, tus soldados pacientes, tu señor coronel que todas las mañanas, sin que lo vean, escruta con el anteojo el desierto del septentrión, pero es inútil, nunca hay nada. Un saludo a la tumba de Angustina; quizá fue el más afortunado de todos, al menos él murió como un verdadero soldado, mejor, en cualquier caso, que en el probable lecho de un hospital. Un saludo a su habitación; después de todo Drogo durmió honestamente en ella cientos de noches. Otro saludo al patio, donde también esta noche, con las formalidades de costumbre, se alinean las guardias entrantes. El último saludo a la llanura del norte, vacía ya de ilusiones.

No lo pienses más, Giovanni Drogo, no te vuelvas hacia atrás ahora que has llegado al borde de la altiplanicie y el camino está a punto de hundirse en el valle. Sería una estúpida debilidad. La conoces piedra a piedra, podría decirse, la Fortaleza Bastiani, desde luego no corres peligro de olvidarla. El caballo trota alegremente, el día es bueno, el aire tibio y ligero, la vida aún larga por delante, casi está aún por empezar; ¿qué necesidad habría de echar un último vistazo a las murallas, a las casamatas, a los centinelas de turno en el borde de los reductos? Se vuelve así lentamente una página, se extiende al lado opuesto, agregándose a las otras ya acabadas, por ahora es solo una capa fina, las que quedan por leer son, en comparación, un montón inagotable. Pero de todos modos siempre es una página gastada, mi teniente, una porción de vida.

Desde el borde de la pedregosa altiplanicie, Drogo, en efecto, no se vuelve a mirar, sin una sombra de vacilación espolea el caballo cuesta

abajo, no intenta volver ni un centímetro la cabeza, silba una canción con pasable desenvoltura, aunque le cueste trabajo.

XVIII

Se abrió la puerta de su casa y Drogo sintió de inmediato el viejo olor doméstico, como cuando, de niño, regresaba a la ciudad tras los meses de verano en el campo. Era un olor familiar y amigo, y sin embargo, después de tanto tiempo, afloraba en él algo mezquino. Le recordaba, sí, los años lejanos, la dulzura de ciertos domingos, las alegres cenas, la niñez perdida, pero hablaba también de ventanas cerradas, de tareas, de limpieza matutina, de enfermedades, de peleas, de ratones.

—¡Oh, señorito! —le gritó exultante la buena Giovanna, que le había abierto la puerta. Y en seguida llegó su madre; gracias a Dios, aún no cambiada.

Sentado en el salón, mientras intentaba responder a las muchas preguntas, sentía mudarse la felicidad en tristeza desganada. La casa le parecía vacía en comparación con antes, uno de los hermanos se había marchado al extranjero, otro estaba de viaje quién sabe dónde, el tercero en el campo. Solo quedaba la madre, y también ella tuvo que salir un poco después para una función de iglesia donde la esperaba una amiga.

Su habitación seguía idéntica, tal como la había dejado, no habían movido ni un libro, y sin embargo le pareció de otro. Se sentó en la butaca, escuchó el ruido de los carros en la calle, el intermitente vocerío que llegaba de la cocina. Estaba solo en su habitación, su madre rezaba en la iglesia, sus hermanos estaban lejos, todo el mundo vivía, pues, sin necesitar para nada a Giovanni Drogo. Abrió una ventana, vio las casas grises, tejados tras tejados, un cielo caliginoso. Buscó en un cajón sus viejos cuadernos escolares, un diario que había llevado durante años, ciertas cartas; se asombró de haber escrito él aquellas cosas, ni siquiera se acordaba, todo se refería a extraños hechos olvidados. Se sentó al piano, intentó un acorde, volvió a bajar la tapa del teclado. ¿Y ahora?, se preguntaba.

Extranjero, vagó por la ciudad, en busca de viejos amigos; los supo ocupadísimos con negocios, con grandes empresas, con la carrera política. Le hablaron de cosas serias e importantes, fábricas, vías férreas, hospitales. Alguno lo invitó a comer, alguno se había casado, todos habían tomado caminos distintos y en cuatro años se habían vuelto ya lejanos. Por mucho que lo intentase (aunque quizá ya no era capaz), no conseguía que renacieran las charlas de antaño, las bromas, los modismos. Vagaba por la ciudad en busca de viejos amigos —y habían sido muchos—, pero acababa encontrándose solo en una acera, con muchas horas vacías ante sí antes de que cayera la noche.

Por la noche se quedaba fuera de casa hasta tarde, decidido a divertirse. Todas las veces salía con las consabidas y vagas esperanzas juveniles de amor, todas las veces regresaba desilusionado. Empezó a odiar la calle que lo conducía solitario a su casa, siempre igual y desierta.

Hubo en esa época un gran baile, y Drogo, al entrar en el edificio en compañía de su amigo Vescovi, el único que había recobrado, se sentía en las mejores disposiciones de ánimo. Aunque ya era primavera, la noche sería larga, un espacio de tiempo casi ilimitado; antes del alba podían suceder muchas cosas; Drogo no estaba en condiciones de especificarlas exactamente, pero desde luego le esperaban varias horas de incondicional placer. En efecto, había empezado a bromear con una muchacha vestida de violeta y aún no habían dado las doce, quizá antes del día habría nacido el amor; pero el dueño de la casa lo llamó para enseñarle detalladamente la mansión, lo arrastró por laberintos y galerías, lo tuvo relegado en la biblioteca, lo obligó a examinar pieza a pieza una colección de armas, le hablaba de cuestiones estratégicas, de chistes militares, de anécdotas de la Casa Real, y mientras tanto pasaba el tiempo, los relojes se habían puesto a correr espantosamente. Cuando Drogo consiguió liberarse, ansioso por volver al baile, las salas se habían ya semivaciado, la muchacha vestida de violeta había desaparecido; probablemente ya había regresado a su casa.

En vano Drogo trató de beber, en vano rio sin sentido, ni siquiera el vino le servía ya. Y la música de los violines se hacía cada vez más débil, en cierto momento tocaban literalmente en el vacío porque nadie bailaba ya. Drogo se encontró, con la boca amarga, entre los árboles del jardín, oía ciertos ecos de un vals mientras el encantamiento de la fiesta se desvanecía y el cielo se ponía lentamente pálido con el alba próxima.

Al ponerse las estrellas, Drogo se quedó, entre negras sombras vegetales, a ver alzarse el día, mientras una por una las carrozas doradas se alejaban del palacio. Ahora también callaron los músicos, y un lacayo vagó por las salas bajando las luces. Desde un árbol, exactamente sobre Drogo, llegó agudo y fresquísimo el trino de una avecilla. El cielo se volvía progresivamente más claro, todo reposaba silencioso en la confiada espera de un buen día. En ese momento —pensó Drogo— los primeros rayos del sol habrían alcanzado los bastiones de la Fortaleza y a los centinelas friolentos. Su oído esperó inútilmente un toque de corneta.

Atravesó la ciudad dormida, aún inmersa en el sueño, abrió con exagerado ruido el portal de su casa. En el piso ya se filtraba por las rendijas de las persianas un poco de luz.

—Buenas noches, mamá —dijo al pasar por el pasillo.

Y de la habitación, al otro lado de la puerta, le pareció que, como de costumbre, como en los días lejanos cuando regresaba a altas horas de la noche, le respondía un sonido confuso, una voz amorosa aunque

rebosante de sueño. Y siguió casi apaciguado hacia su cuarto, cuando advirtió que también ella hablaba.

—¿Qué tienes, mamá? —preguntó en el vasto silencio.

En ese mismo instante comprendió que había confundido el rodar de un carruaje lejano con la querida voz. En realidad, su madre no había contestado, los pasos nocturnos del hijo ya no podrían despertarla como antaño, se habían vuelto ajenos, como si su sueño hubiera cambiado con el tiempo.

Antaño sus pasos le llegaban en sueños como una llamada establecida. Todos los otros ruidos de la noche, incluso mucho más fuertes, no bastaban para despertarla, ni los carros por la calle, ni el llanto de un niño, ni los aullidos de los perros, ni las lechuzas, ni una contraventana que se bate, ni el viento en los aleros, ni la lluvia o el crujido de los muebles. Solo la despertaba el paso de él, no porque fuera ruidoso (Giovanni incluso caminaba de puntillas). Por ninguna razón especial, solo porque él era su hijito.

Pero ahora ya no. Ahora él había saludado a su madre como antaño, con la misma inflexión de voz, seguro de que con el familiar ruido de sus pasos se había despertado. Pero nadie le había respondido, salvo el rodar del lejano carruaje. Una estupidez, pensó, una ridícula coincidencia, podía ser. Pero le quedaba, mientras se disponía a meterse en la cama, una impresión amarga, como si el afecto de antaño se hubiera empañado, como si entre ellos dos el tiempo y la lejanía hubieran extendido lentamente un velo de separación.

XIX

Después fue a ver a María, la hermana de su amigo Francesco Vescovi. Su casa tenía un jardín, y como estaban en primavera, los árboles ostentaban hojas nuevas; en las ramas cantaban pajarillos.

María fue a su encuentro en la puerta, sonriente. Se había enterado de que él iba a ir y se había puesto un vestido azul, ajustado en la cintura, parecido a otro que un lejano día a él le había gustado.

Drogo había pensado que sería para él una gran emoción, que le latiría el corazón. Pero cuando estuvo a su lado y volvió a ver su sonrisa, cuando oyó el sonido de su voz que decía: «¡Oh, Giovanni, por fin!» (tan distinta de lo que había pensado), tuvo la medida del tiempo transcurrido.

Él era el mismo de antes —creía—, quizá algo más ancho de hombros y tostado por el sol de la Fortaleza. Tampoco ella había cambiado. Pero algo se había interpuesto entre ellos.

Entraron en el gran salón, porque fuera hacía demasiado sol; la estancia estaba inmersa en una suave penumbra, una franja de sol resplandecía sobre la alfombra y un reloj andaba.

Se sentaron en un sofá, al sesgo, para poderse mirar. Drogo la miraba a los ojos sin encontrar palabras, pero ella ponía vivazmente sus miradas alrededor, en parte en él, en parte en los muebles, en parte en un brazalete de turquesas que parecía novísimo.

—Francesco vendrá dentro de un rato —dijo María alegremente—. Mientras tanto estarás un rato conmigo, ¡quién sabe cuántas cosas tienes que contar!

—¡Oh! —dijo Drogo—, nada muy especial, es siempre la…

—Pero ¿por qué me miras así? —preguntó ella—. ¿Me encuentras tan cambiada?

No, Drogo no la encontraba cambiada, incluso estaba sorprendido de que una muchacha, en cuatro años, no hubiera sufrido alguna visible mudanza. Pero tenía una sensación vaga de desilusión y de frío. No conseguía encontrar el tono de antes, cuando se hablaban como hermanos y podían bromear sobre todo sin herirse. ¿Por qué estaba tan comedida en el sofá y hablaba con tanta gracia? Habría tenido que tirarle de un brazo, decirle: «Pero ¿estás loca? ¿Cómo se te ocurre jugar a las personas serias?». El gélido encanto se habría roto.

Pero Drogo no se sentía capaz. Ante él estaba una persona distinta y nueva, cuyos pensamientos le eran desconocidos. Él mismo, quizá, ya no era el de antes, y había sido él quien comenzó con un tono falso.

—¿Cambiada? —respondió Drogo—. No, no, nada en absoluto.

—¡Ah! Dices eso porque me encuentras más fea, eso es. ¡Dime la verdad!

¿Era María la que hablaba? ¿No estaba bromeando? Casi incrédulo, Giovanni escuchaba sus palabras y esperaba que en cualquier momento se desprendiese de aquella elegante sonrisa, de aquella actitud suave, y soltase una carcajada.

«Fea, sí, te encuentro fea», habría respondido en los buenos tiempos Giovanni, pasándole un brazo por la cintura, y ella se habría apretado contra él. Pero ¿ahora? Habría sido absurdo, una broma de mal gusto.

—Claro que no, te digo —respondió Drogo—. Estás idéntica, te lo aseguro.

Ella lo miró con una sonrisa poco convencida y cambió de tema:

—Y ahora dime: ¿has venido para quedarte?

Era una pregunta que él había previsto («Depende de ti», había pensado responder, o algo por el estilo). Pero se la había esperado antes, en el momento del encuentro, como habría sido natural, si verdaderamente le interesaba. Ahora, en cambio, le había llegado casi por sorpresa, y era algo distinto, una pregunta casi de compromiso, sin sobreentendidos sentimentales.

Hubo un instante de silencio en el salón en penumbra, donde llegaban del jardín cantos de pájaros y de una remota lejanía acordes de piano, lentos y mecánicos, de alguien que estudiaba.

—No sé, por ahora no sé. Tengo solo un permiso —dijo Drogo.

—¿Nada más que un permiso? —dijo de inmediato María, y hubo en su voz una sutil vibración que podría ser casualidad o desilusión, y hasta dolor. Pero algo se había interpuesto realmente entre ellos, un velo indefinible y vago que no quería disolverse; quizá había crecido lentamente, durante la larga separación, día tras día, alejándolos, y ninguno de los dos lo sabía.

—Dos meses. Después quizá tenga que volver, quizá me den otro destino, quizá incluso aquí, en la ciudad —explicó Drogo. La conversación ahora le resultaba penosa, una indiferencia había entrado en su ánimo.

Ambos callaron. La tarde se estancaba sobre la ciudad, los pájaros habían enmudecido, se oían solo los lejanos acordes del piano, tristes y metódicos, que subían y subían, llenando toda la casa, y en aquel sonido había una especie de obstinada fatiga, una cosa difícil de decir que jamás se logra decir.

—Es la hija de los Micheli, en el piso de arriba —dijo María, advirtiendo que Giovanni escuchaba.

—También tú tocabas en tiempos esa música, ¿no?

María dobló graciosamente la cabeza como para escuchar.

—No, no, esa es demasiado difícil, la habrás oído en otra parte…

Drogo dijo:

—Me parecía…

El piano sonaba con inalterable pena. Giovanni miraba la franja de sol sobre la alfombra, pensaba en la Fortaleza, imaginó la nieve que se disolvía, el goteo sobre las terrazas, la pobre primavera de la montaña, que conoce solo pequeñas flores en los prados y perfumes de siega transportados por el viento.

—Pero ahora te trasladarán, ¿no? —prosiguió la muchacha—. Después de tanto tiempo bien tendrás derecho. ¡Debe ser muy aburrido aquello!

Dijo estas últimas palabras con leve ira, como si la Fortaleza le resultara odiosa.

«Quizá un poco aburrido; desde luego, prefiero estar aquí contigo.» Esta mísera frase relampagueó en la mente de Drogo como una valerosa posibilidad. Era trivial, pero quizá habría bastado. Pero de golpe todo deseo se apagó; Giovanni pensó con desagrado, incluso, en lo ridículas que habrían sido esas palabras pronunciadas por él.

—Sí, claro que sí —dijo entonces—. ¡Pero los días pasan tan pronto!

Se oía el sonido del piano, pero ¿por qué los acordes seguían subiendo sin concluir jamás? Académicamente desnudos, repetían con resignado despego una vieja historia en tiempos querida. Hablaban de una noche de niebla entre los faroles de la ciudad y de ellos dos que caminaban bajo los árboles sin hojas, por la avenida desierta, repentinamente felices, de la mano como niños, sin comprender por qué. También aquella noche, lo recordaba, había pianos que tocaban en las casas, las notas salían por las ventanas iluminadas, y aunque probablemente se trataba de aburridos ejercicios, Giovanni y María nunca habían oído músicas más suaves y humanas.

—Es cierto —agregó Drogo bromeando— que allá arriba no hay grandes diversiones, pero uno se había habituado…

La conversación, en el salón con olor a flores, parecía adquirir lentamente una poética añoranza, amiga de las confesiones de amor. «Quién sabe —pensaba Giovanni—, este primer encuentro después de una separación tan larga no podía ser distinto, quizá podremos volver a encontrarnos, tengo dos meses de tiempo; así, de golpe, no se puede juzgar, puede que aún me quiera y que yo no regrese a la Fortaleza.» Pero la muchacha dijo:

—¡Qué lástima! Me marcho con mamá y Georgina dentro de tres días; estaremos fuera unos meses, creo —con la idea se animaba gozosa—. Vamos a Holanda.

—¿A Holanda?

La muchacha hablaba ahora del viaje muy entusiasmada, de los amigos con los que se marcharía, de sus caballos, de las fiestas que se habían celebrado en carnaval, de su vida, de sus compañeras, inconsciente de Drogo.

Ahora se sentía enteramente a sus anchas y parecía más guapa.

—Una idea magnífica —dijo Drogo, que sentía un nudo amargo en la garganta—. He oído que esta es la mejor estación en Holanda. Dicen que hay llanuras llenas de tulipanes en flor.

—Oh, sí, debe ser bellísimo —aprobaba María.

—En vez de trigo cultivan rosas —continuaba Giovanni con leve ondulación de la voz—, millones y millones de rosas hasta perderse de vista, y sobre ellas se ven los molinos de viento, todos recién pintados de vivos colores.

—¿Recién pintados? —preguntó María, que empezaba a entender la broma—. ¿Qué quieres decir?

—Eso cuentan —respondió Giovanni—. Hasta lo he leído en un libro.

La franja de sol, tras recorrer toda la alfombra, subía ahora progresivamente a lo largo de la taracea de un escritorio. La tarde ya moría, la voz del piano se había vuelto débil, fuera del jardín un pajarillo aislado volvía a cantar. Drogo contemplaba los morillos de la chimenea, exactamente iguales a un par que había en la Fortaleza; la coincidencia le daba un sutil consuelo, como si demostrase que, después de todo, Fortaleza y ciudad eran un solo mundo, con iguales hábitos de vida. Pero aparte los morillos, Drogo no había conseguido descubrir nada en común.

—Debe ser bonito, sí —dijo María, bajando los ojos—. Pero ahora que estamos a punto de partir, se me han quitado las ganas.

—Bobadas, siempre ocurre en el último momento, ¡es tan aburrido preparar el equipaje! —dijo aposta Drogo, como si no hubiera entendido la alusión sentimental.

—Oh, no es por el equipaje, no es por eso…

Habría sido menester una palabra, una simple frase, para decirle que su partida le disgustaba. Pero Drogo no quería pedir nada, en aquel momento no era capaz, de verdad, le habría parecido una mentira. Por eso calló, con una sonrisa ambigua.

—¿Salimos un momento al jardín? —propuso por fin la muchacha, sin saber ya qué decir—. El sol debe de haberse puesto.

Se levantaron del sofá. Ella callaba, como esperando que Drogo le hablase, y lo miraba quizá con un resto de amor. Pero el pensamiento de Giovanni, a la vista del jardín, voló a los áridos prados que rodeaban la Fortaleza; también allá arriba estaba a punto de llegar la estación templada, valientes hierbecillas despuntaban entre las piedras. Precisamente por aquellos días, cientos de años antes, habían llegado quizá los tártaros. Drogo dijo:

—Hace ya mucho calor para ser abril. Ya verás como vuelve a llover.

Dijo exactamente eso, y María tuvo una pequeña sonrisa desolada.

—Sí, hace demasiado calor —respondió con voz átona, y ambos se dieron cuenta de que todo había acabado. Ahora estaban otra vez lejos, entre ellos se abría un vacío, en vano alargaban las manos para tocarse, la distancia aumentaba cada minuto.

Drogo comprendía que aún quería a María y que amaba su mundo; pero todas las cosas que alimentaban su vida de antes se habían quedado lejos; un mundo ajeno, donde su puesto había sido ocupado fácilmente. Y lo consideraba ahora desde fuera, aunque con nostalgia; volver a entrar en él le habría resultado incómodo, caras nuevas, costumbres distintas, nuevas bromas, nuevos modos de hablar, para los que no estaba entrenado. Aquella ya no era su vida, él había cogido otro camino, retroceder habría sido estúpido e inútil.

Como Francesco no llegaba, Drogo y María se despidieron con exagerada cordialidad, guardándose cada uno para sí sus secretos pensamientos. María le estrechó la mano con fuerza, mirándolo fijamente a los ojos, quizá una invitación a que no se marchara así, a perdonarlo, a volver a intentar lo que ya estaba perdido…

También él la miró con fijeza y dijo:

—Adiós, espero que nos veamos antes de tu marcha.

Después se fue sin volverse hacia atrás, con pasos marciales, hacia la verja de entrada, haciendo rechinar en el silencio la gravilla del sendero.

XX

Cuatro años de Fortaleza bastaban, de costumbre, para tener derecho a un nuevo destino, pero Drogo, para evitar una guarnición alejada y quedarse en su ciudad, solicitó, de todas maneras, una conversación de carácter privado con el comandante de la división. Fue su madre la que insistió en esa conversación; decía que era preciso adelantarse para que no lo olvidaran; nadie se preocuparía espontáneamente por él, Giovanni Drogo, si él no se movía; y probablemente le tocaría otra triste guarnición fronteriza. Fue también su madre la que se las ingenió, por intermedio de algunos amigos, para que el general recibiese a su hijo con benévolas disposiciones.

El general estaba en un inmenso despacho, sentado tras una gran mesa, fumando un cigarro; y era un día cualquiera, quizá de lluvia, quizá solo cubierto. El general era viejecito y miró benignamente al teniente Drogo a través de su monóculo.

—Deseaba verlo —fue lo primero que dijo, como si la conversación la hubiera querido él—. Deseaba saber cómo van las cosas allá arriba. ¿Sigue bien Filimore?

—Cuando lo he dejado, el coronel estaba perfectamente, excelencia —respondió Drogo.

El general calló un momento. Después meneó la cabeza paternalmente:

—Nos han creado bastantes problemas ustedes allá arriba, en la Fortaleza… Claro, claro… Aquel asunto de los confines. La historia de aquel teniente, ahora no recuerdo su nombre, desde luego disgustó mucho a Su Alteza.

Drogo callaba, sin saber qué decir.

—Sí, aquel teniente… —continuaba monologando el general—. ¿Cómo se llama? Un nombre como Arduino, creo.

—Se llamaba Angustina, excelencia.

—Claro, Angustina, ¡un buen cabezota! Comprometer la línea fronteriza por una estúpida obstinación… No sé cómo hemos… ¡Bueno, dejémoslo! —concluyó resueltamente, para demostrar su generosidad de ánimo.

—Pero, permítame, excelencia —se atrevió a observar Drogo—. ¡Angustina es el que murió!

—Puede ser, perfectamente, tendrá usted razón, ahora no me acuerdo bien —dijo el general, como si fuera un detalle sin la mínima importancia—. ¡Pero a Su Alteza la cosa le desagradó mucho, muchísimo!

Calló y alzó unos ojos interrogantes hacia Drogo.

—Usted está aquí —dijo con tono diplomático, lleno de sobreentendidos—. Usted está aquí para que lo trasladen a la ciudad, ¿no es cierto? Todos ustedes tienen la manía de la ciudad, sí que la tienen, y no comprenden que precisamente en las guarniciones alejadas es donde se aprende a ser soldado.

—Sí, excelencia —dijo Giovanni Drogo, tratando de controlar las palabras y el tono—. Y, de hecho, yo he pasado allí cuatro años…

—¡Cuatro años! ¡A su edad! ¿Qué significan? —replicó riendo el general—. De todos modos, yo no se lo reprocho… Decía que, como tendencia general, quizá no sea la mejor para consolidar el espíritu de los elementos del mando…

Se interrumpió, como si hubiera perdido el hilo. Se concentró un instante, continuó:

—De todos modos, mi querido teniente, trataremos de contentarlo. Ahora vamos a pedir su hoja de servicios.

En espera de los documentos, el general prosiguió:

—La Fortaleza… —dijo—, la Fortaleza Bastiani, veamos… ¿Sabe usted, teniente, cuál es el punto débil de la Fortaleza Bastiani?

—No sabría decirlo, excelencia —dijo Drogo—. Quizá está demasiado aislada.

El general lanzó una benévola sonrisa de compasión.

—¡Qué ideas más raras tienen ustedes, los jóvenes! —dijo—. ¡Demasiado aislada! Le confieso que nunca se me habría pasado por la cabeza. El punto débil de la Fortaleza, si quiere que se lo diga, es que hay demasiada gente, ¡demasiada gente!

—¿Demasiada gente?

—Y justamente por eso —continuó el general, sin hacer caso de la interrupción del teniente—, justamente por eso se ha decidido cambiar el reglamento. ¿Qué dicen al respecto los de la Fortaleza?

—¿Sobre qué, excelencia? No entiendo…

—Pero ¡si estamos hablando de eso! Del nuevo reglamento, ya se lo he dicho —repitió el general, fastidiado.

—Nunca oí hablar de eso, de verdad que nunca… —respondió Drogo, turbado.

—Ya; quizá no se ha hecho una comunicación oficial —admitió el general, apaciguado—, pero pensaba que lo sabía de todas formas; los militares son maestros, en general, en saber las cosas los primeros.

—¿Un nuevo reglamento, excelencia? —preguntó Drogo, curioso.

—Una reducción de plantilla; la guarnición se queda en la mitad —dijo el otro, brusco—. Demasiada gente, siempre lo he dicho, ¡había que aligerar esa fortaleza!

En aquel momento entró el ayudante de campo trayendo un gran paquete de hojas de servicio. Tras hojearlas sobre una mesa sacó una, la de Giovanni Drogo, y se la entregó al general, que le echó un vistazo con mirada de competencia.

—Perfecto —dijo—. Pero aquí falta, me parece, la petición de traslado.

—¿La petición de traslado? —preguntó Drogo—. Creía que no era necesaria, después de cuatro años.

—Normalmente no —dijo el general, evidentemente aburrido de tener que dar explicaciones a un subalterno—. Pero como esta vez hay una reducción de plantilla tan grande y todos quieren marcharse, es preciso tener en cuenta la precedencia.

—Pero en la Fortaleza nadie lo sabe, excelencia, nadie ha presentado aún la petición…

El general se dirigió al ayudante de campo:

—Capitán —le preguntó—, ¿hay ya peticiones de traslado de la Fortaleza Bastiani?

—Unas veinte creo, excelencia —respondió el capitán.

¡Qué broma!, pensó Drogo, anonadado. Sus compañeros, evidentemente, habían guardado el secreto para poder pasar por delante de él. ¿Incluso Ortiz lo había engañado tan bajamente?

—Perdone si insisto, excelencia —se atrevió a decir Drogo, que comprendía que la cuestión era decisiva—. Pero me parece que haber servido durante cuatro años sin interrupción tendría que valer más que una simple precedencia formal.

—Sus cuatro años no son nada, mi querido teniente —replicó el general, frío, como ofendido—, no son nada en comparación con otros muchos que llevan allá arriba toda una vida. Yo puedo considerar su caso con la mayor benevolencia, puedo favorecer una justa aspiración suya, pero no puedo prescindir de la justicia. Y, además, también hay que calcular los méritos…

Giovanni Drogo había palidecido.

—Pero entonces, excelencia —preguntó casi balbuciente—, entonces corro el riesgo de quedarme allá arriba toda la vida.

—… calcular los méritos —continuó imperturbable el otro, hojeando siempre los documentos de Drogo—. Y aquí veo, por ejemplo, lo tengo exactamente ante los ojos, una «amonestación en regla». La «amonestación en regla» no es una cosa grave… —(y mientras tanto leía)—, pero aquí tiene un asunto bastante ingrato, me parece, un centinela muerto por equivocación…

—Por desgracia, excelencia, yo no…

—No puedo escuchar sus justificaciones; usted comprenderá, mi querido teniente —dijo el general, interrumpiéndolo—. Leo solamente lo que está escrito en su informe y admito incluso que se trate de una pura desgracia, puede ocurrir perfectamente… Pero están sus colegas, que han sabido evitar esas desgracias… Estoy dispuesto a hacer lo posible, he accedido a recibirlo personalmente, ya ve usted, pero ahora… Solo si hubiera hecho la petición hace un mes… Es raro que no estuviera informado… Una notable desventaja, desde luego.

El inicial tono bonachón había desaparecido. Ahora el general hablaba con un sutil matiz aburrido y burlón, haciendo oscilar doctoralmente la voz. Drogo comprendió que había hecho el papel de un imbécil, comprendió que sus compañeros se la habían jugado, que el general debía de tener una impresión muy mediocre de él y que no había ya nada que hacer. La injusticia provocaba una aguda quemazón en su pecho, del lado del corazón. «Podría marcharme, solicitar la baja —pensó—; después de todo, no voy a morirme de hambre, y soy todavía joven.»

El general le hizo un gesto familiar con la mano:

—Bueno, adiós, teniente, y levante el ánimo.

Drogo se cuadró rígidamente, dio un taconazo, se retiró sin volver la espalda hacia la puerta, en el umbral dio un último saludo.

XXI

El paso de un caballo remonta el valle solitario y en el silencio de las gargantas produce un vasto eco; las matas de la cima de los peñascos no se mueven, inmóviles están las hierbecitas amarillas; hasta las nubes pasan por el cielo con especial lentitud. El paso del caballo sube despacio por el camino blanco, es Giovanni Drogo que regresa.

Es él, ahora que se ha acercado se le reconoce perfectamente, y en su cara no se lee ningún especial dolor. No se ha rebelado, pues, no ha solicitado la baja, se ha tragado la injusticia sin rechistar y regresa al puesto de siempre. En el fondo de su alma hay incluso una tímida complacencia por haber evitado bruscos cambios de vida, por poder volver tal cual a sus viejos hábitos. Se hace la ilusión, Drogo, de un glorioso desquite a largo plazo, cree tener aún una inmensidad de tiempo disponible, renuncia así a la lucha menuda por la vida cotidiana. Llegará un día en que todas las cuentas se salden generosamente, piensa. Pero entre tanto los otros llegan, se disputan ávidamente el paso para estar los primeros, adelantan a la carrera a Drogo, sin preocuparse por él, lo dejan atrás. Él los mira desaparecer allá al fondo, perplejo, asaltado por insólitas dudas: ¿y si se hubiera equivocado realmente? ¿Si fuera un hombre normal al que por derecho le toca solo un mediocre destino?

Giovanni Drogo subía a la solitaria Fortaleza como en aquel día de septiembre, aquel día remoto. Solo que ahora por el otro lado del valle no avanzaba ningún otro oficial, y en el puente, donde se unían los dos caminos, no venía ya a su encuentro el capitán Ortiz.

Drogo esta vez marchaba solo, y mientras tanto meditaba sobre la vida. Regresaba a la Fortaleza para quedarse quién sabe aún cuánto tiempo, y precisamente en los días en que muchos compañeros la abandonaban para siempre. Sus compañeros habían sido más rápidos, pensaba Drogo, pero tampoco había que excluir que fueran realmente mejores; esta podía ser la explicación.

Cuanto más tiempo pasaba, más importancia perdía el fuerte. En tiempos remotos quizá había sido una guarnición de importancia, o al menos se la consideraba tal. Ahora, reducida a la mitad de sus fuerzas, era solo una barrera de seguridad, excluida estratégicamente de cualquier plan de guerra. Se la mantenía únicamente para no dejar desguarnecida la frontera. Ya no se admitía la posibilidad de la menor amenaza desde la llanura del norte, a lo sumo podía aparecer en el desfiladero alguna caravana de nómadas. ¿En qué se convertía la existencia allá arriba?

Meditando sobre estas cosas, Drogo llegó por la tarde al borde de la última altiplanicie y se encontró ante la Fortaleza. Ya no encerraba,

como la primera vez, inquietantes secretos. No era en realidad más que un cuartel limítrofe, un ridículo fortín, sus murallas solo resistirían unas horas ante cañones de modelos recientes. Con el paso del tiempo la dejarían arruinarse, ya habían caído algunas almenas y un terraplén se estaba derrumbando sin que nadie lo mandase reparar.

Eso pensaba Drogo, inmóvil en el límite de la altiplanicie, al observar los centinelas de costumbre que iban de un lado a otro por el borde de las murallas. La bandera del tejado colgaba floja, no humeaba ninguna chimenea, ni un alma en la desnuda explanada.

Qué aburrida vida, ahora. Probablemente el alegre Morel se iría de los primeros; en la práctica Drogo se quedaría sin ningún amigo. Y además siempre el mismo servicio de guardia, las consabidas partidas de cartas, las consabidas escapadas al pueblo más cercano para beber un poco y hacer mediocremente el amor. Qué desastre, pensaba Drogo. Y, sin embargo, un residuo de encanto vagaba a lo largo de los perfiles de los amarillos reductos, un misterio se obstinaba allá arriba, en las esquinas de los fosos, a la sombra de las casamatas, sensación inefable de cosas futuras.

En la Fortaleza encontró muchas cosas cambiadas. Ante la inminencia de tantas marchas, reinaba por doquier una gran animación. Aún no se sabía quiénes eran los destinados a partir, y los oficiales, que habían pedido casi todos el traslado, vivían en una ansiosa espera, olvidando los cuidados de un tiempo. El propio Filimore —se sabía con seguridad— abandonaría la Fortaleza, y eso contribuía a perturbar el ritmo del servicio. La inquietud se había propagado incluso entre los soldados, pues gran parte de las compañías, sin determinar aún, tenía que descender a la llanura. Los turnos de guardia se hacían con desgana, a menudo los pelotones no estaban preparados a la hora del relevo, en todos se había asentado la convicción de que tantas precauciones eran estúpidas e inútiles.

Parecía evidente que las esperanzas de antaño, las ilusiones bélicas, la espera del enemigo del norte, no habían sido sino un pretexto para dar sentido a la vida. Ahora que existía la posibilidad de regresar al consorcio civilizado, aquellas historias parecían manías de chiquillos, nadie quería admitir que se las había tomado en serio, ni vacilaba en reírse de ellas. Lo que importaba era marcharse. Cada uno de los colegas de Drogo había puesto en marcha influyentes amistades para conseguir la preferencia, cada uno estaba convencido, en lo más hondo de su corazón, de conseguirlo.

—¿Y tú? —le preguntaban a Giovanni, con ambigua simpatía, los compañeros que se habían callado la gran novedad para pasarle por delante y tener un competidor menos—. ¿Y tú? —le preguntaban.

—Probablemente tendré que quedarme aquí unos meses —respondió Drogo.

Y los otros se apresuraban a animarlo; también a él, caramba, lo trasladarían, era más que justo, no debía ser tan pesimista, y cosas por el estilo.

Solamente Ortiz, entre todos los demás, no parecía cambiado. Ortiz no había pedido irse, desde hacía muchos años no se había vuelto a interesar por el asunto, la noticia de que se reducía la guarnición le había llegado después que a todos los demás, y por eso no había tenido tiempo de avisar a Drogo. Ortiz asistía indiferente al nuevo fermento, se ocupaba con su celo habitual de los asuntos de la Fortaleza.

Hasta que las partidas se iniciaron efectivamente. En el patio hubo un continuo rodar de carros que cargaban material y enseres del cuartel y las compañías se alineaban por turno para despedirse. El coronel bajaba cada vez de su despacho a pasarles revista, decía palabras de despedida a los soldados, su voz era inmóvil y apagada.

Oficiales que habían vivido allá arriba muchos años, que durante cientos de días habían seguido escrutando las soledades del norte desde las escarpas de los reductos, que solían tener interminables discusiones sobre la probabilidad o no de un repentino ataque enemigo, muchos de esos oficiales se marchaban con una cara alegre, guiñando el ojo de modo insolente a los compañeros que se quedaban, se alejaban hacia el valle, petulantemente erguidos en la silla, al mando de sus secciones, y ni siquiera volvían la cabeza para mirar por última vez su Fortaleza.

Solamente Morel, cuando una mañana de sol, en el centro del patio, presentó su pelotón que partía ante el coronel, y bajó saludando el sable, solo a él le brillaron los ojos, y su voz, al dar las órdenes, tuvo un temblor. Drogo, con la espalda apoyada en un muro, observaba la escena y sonrió amistosamente cuando su compañero pasó ante él a caballo, dirigiéndose a la salida. Quizá era la última vez que se veían; Drogo se llevó la mano derecha a la visera de la gorra, haciendo el saludo reglamentario.

Después volvió a entrar en los zaguanes de la Fortaleza, fríos incluso en verano, que día tras día quedaban más desiertos. Ante la idea de que Morel se había marchado, la herida de la injusticia sufrida se había abierto repentinamente y le dolía. Giovanni fue en busca de Ortiz y lo encontró saliendo de su despacho, con un fajo de papeles. Le dio alcance, se puso a su lado:

—Buenos días, mi comandante.

—Buenos días, Drogo —respondió Ortiz, deteniéndose—. ¿Hay alguna novedad? ¿Desea algo de mí?

En realidad sí quería preguntarle algo. Era un asunto genérico, sin la menor urgencia, pero pesaba sobre su corazón desde hacía unos días.

—Perdone, mi comandante —dijo—. ¿Se acuerda usted de que cuando llegué a la Fortaleza, hace cuatro años y medio, el comandante Matti me dijo que aquí se quedaban solo los voluntarios? ¿Que si uno quería marcharse era muy libre de hacerlo? ¿Se acuerda de que se lo conté? Según Matti, bastaba con que yo pidiera un reconocimiento médico, por contar con un pretexto formal, solo que decía que eso fastidiaría un poco al coronel.

—Sí, lo recuerdo vagamente —dijo Ortiz, con una levísima sombra de hastío—. Pero discúlpeme, mi querido Drogo, yo ahora…

—Un minuto, mi comandante… ¿Se acuerda de que por no hacer algo desagradable me conformé a quedarme cuatro meses? Pero si quería, podía marcharme, ¿no?

Ortiz dijo:

—Ya entiendo, Drogo, pero no es usted el único…

—Entonces —lo interrumpió Drogo con angustia—, entonces ¿no eran más que cuentos? ¿Entonces no era cierto que si quería podía marcharme? ¿Solo cuentos para que estuviera tranquilo?

—¡Oh! —dijo el comandante—. No lo creo… ¡No se meta eso en la cabeza!

—No me diga que no, mi comandante —replicó Giovanni—. ¿Pretende usted que Matti decía la verdad?

—También a mí me ocurrió lo mismo, más o menos —dijo Ortiz, mirando turbado al suelo—. También yo pensaba entonces en una brillante carrera…

Estaban parados en uno de los grandes corredores y sus voces resonaban tristemente entre los muros, porque el lugar estaba desnudo y deshabitado.

—¿Entonces no es cierto que todos los oficiales han venido aquí a petición propia? Todos obligados a quedarse como yo, ¿o no es así?

Ortiz callaba jugueteando con la contera del sable en una grieta del suelo de piedra.

—Y los que decían que eran ellos los que querían quedarse aquí…, ¿no eran más que cuentos, entonces? —insistía Drogo—. ¿Por qué ninguno tuvo nunca el valor de decirlo?

—Quizá no es exactamente como usted dice —respondió Ortiz—. Hay alguno que realmente prefirió quedarse, pocos, lo reconozco, pero alguno ha habido…

—¿Quién? ¡Dígame quién! —dijo Drogo, vivamente; después se contuvo de pronto—: Oh, disculpe, mi comandante —agregó—, naturalmente no pensaba en usted, ya sabe lo que ocurre cuando uno habla…

Ortiz sonrió:

—¡Ah!, no lo decía por mí, ¿sabe? ¡Probablemente yo también me he quedado aquí de oficio!

Los dos echaron a andar, caminando juntos, y pasaron ante unas pequeñas ventanas oblongas, cerradas por rejas; desde allí se divisaban la desnuda explanada de detrás de la Fortaleza, los montes del sur, los pesados vapores del valle.

—Y entonces —prosiguió Drogo tras un silencio—, entonces, todos aquellos entusiasmos, aquellas historias de los tártaros… ¿No es que se esperaran realmente, entonces?

—¡Claro que se esperaban! —dijo Ortiz—. Lo creían, efectivamente.

Drogo sacudió la cabeza:

—No lo entiendo, palabra…

—¿Qué quiere que le diga? —dijo el comandante—. Son historias un poco complicadas… Aquí arriba uno está un poco como en el exilio, es preciso encontrar una especie de desahogo, es preciso esperar algo. A alguien se le pasó por la cabeza, se empezó a hablar de los tártaros, quién sabe quién fue el primero…

Drogo dijo:

—Quizá también a causa del sitio, a fuerza de ver ese desierto…

—Sí, también por el sitio… Ese desierto, esas nieblas al fondo, esas montañas, no se puede negar… También el sitio contribuye, efectivamente.

Calló un momento, pensando; después continuó, como hablando consigo mismo:

—Los tártaros…, los tártaros… Al principio parece una estupidez, naturalmente, luego uno acaba por creérselo, por lo menos a muchos les sucedió eso, efectivamente.

—Pero usted, mi comandante; perdone, usted…

—Yo es otra cosa —dijo Ortiz—. La mía es otra edad. Ya no tengo aspiraciones de carrera, me basta con un sitio tranquilo… Usted, en

cambio, teniente, tiene toda la vida por delante. Dentro de un año, un año y medio como máximo, lo trasladarán…

—¡Ahí va Morel! ¡Feliz él! —exclamó Drogo, deteniéndose ante un ventanuco.

A través de la explanada se veía alejarse el pelotón. Sobre el terreno yermo y batido por el sol los soldados se destacaban nítidamente. Aunque cargados con pesadas mochilas, marchaban con arrogancia.

XXII

La última compañía que debía partir estaba formada en el patio, todos pensaban que al día siguiente se organizaría definitivamente la nueva vida con la guarnición reducida, había una especial impaciencia por acabar con aquella historia de las despedidas, con aquella rabia de ver marcharse a los demás. La compañía estaba ya formada y esperaba que el teniente coronel Nicolosi le pasara revista, cuando Giovanni Drogo, que lo presenciaba, vio aparecer al teniente Simeoni con una cara extraña.

El teniente Simeoni se encontraba desde hacía tres años en la Fortaleza y parecía un buen chico, algo pesado, respetuoso con las autoridades y amante de los ejercicios físicos. Avanzando por el patio miraba a su alrededor casi con angustia, en busca de alguien a quien decirle una cosa. Probablemente le habría dado igual uno que otro, pues no tenía amistades particulares.

Vio a Drogo, que lo observaba, y se le acercó:

—Ven a ver —le dijo en voz baja—. Date prisa, ven a ver.

—¿Qué? —preguntó Drogo.

—Estoy de servicio en el tercer reducto, me he escapado un momento, ven en cuanto estés libre. Hay algo que no entiendo —y jadeaba un poco, como si hubiera echado una carrera.

—¿Dónde? ¿Qué has visto? —preguntó Drogo, curioso.

En ese momento una corneta lanzó un triple tañido y los soldados se cuadraron porque había llegado el comandante en jefe de la degradada Fortaleza.

—Espera a que se hayan marchado —dijo todavía Simeoni, porque Drogo se impacientaba con aquel misterio, aparentemente sin razón—. Quiero verlos salir, por lo menos. Hace cinco días que quería decirlo, pero primero es preciso que todos se hayan marchado.

Por fin, tras las breves palabras de Nicolosi y los últimos sones de la banda, la compañía, equipada para una larga marcha, salió con pasos pesados de la Fortaleza, encaminándose hacia el valle. Era un día de septiembre, el cielo estaba gris y triste.

Entonces Simeoni llevó a Drogo por los largos corredores solitarios hasta la entrada del tercer reducto. Atravesaron el cuerpo de guardia, se asomaron al camino de ronda.

El teniente Simeoni sacó un anteojo y rogó a Drogo que mirase hacia el pequeño triángulo de llanura que las montañas delanteras dejaban libre.

—¿Qué es? —preguntó Drogo.

—Mira primero, no quisiera equivocarme. Mira tú primero y dime si ves algo.

Con los codos apoyados en el parapeto, Drogo miró atentamente el desierto, y con el anteojo, un instrumento privado de Simeoni, distinguía perfectamente las piedras, las hondonadas, las escasas manchas de arbustos, aunque estaban extraordinariamente lejos.

Trozo a trozo, Drogo exploró el triángulo visible del desierto y estaba a punto de decir que no, que no conseguía ver nada, cuando justamente en el fondo, allá donde las imágenes se desvanecían dentro de la perenne cortina de niebla, le pareció divisar una pequeña mancha negra que se movía.

Seguía aún con los codos apoyados en el parapeto y miraba por el anteojo cuando notó que su corazón latía con furia. Como dos años antes, pensó, cuando se creía que habían llegado los enemigos.

—¿Dices aquella manchita negra? —preguntó Drogo.

—Hace cinco días que la he visto, pero no quería decírselo a nadie.

—¿Por qué? —dijo Drogo—. ¿De qué tenías miedo?

—Si hablaba, acaso suspendían las marchas. Y así, tras habernos tomado el pelo, Morel y los demás se quedaban para disfrutar de la ocasión. Mejor ser pocos.

—¿Qué ocasión? ¿Qué crees que es? Será como la otra vez, será una patrulla de reconocimiento, o a lo mejor son pastores, o simplemente un animal.

—Hace cinco días que lo observo —dijo Simeoni—. Si fueran pastores se habrían marchado, y también si fueran animales. Es algo que se mueve, pero siempre permanece más o menos en el mismo punto.

—Entonces, ¿qué quieres que sea?

Simeoni miró a Drogo sonriendo, como preguntándose si podía revelarle el secreto. Después dijo:

—Hacen una carretera, creo, hacen una carretera militar. Esta vez es la buena. Hace dos años vinieron a estudiar el terreno, ahora llegan en serio.

Drogo rio cordialmente.

—¿Qué carretera quieres que hagan? Imagínate si va a venir alguien… ¿No has tenido bastante con la última vez?

—Quizá eres un poco miope —dijo Simeoni—. Quizá no tienes buena vista, pero yo lo distingo perfectamente, han empezado a echar el firme. Ayer, que hacía sol, se veía perfectamente.

Drogo sacudió la cabeza, asombrado de tanta obstinación. ¿De modo que Simeoni no se había cansado de esperar? ¿Y temía revelar su descubrimiento, como si fuera un tesoro? ¿Temía que se lo quitaran?

—En tiempos —dijo Drogo—, en tiempos también yo lo habría creído. Pero ahora me pareces un iluso. Si yo fuera tú, me callaría, acabarán por reírse a tus espaldas.

—Hacen una carretera —replicó Simeoni, mirando a Drogo con indulgencia—. Tardarán meses, desde luego, pero esta vez es la buena.

—Y aunque así fuera —dijo Drogo—, aunque fuera como dices, ¿crees realmente que si hicieran una carretera para traer artillería desde el norte, iban a dejar desguarnecida la Fortaleza? Lo sabrían inmediatamente en el Estado Mayor, lo habrían sabido ya desde hace años.

—El Estado Mayor nunca se toma en serio la Fortaleza Bastiani; hasta que la bombardeen nadie creerá en estas historias… Se convencerán demasiado tarde.

—Di lo que quieras —repitió Drogo—. Si esa carretera la hicieran en serio, el Estado Mayor estaría informadísimo, puedes estar seguro.

—El Estado Mayor tiene mil informaciones, pero de mil solo una es buena, y por lo tanto no creen ninguna. Por lo demás, es inútil discutir, ya verás como sucede lo que digo.

Estaban solos, en el borde del camino de ronda. Los centinelas, mucho más distanciados que antes, caminaban de un lado a otro por el trecho fijado para cada uno. Drogo miró de nuevo hacia septentrión; las rocas, el desierto, las nieblas al fondo, todo parecía carente de sentido.

Después, hablando con Ortiz, Drogo se enteró de que el famoso secreto del teniente Simeoni era conocido prácticamente por todos. Pero nadie le había dado importancia. Muchos se asombraron incluso de que un joven serio, como Simeoni, pusiera en circulación aquellas nuevas historias.

Por aquellos días había otras cosas en las que pensar. La reducción de la plantilla obligaba a disminuir las fuerzas disponibles a lo largo del

borde de las murallas, y se seguían haciendo distintas pruebas para obtener, con medios menores, un servicio de seguridad casi tan eficaz como antes. Hubo que abandonar algunos cuerpos de guardia, dotar otros con más material, fue preciso recomponer las compañías y dividirlas de nuevo por dormitorios.

Por primera vez desde que se construyó la Fortaleza se cerraron y atrancaron algunos locales. El sastre Prosdocimo tuvo que desprenderse de tres ayudantes, porque no le había quedado suficiente trabajo. De vez en cuando se entraba en dormitorios comunes o en despachos completamente vacíos, con las manchas blancas de los muebles o de los cuadros retirados en los muros.

El puntito negro que se movía en los últimos límites de la llanura siguió siendo considerado como una broma. Muy pocos le pidieron prestado el anteojo a Simeoni para mirar también ellos, y esos pocos dijeron que no habían distinguido nada. El propio Simeoni, como nadie lo tomaba en serio, evitaba hablar de su descubrimiento y por prudencia se reía del asunto también él, sin picarse.

Después, una noche, Simeoni fue a llamar a Drogo a su habitación. Ya había caído la noche y se había realizado el relevo. El menguado pelotón del Reducto Nuevo había regresado y la Fortaleza se preparaba para la vigilia, otra noche inútilmente desperdiciada.

—Ven a verlo, tú que no te lo crees, ven a verlo —decía Simeoni—. O tengo alucinaciones, o veo una luz…

Fueron a ver. Subieron al borde de las murallas, a la altura del cuarto reducto. En la oscuridad su compañero le dio a Drogo el anteojo, para que observase.

—Pero ¡si está oscuro! —dijo Giovanni—. ¿Qué quieres ver con esta oscuridad?

—Mira, te he dicho —insistió Simeoni—. Te lo he dicho, no quisiera que fuese una alucinación. Mira donde te enseñé la otra noche, dime si ves algo.

Drogo se llevó el instrumento al ojo derecho, lo apuntó hacia el extremo norte, vio en las tinieblas una pequeña luz, una punta infinitesimal de luz que brillaba más o menos en el límite de las nieblas.

—¡Una luz! —exclamó Drogo—. Veo una pequeña claridad… Espera… —y seguía ajustándose el anteojo a la órbita—. No se distingue si son varias o una sola, en ciertos momentos parece que son dos.

—¿Has visto? —dijo Simeoni, triunfante—. ¿Soy yo el idiota?

—¡Qué tiene que ver! —replicó Drogo, aunque no muy convencido—. ¿Qué significa que haya esa luz? Podría ser un campamento de gitanos o de pastores.

—Es la luz del almacén —dijo Simeoni—. El almacén de la nueva carretera, ya verás como tengo razón.

A simple vista, por extraño que parezca, la luz no se podía distinguir. Ni siquiera los centinelas (y eso que los había estupendos, famosos cazadores) lograban ver nada.

Drogo apuntó de nuevo el anteojo, buscó la lejanísima luz, estuvo mirándola unos instantes, después alzó el instrumento y se puso a observar por curiosidad las estrellas. En número infinito llenaban todas las partes del cielo, hermosísimas. Pero a oriente eran bastante más escasas, porque estaba a punto de salir la luna, precedida de una vaga claridad.

—¡Simeoni! —llamó Drogo, al no ver a su compañero a su lado.

Pero el otro no le contestó; debía de haber bajado por una escalerilla para inspeccionar el borde de las murallas.

Drogo miró a su alrededor. En la oscuridad se conseguía distinguir solo el camino de ronda vacío, el perfil de las fortificaciones, la sombra negra de las montañas. Llegó algún toque del reloj. El último centinela de la derecha habría tenido que lanzar ahora el grito nocturno, de soldado en soldado la voz correría a lo largo de todas las murallas. «¡Alerta! ¡Alerta!» Después la llamada recorrería el camino inverso, se perdería en la base de las grandes rocas. Ahora que los puestos de centinela se habían reducido a la mitad —pensó Drogo— la voz, por obra de menos repeticiones, haría el viaje de conjunto mucho más rápidamente. Pero perduró el silencio.

Pasaron entonces repentinamente por la mente de Drogo pensamientos de un mundo deseable y remoto, un palacio, por ejemplo, a orillas del mar, en una suave noche de verano, graciosas criaturas sentadas cerca, escuchar músicas, imágenes de felicidad que la juventud permitía meditar impunemente, y mientras tanto el extremo último del mar, por levante, se volvía nítido y negro, al empezar a palidecer el cielo con el alba repentina. Y poder tirar así las noches, no refugiarse en el sueño, sin miedo a llegar tarde, dejar surgir el sol, paladear ante sí un tiempo infinito, sin tener que angustiarse. Entre las muchas cosas bellas del mundo, Giovanni se obstinaba en desear este improbable palacio marino, las músicas, la disposición de las horas, la espera del alba. Aunque tonto, le parecía expresar del modo más intenso la paz que él había perdido. En efecto, desde hacía algún tiempo lo perseguía sin tregua un ansia que no sabía entender: la impresión de no llegar a tiempo, de que algo importante sucedería y lo cogería por sorpresa.

La conversación con el general, allá en la ciudad, le había dejado pocas esperanzas de traslado y de brillante carrera, pero Giovanni comprendía también que no podía permanecer toda su vida entre las murallas de la Fortaleza. Antes o después era preciso decidir algo. Después los hábitos se apoderaban de él con el ritmo de costumbre y Drogo ya no pensaba en los otros, en los compañeros que habían escapado a tiempo, en los viejos amigos que se hacían ricos y famosos, se consolaba con la vista de los oficiales que vivían como él en el mismo exilio, sin pensar que estos podían ser los débiles o los vencidos, el último ejemplo que había que seguir.

Día tras día Drogo retrasaba la decisión; por lo demás se sentía aún joven, apenas veinticinco años. Sin embargo, aquella ansia sutil lo perseguía sin tregua, ahora además estaba la historia de la luz en la llanura del norte, quizá también Simeoni tenía razón.

Pocos hablaban de eso en la Fortaleza, como algo sin importancia que no podía concernirles. Estaba demasiado próxima la desilusión de la guerra fallida, aunque nadie se hubiera atrevido a confesarlo. Y demasiado reciente la mortificación de ver partir a los compañeros, de quedar pocos y olvidados custodiando las inútiles murallas. La reducción de la guarnición había demostrado con toda claridad que el Estado Mayor ya no atribuía importancia a la Fortaleza Bastiani. Las ilusiones, tan fáciles y deseadas en tiempos, se rechazaban ahora con rabia. Simeoni, para evitar las mofas, prefería callar.

En las noches siguientes, por lo demás, no se volvió a ver la misteriosa luz, ni se logró distinguir de día ningún movimiento en el extremo de la llanura. El comandante Matti, subido por curiosidad al borde de los bastiones, le pidió el anteojo a Simeoni y exploró en vano el desierto.

—Tenga su anteojo, teniente —dijo después a Simeoni con tono indiferente—. Quizá convendría que en vez de desgastarse la vista para nada, se ocupara un poco de sus hombres. He visto un centinela sin bandolera. Vaya a ver, debe ser aquel del fondo.

Simeoni continuó discutiendo el misterio solamente con Drogo. Durante cuatro días no se habían visto realmente luces ni manchas en movimiento, pero al quinto habían aparecido de nuevo. Las nieblas septentrionales —creía poder explicar Simeoni— se ampliaban o se retiraban según las estaciones, el viento y la temperatura; esos cuatro días habían bajado en dirección al sur, envolviendo el presunto almacén.

No solo reapareció la luz, sino que después de una semana, más o menos, Simeoni pretendió que se había desplazado, avanzando hacia la Fortaleza. Esta vez Drogo se opuso: ¿cómo era posible, en la oscuridad de la noche, sin el menor punto de referencia, comprobar tal movimiento, aunque realmente se hubiera producido?

—Eso es —decía Simeoni, obstinado—. Admites, pues, que si la luz se hubiera desplazado no se podría demostrar con seguridad. Por lo tanto, tengo yo tantas razones para decir que se ha movido como tú para decir que está inmóvil. Ya verás: pienso observar todos los días esos puntitos que se mueven; ya verás como poco a poco avanzan.

Al día siguiente se pusieron a mirar juntos, alternándose en el uso del anteojo. En realidad, no se veía sino tres o cuatro mínimas manchitas, que se desplazaban con gran lentitud. Y era difícil darse cuenta de esos movimientos. Había que tomar dos o tres puntos de referencia, la sombra de una peña, el borde de una colina, y fijar las distancias proporcionales. Tras varios minutos se veía que esa proporción se había alterado. Señal de que el puntito había cambiado de posición.

Resultaba extraordinario que Simeoni hubiera podido advertirlo la primera vez. Y no se podía excluir que el fenómeno estuviera repitiéndose desde hacía años o siglos; podía haber allá abajo una aldea, o un pozo junto al cual plantaban sus tiendas las caravanas, y hasta entonces nadie había utilizado en la Fortaleza un anteojo tan potente como el de Simeoni.

El desplazamiento de las manchitas se producía casi siempre sobre la misma línea, de un lado a otro. Simeoni pensaba que eran carros para el transporte de piedras o grava; los hombres —le decía— habrían resultado demasiado pequeños para poder ser vistos a esa distancia.

Normalmente se distinguían tres o cuatro puntitos en movimiento simultáneo. Admitiendo que fueran carros —razonaba Simeoni—, por cada tres que se movían debía de haber por lo menos otros seis parados, para la carga y la descarga, y estos seis no podían identificarse, confundiéndose con las mil manchas inmóviles del paisaje. En aquel solo trecho evolucionaba, pues, una decena de vehículos, probablemente de cuatro caballos cada uno, como solían ser los transportes pesados. Los hombres, en proporción, debían ser centenares.

Estas observaciones, hechas al principio como por apuesta y por juego, se convirtieron en el único elemento interesante de la vida de Drogo. Aunque Simeoni no le resultaba especialmente simpático, por su falta de alegría y su pedante conversación, Giovanni pasaba casi todas sus horas libres con él, e incluso por la noche, en la sala de oficiales, se quedaban levantados hasta muy tarde, discutiendo.

Simeoni había hecho ya sus previsiones. Admitiendo que los trabajos avanzaran despacio y que la distancia fuera mayor de la comúnmente admitida, bastarían seis meses, decía, para que la carretera se acercase a tiro de cañón de la Fortaleza. Con toda probabilidad —pensaba— los enemigos se detendrían al abrigo de un escalón que atravesaba longitudinalmente el desierto.

Este escalón se confundía normalmente con el resto de la llanura por la identidad de su color, pero a veces las sombras de la noche o los bancos de niebla revelaban su presencia. Bajaba hacia el norte, no se sabía si empinado o no, ni su profundidad. Era desconocido, pues, el trecho de desierto que se ocultaba a la vista de quien miraba desde el Reducto Nuevo (desde las murallas del fuerte, por culpa de la montaña de delante, no se distinguía el escalón).

Desde el borde superior de esta hondonada hasta el pie de las montañas, allí donde se alzaba el cono rocoso del Reducto Nuevo, el desierto se extendía uniforme y llano, interrumpido solamente por alguna grieta, por montones de escombros, por breves zonas de cañaveral.

Tras llegar con la carretera hasta el escalón —preveía Simeoni— los enemigos podrían cubrir sin dificultad el trecho restante casi de un tirón, aprovechando una noche nublada. El terreno era lo bastante liso y compacto como para permitir que incluso la artillería avanzara fácilmente.

Los seis meses previstos en líneas generales —agregaba el teniente— podían convertirse en siete, ocho e incluso muchos más, según las circunstancias. Y aquí Simeoni enumeraba las posibles causas del retraso: un error en el cálculo de la distancia total que había que superar; la existencia de otros valles intermedios, invisibles desde el Reducto Nuevo, en los que las obras resultarían más largas y difíciles; una progresiva lentitud en la construcción a medida que los extranjeros se alejaban de la fuente de abastecimiento; complicaciones de carácter político que aconsejaran suspender la obra durante cierto período; la nieve, que incluso podría paralizar totalmente los trabajos dos o tres meses; las lluvias, que transformaran la llanura en pantano. Estos eran los obstáculos principales. A Simeoni le interesaba formularlos meticulosamente uno a uno para no parecer un chiflado.

¿Y si la carretera no tenía la menor intención agresiva? ¿Si, por ejemplo, se construía con finalidades agrícolas, para el cultivo de la inmensa landa, hasta ahora estéril y deshabitada? O, simplemente, ¿si las obras se interrumpían después de dos o tres kilómetros?, preguntaba Drogo.

Simeoni sacudía la cabeza. El desierto era demasiado pedregoso para cultivarse, respondía. El reino del norte poseía, además, inmensas praderas abandonadas que solo servían para pastos; el terreno allí habría sido más propicio para una empresa de ese género.

Pero ¿quién había dicho que los extranjeros construían verdaderamente una carretera? Simeoni garantizaba que en ciertos días límpidos, hacia el ocaso, cuando las sombras se alargaban enormemente, había conseguido distinguir la franja rectilínea del firme. Pero Drogo no la había visto, por mucho que se hubiera esforzado. ¿Quién podía jurar que aquella franja no era un simple pliegue del terreno? El movimiento de

los misteriosos puntos negros y la luz encendida de noche no probaban nada; quizá habían estado siempre, y durante los años precedentes quizá no los había visto nadie porque los tapaban las nieblas (sin contar con la insuficiencia de los viejos anteojos usados para entonces en la Fortaleza).

Mientras Drogo y Simeoni estaban discutiendo así, un día empezó a nevar. «Aún no ha terminado el verano —fue el primer pensamiento de Drogo— y ya ha llegado el mal tiempo.» Le parecía, en efecto, que acababa de regresar de la ciudad, que aún no había tenido tiempo de organizarse como antes. Y, sin embargo, en el calendario estaba escrito 25 de noviembre; se habían consumido meses enteros.

Espesísima la nieve bajaba del cielo, depositándose en las terrazas y poniéndolas blancas. Al mirarla, Drogo sintió con más agudeza el ansia de costumbre, intentaba expulsarla en vano pensando en su joven edad, en los muchísimos años que le quedaban. El tiempo, inexplicablemente, había echado a correr cada vez más veloz, se tragaba los días uno tras otro. Bastaba con mirar alrededor y ya caía la noche, el sol giraba por abajo y reaparecía por el otro lado para iluminar el mundo lleno de nieve.

Los otros, sus compañeros, parecían no advertirlo. Hacían el servicio habitual sin entusiasmo, incluso se alegraban cuando en las órdenes del día aparecía el nombre de un mes nuevo, como si hubieran ganado algo. Menos tiempo que pasar en la Fortaleza Bastiani, calculaban. Tenían, pues, una meta, mediocre o gloriosa, con la que sabían contentarse.

El propio comandante Ortiz, que andaba ya por los cincuenta años, asistía apático a la fuga de las semanas y de los meses. Ahora había renunciado a sus grandes esperanzas y decía:

—Una decena de años más, y me llega el retiro.

Regresaría a su casa, en una vieja ciudad de provincias —explicaba—, donde vivían algunos parientes suyos. Drogo lo miraba con simpatía, sin lograr entenderlo. ¿Qué haría Ortiz allá abajo, entre los civiles, sin ninguna finalidad, solo?

—He sabido contentarme —decía el comandante, dándose cuenta de los pensamientos de Giovanni—. Año tras año he aprendido a desear cada vez menos. Si las cosas me salen bien, volveré a casa con el grado de coronel.

—¿Y después? —preguntaba Drogo.

—Después, nada más —dijo Ortiz con sonrisa resignada—. Después esperaré aún… satisfecho con el deber cumplido —concluyó burlonamente.

—Pero aquí, en la Fortaleza, en esos diez años, no cree que…

—¿Una guerra? ¿Piensa usted aún en una guerra? ¿No hemos tenido bastante?

En la llanura septentrional, en los límites de las nieblas perennes, ya no se veía nada sospechoso; incluso la luz nocturna se había apagado. Y Simeoni estaba satisfechísimo. Eso demostraba que él tenía razón: no se trataba de una aldea ni de un campamento de gitanos, sino solo de obras, que la nieve había interrumpido.

XXIII

Hacía ya bastantes días que el invierno había caído sobre la Fortaleza cuando en la orden del día, fijada en su marquito sobre un muro del patio, se leyó una extraña comunicación.

«*Deplorables alarmas y falsos rumores* —estaba escrito—. Basándome en concretas disposiciones del Mando superior, invito a suboficiales, clases y soldados a no dar crédito, repetir o en cualquier caso difundir voces de alarma, desprovistas de todo fundamento, sobre presuntas amenazas de agresión contra nuestros confines. Estos rumores, amén de inoportunos por obvios motivos disciplinarios, pueden perturbar las normales relaciones de buena vecindad con el Estado limítrofe y difundir entre la tropa inútiles nerviosismos, nocivos para la marcha del servicio. Deseo que la vigilancia por parte de los centinelas se desarrolle con los medios normales, y sobre todo que no se recurra a los instrumentos ópticos no previstos en los reglamentos y que, a menudo usados sin discernimiento, dan fácilmente ocasión a errores y falsas interpretaciones. Quienquiera que posea tales instrumentos deberá notificarlo al respectivo Mando de sección, el cual procederá a retirar los propios instrumentos y a tenerlos bajo su custodia.»

Seguían las normales disposiciones para el turno cotidiano de guardia y la firma del comandante en jefe, teniente coronel Nicolosi.

Era evidente que la orden del día, formalmente dirigida a la tropa, se dirigía en realidad a los oficiales. Nicolosi había conseguido así la doble finalidad de no mortificar a nadie y de poner al corriente a toda la Fortaleza. Desde luego, ninguno de los oficiales se habría atrevido ya a dejarse ver por los centinelas explorando el desierto con anteojos extrarreglamentarios. Los instrumentos asignados a los diversos reductos eran viejos, prácticamente inutilizables, e incluso alguno se había perdido.

¿Quién había hecho de espía? ¿Quién había avisado al Mando superior, allá en la ciudad? Todos pensaron instintivamente en Matti, solo podía haber sido él, siempre reglamento en mano para sofocar cualquier cosa agradable, toda tentativa de aliento personal.

En su mayoría, los oficiales se rieron de la cosa. El mando superior —decían— no desmentía su costumbre, llegando con dos años de retraso. ¿Quién pensaba en realidad en invasiones del norte? Ah, sí, Drogo y Simeoni (hasta se les había olvidado). Pero parecía increíble que la orden del día hubiera sido hecha aposta para aquellos dos. Un buen chico como Drogo —pensaban— no podía amenazar a nadie, desde luego, aunque hubiera estado todo el santo día con un anteojo en la mano. También a Simeoni se le consideraba inocuo.

Giovanni tuvo la instintiva certeza de que la orden del teniente coronel le concernía personalmente. Una vez más las cosas de la vida se combinaban exactamente contra él. ¿Qué mal había en que se quedara unas horas observando el desierto? ¿Por qué privarlo de ese consuelo? Al pensarlo crecía en él una profunda rabia. Se había preparado ya para esperar la primavera: en cuanto se deshiciera la nieve —pensaba— reaparecería en el extremo norte la misteriosa luz, los puntitos negros volverían a moverse de un lado a otro, la fe renacería.

Toda su vida sentimental se concentraba en esa esperanza, en realidad, y esta vez con él solo estaba Simeoni, los otros no pensaban en ello, ni siquiera Ortiz, ni siquiera el sastre-jefe Prosdocimo. Era hermoso ahora alimentar celosamente un secreto tan solos, como en los días remotos, antes de morir Angustina, cuando todos se miraban como conjurados, con una especie de ávida competencia.

Pero ahora les habían prohibido el anteojo. Simeoni, escrupuloso como era, ya no se atrevería a utilizarlo. Aunque la luz se encienda en el límite de las nieblas perennes, aunque se reanude el vaivén de las minúsculas manchas, ellos no podrán saberlo, nadie se daría cuenta a simple vista, ni los mejores centinelas, cazadores famosos que ven un cuervo a más de un kilómetro.

Drogo estaba ansioso, ese día, por oír la opinión de Simeoni, pero esperó hasta la noche, para no llamar la atención; alguien hubiera ido a informar inmediatamente, desde luego. El propio Simeoni no había acudido al comedor a mediodía, y Giovanni no lo había visto en ninguna otra parte.

Simeoni apareció a la hora de la cena, pero más tarde de lo normal, cuando ya Drogo había empezado. Comió rapidísimamente, se levantó antes que Giovanni, corrió en seguida a una mesa de juego. ¿Quizá tenía miedo de encontrarse solo con Drogo?

Ninguno de los dos estaba aquella noche de servicio. Giovanni se sentó en un sillón, al lado de la puerta de las salas, para abordar a su compañero a la salida. Y notó que Simeoni, mientras jugaba, le echaba furtivas ojeadas, tratando de que no lo viesen.

Simeoni jugó hasta tarde, mucho más tarde de lo normal, cosa que nunca había hecho. Continuaba lanzando ojeadas hacia la puerta, con la esperanza de que Drogo se cansara de esperar. Al final, cuando todos se marcharon, tuvo que levantarse también él y dirigirse a la salida, Drogo se puso a su lado.

—Hola, Drogo —dijo Simeoni con una sonrisa embarazada—. No te había visto, ¿dónde estabas?

Habían echado a andar por uno de los muchos corredores sórdidos que atravesaban longitudinalmente la fortaleza.

—Me senté a leer —dijo Drogo—. Tampoco yo me di cuenta de que se había hecho tan tarde.

Caminaron un rato en silencio, entre los reflejos de los escasos faroles pegados simétricamente a los dos muros. El grupo de los otros oficiales se había alejado ya, se oían voces confusas procedentes de la lejana penumbra. Era a altas horas de la noche y hacía frío.

—¿Has leído la orden del día? —dijo Drogo de repente—. ¿Has visto esa historia de las falsas alarmas? Quién sabe por qué. ¿Quién habrá estado haciendo de espía?

—¿Y cómo voy a saberlo yo? —respondió casi grosero Simeoni, parándose al final de una escalera que llevaba arriba—. ¿Tú subes por aquí?

—¿Y el anteojo? —insistió Drogo—. Ya no se podrá utilizar tu anteojo, al menos…

—Lo he entregado ya al Mando —interrumpió Simeoni, reservado—. Me parecía mejor. Total, nos vigilan…

—Podías esperar, me parece. A lo mejor dentro de tres meses, cuando la nieve haya desaparecido, nadie se acordará, podíamos volver a mirar. La carretera que dices, ¿cómo verla sin tu anteojo?

—Ah, la carretera —y en la voz de Simeoni había una especie de indulgencia—. ¡He acabado por convencerme de que tenías razón!

—¿Que yo tenía razón? ¿En qué?

—En que no hacen ninguna carretera, debe ser alguna aldea o un campamento de gitanos, como tú decías.

¿Tenía, pues, tanto miedo Simeoni que renegaba de todo? ¿Por temor a una reprimenda no se atrevía ni a hablar con él, Drogo? Giovanni miró a la cara a su compañero. El corredor se había quedado totalmente desierto, ya no se oía ninguna voz, las sombras de los dos oficiales se proyectaban monstruosas a un lado y a otro, ondulando.

—¿Ya no lo crees, dices? —preguntó Drogo—. ¿Piensas en serio que te has equivocado? Y, entonces, todos los cálculos que hacías…

—Por matar el tiempo —dijo Simeoni, tratando de tomárselo todo a broma—. No te lo habrás tomado en serio, espero.

—Tienes miedo, di la verdad —le dijo Drogo con voz aviesa—. Ha sido la orden del día, di la verdad, y ahora no te fías.

—No sé qué tienes esta noche —respondió Simeoni—. No sé qué quieres decir. Contigo no se puede bromear, eso es lo que pasa, te lo tomas todo en serio, pareces un niño, eso es lo que pareces.

Drogo calló y se quedó mirándolo. Permanecieron mudos unos instantes en el lúgubre corredor, pero el silencio era demasiado grande.

—Bueno, me voy a dormir —concluyó Simeoni—, ¡buenas noches! —y echó a andar escaleras arriba, iluminadas también en cada rellano por un débil farol.

Simeoni subió el primer tramo, desapareció detrás de la esquina, se vio solo su sombra sobre el muro, después ni esta. «¡Qué gusano!», pensó Drogo.

XXIV

Entre tanto el tiempo corría, su latido silencioso mide cada vez más precipitado la vida, no podemos parar ni un instante, ni siquiera para una ojeada hacia atrás. «¡Párate! ¡Párate!», quisiéramos gritar, pero comprendemos que es inútil. Todo huye, los hombres, las estaciones, las nubes; y de nada sirve agarrarse a las piedras, resistir en lo alto de un escollo; los dedos cansados se abren, los brazos se aflojan inertes, nos arrastra de nuevo el río, que parece lento pero jamás se para.

Día tras día Drogo sentía aumentar esta misteriosa ruina, y en vano trataba de contenerla. En la vida uniforme de la Fortaleza le faltaban puntos de referencia y las horas se le escapaban de entre los dedos antes de que consiguiera contarlas.

Estaba además la secreta esperanza por la que Drogo dilapidaba la mejor parte de su vida. Para alimentarla sacrificaba a la ligera meses y meses, y nunca bastaba. El invierno, el larguísimo invierno de la Fortaleza, no fue sino una especie de pago a cuenta. Terminado el invierno, Drogo seguía esperando.

Cuando llegara el buen tiempo —pensaba— los extranjeros reanudarían las obras de la carretera. Pero ya no disponía del anteojo de Simeoni que permitía verlos. Sin embargo, al avanzar las obras —aunque quién sabe cuánto tiempo se necesitaría aún—, los extranjeros se acercarían y un buen día estarían al alcance de los viejos anteojos con que estaban dotados algunos cuerpos de guardia.

Por ello Drogo había fijado el plazo de su espera no ya en la primavera, sino unos meses después, siempre en la hipótesis de que de verdad hicieran una carretera. Y debía incubar estos pensamientos en secreto porque Simeoni, temiendo molestias, no quería ya saber nada de ellos; los otros compañeros le habrían tomado el pelo y los superiores desaprobaban las fantasías de este estilo.

A comienzos de mayo, por mucho que escrutaba la llanura con el mejor de los anteojos de ordenanza, Giovanni no conseguía descubrir aún ningún signo de actividad humana; ni siquiera la luz nocturna, y eso que los fuegos se ven fácilmente incluso a distancias desmesuradas.

Poco a poco la confianza se debilitaba. Es difícil creer en algo cuando uno está solo y no puede hablar de ello con nadie. Precisamente en esa época Drogo se dio cuenta de que los hombres, por mucho que se quisieran, siempre permanecen alejados; si uno sufre, el dolor es completamente suyo, ningún otro puede tomar para sí ni una mínima parte; si uno sufre, no por eso los otros sienten daño, aunque el amor sea grande, y eso provoca la soledad en la vida.

La confianza empezaba a debilitarse y la impaciencia crecía, al notar Drogo que el tictac del reloj se volvía cada vez más apresurado. Ya le ocurría el dejar pasar días enteros sin una ojeada al norte (aunque a veces le gustaba engañarse a sí mismo y persuadirse de que se trataba de un olvido, cuando la verdad es que lo hacía a propósito, para tener una sombra más de probabilidades la próxima vez).

Por fin una noche —pero ¿cuánto tiempo se necesitó?— una lucecita temblorosa apareció en la lente del anteojo, débil luz que parecía palpitar moribunda y que, en cambio, debía de ser, calculando la distancia, una respetable iluminación.

Era la noche del 7 de julio. Drogo recordó durante años la alegría asombrosa que inundó su ánimo y las ganas de correr y gritar, para que todos lo supieran, y el orgulloso trabajo de no decir nada a nadie, a causa del supersticioso temor de que la luz muriese.

Cada noche, en el borde de la muralla, Drogo se ponía a esperar, cada noche la misteriosa lucecita parecía acercarse un poco y hacerse mayor. Muchas veces debía de ser solo una ilusión, nacida del deseo, pero otras era un efectivo progreso, hasta el punto de que finalmente un centinela la avistó a simple vista.

Después se comenzó a divisar incluso de día, sobre el blanquecino fondo del desierto, un movimiento de pequeños puntos negros, igual que el año anterior, solo que ahora el anteojo era menos potente y por tanto los extranjeros debían de haberse acercado mucho más.

En septiembre la luz de la presunta obra se distinguía claramente, en las noches serenas, incluso por gente de vista normal. Poco a poco, entre los militares se volvió a hablar de la llanura del norte, de los extranjeros, de aquellos extraños movimientos y luces nocturnas. Muchos decían que era una carretera, aunque no lograban explicarse su finalidad; la hipótesis de una obra militar parecía absurda. Por lo demás, los trabajos parecían avanzar con extraordinaria lentitud respecto a la grandísima distancia que quedaba.

Una noche hasta se oyó a alguien hablar en términos vagos de guerra, y extrañas esperanzas empezaron a revolotear entre las murallas de la Fortaleza.

XXV

Un palo está plantado en el borde del escalón que corta longitudinalmente la llanura del norte, ni siquiera a un kilómetro de distancia de la Fortaleza. Desde allá hasta el cono rocoso del Reducto Nuevo el desierto se extiende uniforme y compacto, de modo que permite a la artillería avanzar libremente. Un palo está clavado en el borde superior de la hondonada, singular señal humana, que se ve perfectamente incluso a simple vista desde lo alto del Reducto Nuevo.

Hasta allí han llegado los extranjeros con su carretera. La gran obra ha terminado finalmente, ¡pero a qué terrible precio! El teniente Simeoni había hecho sus previsiones, había dicho seis meses. Pero no han bastado seis meses para la construcción, ni seis meses, ni ocho, ni diez. La carretera está ya acabada, los convoyes enemigos pueden bajar desde el septentrión a todo galope para alcanzar las murallas de la Fortaleza; después solo queda atravesar el último trecho, unos cientos de metros por un terreno liso y cómodo, pero todo eso ha costado caro. Se han necesitado quince años, quince larguísimos años que, sin embargo, han escapado como un sueño.

Al mirar alrededor nada parece cambiado. Las montañas han permanecido idénticas, en las murallas del fuerte se ven siempre las mismas manchas, incluso habrá alguna nueva, pero de dimensiones insignificantes. Igual es el cielo, igual el desierto de los tártaros si se exceptúa aquel palo negruzco sobre el borde del escalón y una franja recta, que se ve o no se ve según la luz, y es la famosa carretera.

Quince años para las montañas han sido menos que nada, e incluso no han hecho gran daño a los bastiones del fuerte. Pero para los hombres han sido un largo camino, aunque no se entiende cómo han pasado tan pronto. Las caras son siempre las mismas, más o menos; los hábitos no han cambiado, ni los turnos de guardia, ni las charlas que los oficiales tienen cada noche.

Y, sin embargo, mirando de cerca, se reconocen en los rostros las señales de los años. Además la guarnición se ha visto aún disminuida de número, largos trechos de muralla ya no están custodiados y se llega a ellos sin contraseña, los grupos de centinelas están distribuidos solo en los puntos esenciales, se ha decidido incluso cerrar el Reducto Nuevo y mandar solo cada diez días un pelotón a inspeccionarlo; tan poca importancia atribuye ahora el Mando superior a la Fortaleza Bastiani.

El Estado Mayor no se ha tomado en serio la construcción de la carretera en la llanura del norte. Unos dicen que se trata de una de las consabidas incongruencias de los mandos militares, otros dicen que en la capital están, desde luego, mejor informados; evidentemente resulta

que la carretera no tiene ninguna finalidad agresiva; y por lo demás no se dispone de otra explicación, aunque no convenza mucho.

La vida en la Fortaleza se ha vuelto cada vez más monótona y solitaria; al teniente coronel Nicolosi, al comandante Monti, al teniente coronel Matti, les llegó la hora del retiro. La guarnición está ahora al mando del teniente coronel Ortiz, y también todos los demás, salvo el sastre-jefe Prosdocimo, que sigue siendo brigada, han ascendido de graduación.

Una hermosísima mañana de septiembre, Drogo, el capitán Giovanni Drogo, sube una vez más a caballo el empinado camino que desde la llanura lleva a la Fortaleza Bastiani. Ha tenido un mes de permiso, pero regresa ya al cabo de veinte días; la ciudad le resulta ya completamente ajena, los viejos amigos se han abierto camino, ocupan posiciones importantes y lo saludan presurosamente como a un oficial cualquiera. Hasta su casa, que Drogo sigue amando, le llena el ánimo, cuando vuelve a ella, de una pena difícil de expresar. La casa está desierta casi todas las veces, el cuarto de su madre se ha quedado vacío para siempre, sus hermanos están perennemente fuera, uno se ha casado y vive en otra ciudad, otro sigue viajando, en las salas ya no hay signo de vida familiar, las voces resuenan exageradamente, y no basta con abrir las ventanas al sol.

Así Drogo sube una vez más el valle de la Fortaleza y tiene quince años menos de vida. Por desgracia, no se siente cambiado en gran cosa, el tiempo ha huido tan velozmente que el ánimo no ha conseguido envejecer. Y aunque la oscura angustia de las horas que pasan se haga cada día mayor, Drogo se obstina en la ilusión de que lo importante aún tiene que comenzar. Giovanni espera paciente su hora, que nunca ha llegado, no piensa que el futuro se ha abreviado terriblemente, ya no es como antaño, cuando el tiempo por venir podía parecerle un período inmenso, una riqueza inagotable cuyo derroche no presentaba ningún riesgo.

Y, sin embargo, un día advirtió que hacía bastante tiempo que ya no iba a cabalgar por la explanada de detrás de la Fortaleza. Advirtió incluso que no tenía ningunas ganas y que en los últimos meses (quién sabe exactamente cuántos) ya no subía las escaleras a la carrera, de dos en dos. Bobadas, ha pensado, físicamente se sentía siempre igual, todo estaba a punto de empezar, no cabía la menor duda; una prueba habría sido ridículamente superflua.

No, físicamente Drogo no ha cambiado, si reanudara las cabalgatas y las carreras escaleras arriba sería muy capaz, pero no es eso lo que importa. Lo grave es que ya no tiene ganas, que prefiere quedarse dormitando al sol después de comer en vez de corretear de un lado a otro por la pedregosa explanada. Eso es lo que cuenta, solo eso registra los años transcurridos.

¡Oh, si lo hubiera pensado la primera noche que subió las escaleras de una en una! Se sentía un poco cansado, es cierto, tenía como un aro en

la cabeza y ningún deseo de la habitual partida de cartas (también anteriormente, por lo demás, había renunciado a veces a subir las escaleras a la carrera por culpa de malestares ocasionales). No le asaltó la más remota sospecha de que aquella noche era muy triste para él, de que en aquellos peldaños, en aquella hora concreta, terminaba su juventud, de que al día siguiente, sin ninguna razón especial, ya no volvería al viejo sistema, ni al otro día, ni más adelante, ni nunca.

Ahora, mientras Drogo cabalga meditando bajo el sol por el empinado camino, y el animal, ya algo cansado, marcha al paso, ahora una voz lo llama desde el otro lado del valle.

—¡Mi capitán! —oyó gritar.

Y al volverse divisó por el otro camino, en el lado opuesto del barranco, un joven oficial a caballo; no le reconoció, pero le pareció distinguir los galones de teniente, y pensó que era otro oficial de la Fortaleza que regresaba, como él, de un permiso.

—¿Qué pasa? —preguntó Giovanni, parándose tras haber contestado al saludo reglamentario del otro.

¿Qué motivo podía tener aquel teniente para llamarlo de aquella forma demasiado desenvuelta?

Al no responder el otro, Drogo repitió en voz más alta, esta vez levemente dura:

—¿Qué pasa?

Erguido en la silla, el desconocido teniente hizo bocina con las manos y respondió con todo su resuello:

—¡Nada, deseaba saludarlo!

A Giovanni le pareció una explicación estúpida, casi ofensiva, como para pensar en una broma. Todavía media hora de caballo, hasta el puente, y después los dos caminos se unían. ¿Qué necesidad había, pues, de aquellas exuberancias de civiles?

—¿Quién es? —gritó en respuesta Drogo.

—¡Teniente Moro! —fue la contestación, o mejor dicho, ese fue el nombre que al capitán le pareció entender.

¿Teniente Moro?, se preguntó. En la Fortaleza no había ningún nombre de ese género. ¿Quizá un nuevo subalterno que venía a entrar en servicio?

Solo entonces lo hirió, con dolorosa resonancia del ánimo, el recuerdo del remotísimo día en que por primera vez había subido a la Fortaleza, del encuentro con el capitán Ortiz, exactamente en el mismo punto del valle, de su ansia de hablar con una persona amiga, del embarazoso diálogo a través del barranco.

Exactamente igual que aquel día, pensó, con la diferencia de que los papeles se habían cambiado y ahora era él, Drogo, el viejo capitán que subía por centésima vez a la Fortaleza Bastiani, mientras que el teniente nuevo era un tal Moro, persona desconocida. Comprendió Drogo que en el intervalo había transcurrido toda una generación, que él había llegado ya al otro lado de la cumbre de la vida, del lado de los viejos, en el que aquel día remoto le había parecido que se encontraba Ortiz. Y a más de cuarenta años, sin haber hecho nada de provecho, sin hijos, verdaderamente solo en el mundo, Giovanni miraba a su alrededor turbado, sintiendo declinar su destino.

Veía grandes rocas incrustadas de matas, torrenteras húmedas, lejanísimas crestas desnudas que se superponían hasta el cielo, la impasible cara de las montañas; y al otro lado del valle aquel teniente nuevo, tímido y desorientado, que seguramente se hacía la ilusión de no quedarse en la Fortaleza sino unos pocos meses, y soñaba con una brillante carrera, gloriosos hechos de armas, románticos amores.

Golpeó con una mano el cuello de su animal, que volvió amistosamente la cabeza hacia atrás, pero que desde luego no podía comprenderlo. Un nudo apretaba el corazón de Drogo: adiós sueños del tiempo lejano, adiós hermosas cosas de la vida. El sol brillaba límpido y benévolo para los hombres, un aire vivificador descendía del valle, los prados lanzaban un grato perfume, voces de pájaros acompañaban las músicas del torrente. Un día de felicidad para los hombres, pensó Drogo, y se asombraba de que nada difiriese en apariencia de ciertas maravillosas mañanas de su juventud. El caballo reanudó la marcha. Media hora después Drogo vio el puente donde se unían los caminos, pensó que dentro de poco tendría que ponerse a hablar con el nuevo teniente y tuvo una sensación de pena.

XXVI

¿Por qué ahora que la carretera estaba acabada habían desaparecido los extranjeros? ¿Por qué hombres, caballos y carros habían vuelto a subir por la gran llanura, hasta perderse en las nieblas del norte? ¿Todo aquel trabajo para nada?

Efectivamente, se vio alejarse una tras otra las cuadrillas de cavadores, hasta resultar minúsculos puntitos visibles solo con el anteojo, como quince años atrás. El camino estaba abierto para los soldados: que avanzara el ejército ahora para asaltar la Fortaleza Bastiani.

Pero no se vio avanzar al ejército. A través del desierto de los tártaros quedaba solo la franja de la carretera, singular signo de orden humano en el antiquísimo abandono. El ejército no descendió al asalto; todo pareció quedar en suspenso, quién sabe para cuántos años.

Así la llanura permaneció inmóvil, paradas las nieblas septentrionales, parada la vida reglamentaria de la Fortaleza, los centinelas repetían siempre los mismos pasos desde este a aquel punto del camino de ronda, igual el caldo de la tropa, un día idéntico al otro, repitiéndose hasta el infinito, como soldado que marca el paso. Y, sin embargo, el tiempo soplaba; sin cuidarse de los hombres, pasaba de arriba abajo por el mundo mortificando las cosas bellas, y nadie conseguía escapar de él, ni siquiera los niños recién nacidos, aún desprovistos de nombre.

También el rostro de Giovanni empezaba a cubrirse de arrugas, el pelo se volvía gris, el paso menos ligero; el torrente de la vida lo había arrojado ya a un lado, hacia los remansos periféricos, aunque en el fondo ni siquiera contaba cincuenta años. Drogo, naturalmente, ya no hacía servicio de guardia, sino que tenía un despacho propio en la Comandancia, contiguo al del teniente coronel Ortiz.

Cuando caían las tinieblas, el escaso número de hombres de guardia ya no bastaba para impedir que la noche se adueñase de la Fortaleza. Vastos sectores de murallas estaban sin custodiar y por allí penetraban los pensamientos de oscuridad, la tristeza de estar solo. En realidad el viejo fuerte era como una isla abandonada, circundado por territorios vacíos: a derecha e izquierda las montañas, al sur el largo valle deshabitado y al otro lado la llanura de los tártaros. Ruidos extraños, como nunca, resonaron en las horas más avanzadas, a través de los laberintos de las fortificaciones, y el corazón de los centinelas se ponía a latir. De un extremo a otro de las murallas corría todavía el grito: «¡Alerta! ¡Alerta!», pero a los soldados les costaba mucho trabajo transmitírselo, tanta distancia separaba a uno de otro.

Drogo asistió por aquellos tiempos a las primeras angustias del teniente Moro, como una fiel reproducción de su propia juventud. También Moro, al principio, se había quedado espantado, había recurrido al comandante Simeoni, que sustituía en cierto modo a Matti y lo había convencido para que se quedara cuatro meses, habían acabado por engatusarlo; también Moro se había puesto a mirar con demasiada insistencia la llanura del norte, con su carretera nueva e inutilizada por la que bajaban las esperanzas guerreras. A Drogo le habría gustado hablarle, decirle que tuviera cuidado, que se marchara mientras estaba a tiempo; tanto más cuanto que Moro era un chico simpático y escrupuloso. Pero siempre intervenía cualquier estupidez para impedir el coloquio, y por lo demás probablemente todo habría sido inútil.

Al caer una sobre otra las páginas grises de los días, las páginas negras de las noches, aumentaba en Drogo y en Ortiz (y quizá también en algún otro viejo oficial) la angustia de ya no llegar a tiempo. Insensibles a la ruina de los años, los extranjeros jamás se movían, como si fueran inmortales y no les importase dilapidar como en un juego largas temporadas. La Fortaleza, en cambio, encerraba pobres hombres, indefensos contra la obra del tiempo, cuyo último término se aproximaba. Fechas que antaño habían parecido inverosímiles, de tan remotas, asomaban ahora inesperadamente por el cercano horizonte, recordando los duros plazos de la vida. Cada vez, para poder continuar, era preciso construir un sistema nuevo, encontrar nuevos términos de comparación, consolarse con los que aún estaban peor.

Hasta que incluso a Ortiz le llegó el retiro (y en la llanura del norte no se descubría el mínimo indicio de vida, ni siquiera una minúscula luz). El teniente coronel Ortiz dio las consignas al nuevo comandante —Simeoni —, reunió la tropa en el patio, exceptuados naturalmente los pelotones de servicio de guardia, lanzó a duras penas un discurso, montó en su caballo con ayuda de su asistente y salió por la puerta de la Fortaleza. Lo escoltaban un teniente y dos soldados.

Drogo lo acompañó hasta el borde de la explanada, donde se despidieron. Era la mañana de un gran día estival, por el cielo pasaban nubes cuyas sombras manchaban extrañamente el paisaje. Bajando del caballo, el teniente coronel Ortiz se hizo a un lado con Drogo y ambos callaban, sin saber cómo decirse adiós. Después salieron palabras desganadas y triviales, muy distintas y más pobres que lo que tenían en el corazón.

—Para mí ahora cambia la vida —dijo Drogo—. Me gustaría marcharme también. Casi me dan ganas de solicitar la baja.

Ortiz dijo:

—¡Tú aún eres joven! Sería una estupidez, aún llegarás a tiempo.

—¿A tiempo de qué?

—A tiempo de la guerra. Ya verás, no pasarán ni dos años —eso decía, pero en el fondo de su corazón esperaba que no; en realidad deseaba que Drogo se marchase como él, sin haber tenido la gran suerte; le habría parecido una cosa injusta. Y eso que sentía amistad por Drogo y le deseaba lo mejor.

Pero Giovanni no dijo nada.

—Ya verás, no pasarán ni dos años, efectivamente —insistió entonces Ortiz, esperando que lo contradijese.

—Nada de dos años —dijo finalmente Drogo—. Pasarán siglos, y no basta. Ahora la carretera está abandonada, del norte ya no vendrá nadie.

Y aunque estas fueran sus palabras, la voz del corazón era muy distinta: absurdo, refractario a los años, se conservaba en él, desde la época de la juventud, aquel hondo presentimiento de cosas fatales, una oscura certidumbre de que lo bueno de la vida aún tenía que empezar.

Callaron de nuevo, advirtiendo que aquella charla los iba separando. Pero ¿qué podían decirse, tras vivir juntos casi treinta años entre los mismos muros, con los mismos sueños? Sus dos caminos, tras haber andado tanto, se separaban ahora, uno por aquí y otro por allá, se alejaban hacia países desconocidos.

—¡Qué sol! —dijo Ortiz, y miraba, con los ojos un tanto empañados por la edad, las murallas de su Fortaleza, que abandonaba para siempre. Parecían siempre las mismas, con idéntico color amarillento, con su rostro novelesco. Ortiz las miraba intensamente y nadie, salvo Drogo, hubiera podido adivinar cuánto sufría.

—Sí que hace calor —respondió Giovanni, acordándose de María Vescovi, de aquella lejana conversación en el salón, mientras descendían melancólicos los acordes del piano.

—Un día caluroso, efectivamente —agregó Ortiz, y los dos se sonrieron; un instintivo gesto de inteligencia como diciendo que conocían a la perfección el significado de aquellas estúpidas palabras. Ahora una nube había llegado a ellos con su sombra, durante unos minutos toda la explanada se oscureció y relampagueó en contraste con el siniestro esplendor de la Fortaleza, aún bañada por el sol. Dos grandes pájaros giraban sobre el primer reducto. Se oyó a lo lejos, casi imperceptible, un sonido de corneta.

—¿Has oído? La corneta… —dijo el viejo oficial.

—No, no la he oído —respondió Drogo, mintiendo, pues sentía vagamente que eso agradaría a su amigo.

—Quizá me equivoqué. Estamos demasiado lejos, efectivamente —admitió Ortiz, temblándole la voz, y después añadió con trabajo—: ¿Te acuerdas de la primera vez, cuando llegaste aquí y te espantaste? No querías quedarte, ¿recuerdas?

Drogo consiguió decir solo:

—Hace mucho tiempo…

Un curioso nudo le apretó la garganta.

Después Ortiz dijo todavía algo, tras haber corrido detrás de sus pensamientos:

—Quién sabe —dijo—, quizá en una guerra yo podía servir. Puede ser que resultara útil.

La nube había pasado, había superado ya la Fortaleza; ahora se deslizaba a través de la desolada llanura de los tártaros, cada vez más al norte, silenciosa. Adiós, adiós. Al volver el sol, los dos hombres proyectaban de nuevo sombra. Los caballos de Ortiz y de la escolta, unos veinte metros más allá, golpeaban las piedras con los cascos, indicando impaciencia.

XXVII

Se vuelve una página, pasan meses y años. Los que fueron compañeros de escuela de Drogo están casi cansados de trabajar, tienen barbas cuadradas y grises, caminan con circunspección por las ciudades saludados respetuosamente, sus hijos son hombres hechos y derechos, alguno ya es abuelo. A los viejos amigos de Drogo, en el umbral de la casa que se han construido, les gusta pararse a observar, orgullosos de su carrera, cómo corre el río de la vida, y en el remolino de las multitudes les divierte distinguir a sus propios hijos, incitándolos a darse prisa, a adelantar a los demás, a llegar los primeros. Giovanni Drogo, en cambio, espera aún, aunque la esperanza se debilite a cada minuto.

Ahora sí que ha cambiado finalmente. Tiene cincuenta y cuatro años, el grado de comandante y es el segundo jefe de la enteca guarnición de la Fortaleza. Hasta hace poco tiempo no había cambiado gran cosa, se le podía considerar todavía joven. De vez en cuando, aunque con trabajo, daba por higiene unas vueltas a caballo por la explanada.

Después empezó a adelgazar, el rostro se le puso de un triste color amarillo, los músculos se aflojaron. Trastornos del hígado, decía el doctor Rovina, ya viejísimo, decidido obstinadamente a acabar allá arriba su vida. Pero los polvitos del doctor Rovina no surtieron efecto; Giovanni se despertaba por la mañana con un desalentador cansancio que se le pegaba a la nuca. Sentado después en su despacho, no veía llegada la hora de que cayese la noche para poder arrojarse en un sillón o en la cama. Trastornos del hígado agravados por agotamiento general, decía el médico, pero era rarísimo un agotamiento general con la vida que hacía Giovanni. De todos modos, era una cosa pasajera, frecuente a esa edad —decía el doctor Rovina—, un poco larguita, quizá, pero sin ningún peligro de complicaciones.

Se injertó así en la vida de Drogo una espera suplementaria, la esperanza de la curación. Por lo demás, no se mostraba impaciente. El desierto septentrional seguía vacío, nada permitía presagiar una posible bajada enemiga.

—Tienes mejor aspecto —le decían casi todos los días sus colegas, pero en realidad Drogo no sentía la mínima mejoría. Habían desaparecido, sí, los dolores de cabeza y las penosas diarreas de los primeros tiempos; no lo atormentaba ningún sufrimiento específico. Pero las energías de conjunto se hacían cada vez más débiles.

Simeoni, el comandante en jefe de la Fortaleza, le decía:

—Tómate un permiso, vete a descansar, te sentaría bien una ciudad marítima.

Y al decirle Drogo que no, que ya se sentía mejor, que prefería quedarse, Simeoni meneaba la cabeza reprobador, como si Giovanni rechazase por ingratitud un valioso consejo, que respondía en todo al espíritu del reglamento, a la eficacia de la guarnición y a su propio beneficio personal. Porque Simeoni conseguía incluso que echaran de menos a Matti, tanto hacía pesar sobre los demás su propia y virtuosa perfección.

Hablara de lo que hablara, sus palabras, cordialísimas en la superficie, tenían siempre un vago sabor de reprimenda para todos los demás, como si solo él cumpliera el deber hasta lo último, él solo fuera el sostén de la Fortaleza, él solo se ocupara de remediar infinitos desastres que si no lo habrían mandado todo a paseo. También Matti, en sus buenos tiempos, había sido un poco así, pero menos hipócrita; Matti no se recataba de descubrir la aridez de su corazón y a los soldados no les desagradaban ciertas despiadadas rudezas.

Por suerte, Drogo se había hecho amigo del doctor Rovina y había obtenido su complicidad para poder quedarse. Una oscura superstición le decía que si abandonaba ahora la Fortaleza por enfermedad, jamás regresaría. Este pensamiento constituía un motivo de angustia. Veinte años antes sí le habría gustado marcharse, meterse en la plácida y brillante vida de guarnición, con maniobras estivales, ejercicios de tiro, concursos hípicos, teatros, sociedades, hermosas damas. Pero ahora, ¿qué le habría quedado? Le faltaban pocos años para el retiro, su carrera estaba agotada, a lo sumo podían darle un puesto en algún Mando, simplemente para que terminase el servicio. Le quedaban pocos años, la última reserva, y quizá antes de su término podía ocurrir el acontecimiento esperado. Había tirado los años buenos, ahora quería al menos esperar hasta el último minuto.

Para apresurar la curación, Rovina aconsejó a Drogo que no se ajetreara, que se quedase todo el día en la cama y mandara llevar a su cuarto los expedientes que tenía que despachar. Esto ocurría en un marzo frío y lluvioso, acompañado por descomunales desprendimientos en las montañas: pináculos enteros se derrumbaban repentinamente, por desconocidos motivos, precipitándose en los abismos, y lúgubres voces retumbaban en la noche durante horas y horas.

Por fin, con sumas dificultades, comenzó a asomar el buen tiempo. La nieve del desfiladero se había derretido ya, pero húmedas nieblas se demoraban sobre la Fortaleza. Se necesitaba un sol potente para expulsarlas, tan desmedrado por el invierno estaba el aire de los valles. Pero una mañana, al despertarse, Drogo vio brillar sobre el pavimento de madera una hermosa franja de sol y sintió que había llegado la primavera.

Se dejó asaltar por la esperanza de que al buen tiempo correspondería en él una parecida recuperación de fuerzas. Hasta en las viejas maderas resucita en primavera un residuo de vida; de ahí los innumerables

chirridos que pueblan esas noches. Todo parece empezar desde el principio, una oleada de salud y alegría se derrama sobre el mundo.

Eso pensaba con intensidad Drogo, trayendo a su mente escritos de ilustres autores sobre el tema, con la finalidad de convencerse. Se levantó de la cama y fue tambaleándose hacia la ventana. Sintió un comienzo de vértigo, pero se consoló pensando que siempre sucede eso cuando uno se levanta tras muchos días de cama, aunque esté curado. Y en efecto, la sensación de vértigo desapareció y Drogo pudo ver el esplendor del sol.

Una alegría sin límites parecía difundirse en el mundo. Drogo no la podía comprobar directamente, porque frente a sí tenía el muro, pero la intuía sin esfuerzo. Hasta aquellas viejas paredes, la tierra rojiza del patio, los bancos de madera descolorida, una carreta vacía, un soldado que pasaba lentamente, parecían contentos. ¡Quién sabe allá fuera, al otro lado de las murallas!

Tuvo la tentación de vestirse, de sentarse al aire libre en una butaca a tomar el sol, pero un sutil escalofrío le dio miedo, aconsejándole volver a la cama. «Pero hoy me siento mejor, realmente mejor», pensaba, convencido de no hacerse ilusiones.

Pausadamente avanzaba la espléndida mañana de primavera, la franja de sol sobre el suelo se iba desplazando. Drogo la observaba de vez en cuando, sin ninguna gana de examinar los cartapacios amontonados en una mesa al lado de la cama. Además había un extraordinario silencio que no menguaban los escasos toques de corneta ni los ruidos del aljibe. Drogo no había querido cambiar de habitación después de su nombramiento como comandante, temiendo que eso le trajera mala suerte; pero ya los sollozos del depósito se habían convertido en un profundo hábito y no le molestaban.

Drogo observaba una mosca que se había parado en el suelo exactamente sobre la franja de sol, animal extraño en aquella estación, superviviente quién sabe cómo del invierno. La observaba caminar con circunspección cuando alguien llamó a la puerta.

Era un golpe distinto de los habituales, observó Giovanni. Desde luego no era su asistente, ni el capitán Corradi, de Secretaría, el cual solía, en cambio, pedir permiso, ni ningún otro de los visitantes de costumbre.

—¡Adelante! —dijo Drogo.

Se abrió la puerta y avanzó el viejo sastre-jefe Prosdocimo, ya completamente encorvado, con un extraño traje que un día debió haber sido un uniforme de brigada. Se adelantó jadeando un poco, hizo un gesto, con el índice derecho, refiriéndose a algo al otro lado de las murallas.

—¡Vienen! ¡Vienen! —exclamó en sordina, como si fuera un gran secreto.

—¿Quiénes
vienen? —dijo Drogo, asombrado de ver al sastre tan obseso—. «Estoy fresco —pensó—, ahora este empieza con sus charlas y no lo deja en una hora, por lo menos.»

—Vienen por la carretera, si Dios quiere, ¡por la carretera del norte! Todos han ido a la terraza a verlos.

—¿Por la carretera del norte? ¿Soldados?

—¡Batallones! ¡Batallones! —gritaba, fuera de sí, el vejete, apretando los puños—. Esta vez no hay error posible, ¡y además ha llegado una carta del Estado Mayor para avisar de que nos mandan refuerzos! ¡La guerra, la guerra! —gritaba, y no se sabía si estaba también un poco asustado.

—¿Y se ven ya? —preguntó Drogo—. ¿Se ven sin anteojo? —se había sentado en la cama, invadido por una tremenda inquietud.

—¡Caray que si se ven! ¡Se ven los cañones; han contado ya dieciocho!

—¿Y dentro de cuánto podrán atacar? ¿Cuánto tiempo tardarán aún?

—Ah, con la carretera avanzan deprisa; digo yo que dentro de dos días estarán aquí, ¡dos días como máximo!

Maldita cama, se dijo Drogo, aquí estoy bloqueado por la enfermedad. Ni se le pasó por la cabeza que Prosdocimo le contara un cuento; repentinamente había sentido que era muy cierto; había advertido que incluso el aire estaba cambiado en cierto modo, incluso la luz del sol.

—Prosdocimo —dijo jadeante—. Ve a buscarme a Luca, mi asistente; es inútil que toque la campanilla, debe de estar arriba, en Secretaría, esperando que le den papeles… ¡Date prisa, por favor!

—Ea, rápido, mi comandante —recomendó Prosdocimo al marcharse—. No piense en sus achaques, ¡venga usted también a las murallas a ver!

Salió ligero, olvidándose de cerrar la puerta; se oyó el sonido de sus pasos alejarse por el corredor; después volvió el silencio.

«Dios mío, hazme estar mejor, te lo suplico, al menos seis o siete días», bisbiseó Drogo, sin lograr dominar su angustia. Quería levantarse en seguida, a toda costa, ir inmediatamente a las murallas, que lo viera Simeoni, dar a entender que él no fallaba, que estaba en su puesto de mando, que asumiría sus responsabilidades como de costumbre, como si no estuviera enfermo.

¡Pam!, un soplo de viento en el corredor hizo batirse la puerta de mala manera. En medio del gran silencio el ruido resonó fuerte y avieso,

como respuesta a la plegaria de Drogo. ¿Y por qué no venía Luca? ¡Cuánto tardaba aquel imbécil en hacer dos tramos de escaleras!

Sin esperarlo, Drogo bajó de la cama y le asaltó una oleada de vértigo, que, sin embargo, se disolvió lentamente. Ahora estaba ante el espejo y miraba espantado su rostro, amarillo y chupado. Es la barba la que me da ese aspecto, probó a decirse Drogo; y con pasos inseguros, aún en camisón, dio vueltas por la estancia en busca de la navaja de afeitar. Pero ¿por qué Luca no se decidía a venir?

¡Pam!, hizo de nuevo la puerta, agitada por la corriente. «¡Que el diablo te lleve!», dijo Drogo, y se acercó a cerrarla. En ese momento oyó los pasos del asistente, que se aproximaban.

Afeitado y vestido de punta en blanco —aunque se sentía bailar dentro del uniforme demasiado ancho—, el comandante Giovanni Drogo salió del cuarto, echó a andar por el corredor, que le pareció mucho más largo de lo normal. Luca estaba a su lado, algo detrás, dispuesto a sostenerlo, porque veía que el oficial se mantenía en pie a duras penas. Ahora las oleadas de vértigo regresaban intermitentemente; a cada ocasión Drogo tenía que detenerse, apoyándose en el muro. «Me agito demasiado, el consabido nerviosismo —pensó—, pero en conjunto me siento mejor.»

Efectivamente, los vértigos desaparecieron y Drogo llegó a la terraza más alta del fuerte, donde diversos oficiales estaban escrutando con anteojos el triángulo visible de llanura que dejaban libre las montañas. Giovanni quedó cegado por el pleno esplendor del sol, al que no estaba ya habituado; respondió confusamente a los saludos de los oficiales presentes. Le pareció, aunque quizá fuera solo una interpretación maligna, que los subalternos lo saludaban con cierta desenvoltura, como si ya no fuera su inmediato superior, el árbitro en cierto sentido de su vida cotidiana. ¿Lo consideraban ya liquidado?

Este desagradable pensamiento fue breve, al regresar la preocupación principal: la idea de la guerra. Drogo distinguió ante todo un sutil humo que se alzaba del borde del Reducto Nuevo; de modo que habían restablecido allí la guardia, se habían tomado ya medidas de excepción, el Mando estaba ya en movimiento, sin que nadie lo hubiera consultado a él, el segundo jefe. Ni siquiera lo habían avisado, incluso. Si Prosdocimo, por propia iniciativa, no hubiera ido a llamarlo, Drogo estaría aún en la cama, ignorante de la amenaza.

Lo asaltó una ira ardiente y amarga, los ojos se le velaron, tuvo que apoyarse en el parapeto de la terraza, y lo hizo controlándose al máximo, para que los otros no comprendieran el estado a que se veía reducido. Se sentía horriblemente solo, entre gente enemiga. Había, sí, algún joven teniente, como Moro, que le tenía cariño, pero ¿qué contaba para él el apoyo de los subalternos?

En ese momento oyó la orden de firmes. Con pasos precipitados apareció el teniente coronel Simeoni, con la cara roja.

—Hace media hora que te busco por todas partes —exclamó hacia Drogo—. ¡Ya no sabía qué hacer! ¡Es preciso tomar decisiones!

Se acercó con exuberante cordialidad, frunciendo las cejas, como si estuviera preocupadísimo y ansioso de recibir los consejos de Drogo. Giovanni se sintió desarmado, de repente se apagó su ira, aunque sabía perfectamente que Simeoni lo estaba engañando. Simeoni se había hecho la ilusión de que Drogo no pudiera moverse, no se había preocupado más de él, había decidido por su cuenta, a reserva de informarlo después cuando todo se hubiera realizado; después le habían dicho que Drogo andaba por la Fortaleza, había corrido en su busca, ansioso de demostrar su buena fe.

—Tengo aquí un mensaje del general Stazzi —dijo Simeoni, anticipándose a cualquier pregunta de Drogo y llevándolo aparte, para que los otros no pudieran oír—. Están a punto de llegar dos regimientos, ¿comprendes? ¿Y dónde los meto?

—¿Dos regimientos de refuerzo? —dijo Drogo, aturdido.

Simeoni le dio el mensaje. El general anunciaba que como medida de seguridad, temiéndose posibles provocaciones enemigas, dos regimientos, el 17.º de Infantería y además un segundo con un grupo de artillería ligera, habían sido enviados para reforzar la guarnición de la Fortaleza; había que establecer, en cuanto fuera posible, el servicio de guardia según la vieja plantilla, es decir, con las fuerzas completas, y que preparar los acantonamientos para oficiales y soldados. Una parte de ellos, naturalmente, acamparía.

—De momento he enviado un pelotón al Reducto Nuevo… ¿He hecho bien, no? —agregó Simeoni, sin darle a Drogo tiempo a contestar—. ¿Los has visto ya?

—Sí, sí, has hecho bien —respondió Giovanni trabajosamente.

Las palabras de Simeoni entraban en sus oídos con un sonido alejado e irreal, las cosas a su alrededor oscilaban desagradablemente. Drogo se sentía mal, un agotamiento atroz lo había invadido de golpe, toda su voluntad se concentraba en el mero esfuerzo de tenerse en pie. «¡Oh, Dios mío! —suplicó mentalmente—, ¡ayúdame un poco!»

Para enmascarar el colapso pidió un anteojo (era el famoso anteojo del teniente Simeoni) y se puso a mirar hacia el norte apoyando los codos en el parapeto, lo cual lo ayudaba a tenerse en pie. Oh, si al menos los enemigos hubieran esperado un poco, bastaría una semana para que pudiera recobrarse… Habían esperado tantos años, ¿no podían tardar todavía unos días, unos días solamente?

Miró con el anteojo el triángulo visible de desierto, esperó no divisar nada, que la carretera estuviera desierta, que no hubiera ninguna señal de vida; Drogo deseaba eso, tras haber consumido toda su vida en la espera del enemigo.

Esperaba no divisar nada, pero una franja negra atravesaba oblicuamente el fondo blanquecino de la llanura, y esa franja se movía, un denso hormigueo de hombres y convoyes que bajaba hacia la Fortaleza. Nada de las miserables filas de hombres armados de la época de la delimitación de la frontera. Era el ejército del norte, finalmente, y quién sabe…

En este momento Drogo vio que la imagen del anteojo se ponía a girar con movimiento de remolino, se oscurecía cada vez más, se hundía en la oscuridad. Desfallecido, se aflojó sobre el parapeto como un pelele. Simeoni lo sostuvo a tiempo; sujetando el cuerpo vaciado de vida sintió, a través de la tela, la descarnada armazón de los huesos.

XXVIII

Pasaron un día y una noche, el comandante Giovanni Drogo yacía en la cama; de vez en cuando le llegaba el rítmico ruido del aljibe y nada más, aunque en toda la Fortaleza crecía a cada minuto un ansioso fermento. Aislado de todo, Drogo estaba tumbado escuchando su propio cuerpo, por si acaso las perdidas fuerzas empezaban a regresar. El doctor Rovina le había dicho que sería cuestión de pocos días. Pero ¿de cuántos, en realidad? ¿Habría podido, al llegar los enemigos, ponerse por lo menos en pie, vestirse, arrastrarse hasta el tejado del fuerte? De cuando en cuando se levantaba de la cama, cada vez le parecía sentirse un poco mejor, caminaba sin apoyarse hasta el espejo, pero allí la imagen siniestra de su cara, cada vez más terrosa y chupada, apagaba sus nuevas esperanzas. Nublado por el vértigo, regresaba tambaleándose a la cama, maldecía al médico, que no conseguía curarlo.

Ya la franja del sol del pavimento había dado un amplio giro; debían de ser por lo menos las once; voces desacostumbradas se alzaban del patio y Drogo yacía inmóvil, con las miradas en el techo, cuando entró en la habitación el teniente coronel Simeoni, comandante de la Fortaleza.

—¿Qué tal? —preguntó vivamente—. ¿Un poco mejor? Estás muy pálido, ¿sabes?

—Lo sé —respondió Drogo, frío—. Y los del norte, ¿han avanzado?

—¡Que si han avanzado! —dijo Simeoni—. La artillería ya está en lo alto del escalón, y ahora la están emplazando… Tienes que disculparme por no haber venido… Esto se ha convertido en un infierno. Esta tarde llegan los primeros refuerzos; solo ahora he encontrado cinco minutos libres…

Drogo dijo, y se asombró de sentir temblar su voz:

—Mañana espero levantarme; te podré ayudar un poco.

—Ah, no, no, ni lo pienses; piensa ahora en curarte, y no creas que te he olvidado. Incluso tengo una buena noticia: hoy vendrá a buscarte una magnífica carroza. Guerra o no, los amigos ante todo… —se atrevió a decir.

—¿Una carroza a buscarme? ¿Por qué a buscarme?

—Claro que sí, para venirte a buscar. ¿No querrás estar siempre aquí en este cuartucho? En la ciudad te curarás mejor; dentro de un mes te habrás recuperado. Y no te preocupes por esto, ya lo peor ha pasado.

Una ira tremenda se arremolinó en el pecho de Drogo. Él, que había tirado las cosas mejores de la vida para esperar a los enemigos, que desde hacía más de treinta años se había alimentado con aquella única fe, ¿y lo echaban precisamente ahora, cuando por fin llegaba la guerra?

—Debías haberme consultado, al menos —respondió con voz temblorosa de ira—. No me muevo, quiero estar aquí, estoy menos enfermo de lo que crees, mañana me levanto…

—No te agites, por favor, no haremos nada; si te agitas estarás aún peor —dijo Simeoni con una desganada sonrisa de comprensión—. Solo que me parecía mucho mejor, hasta Rovina lo dice…

—¿Qué dice Rovina? ¿Es él quien te dijo que hicieras venir la carroza?

—No, no. De la carroza no se habló con Rovina. Pero él dice que te convendría cambiar de aires.

Drogo pensó entonces en hablarle a Simeoni como a un amigo, en abrirle su alma, como habría hecho con Ortiz; después de todo, también Simeoni era un hombre.

—Oye, Simeoni —probó, cambiando de tono—. Sabes que aquí, en la Fortaleza…, todos nos hemos quedado con la esperanza… Es difícil de decir, pero también tú lo sabes perfectamente —no conseguía explicarse: ¿cómo hacer comprender ciertas cosas a semejante hombre?—. Si no fuera por esta posibilidad…

—No comprendo —dijo Simeoni con evidente fastidio—. (¿Drogo se ponía ahora patético? —pensó—. ¿La enfermedad lo había ablandado tanto?)

—Pues lo tienes que comprender —insistió Giovanni—. Hace más de treinta años que estoy aquí, esperando… He dejado escapar muchas ocasiones. Treinta años son algo, y todo por esperar a los enemigos. No puedes pretender ahora… No puedes pretender ahora que me marche, no puedes pretenderlo, tengo cierto derecho a quedarme, me parece…

—Está bien —replicó Simeoni, irritado—. Creía hacerte un favor y me respondes de este modo. No valía la pena. He mandado dos mensajeros aposta, he retrasado aposta la marcha de una batería para dejar paso a la carroza.

—Si a ti no te digo nada —dijo Drogo—. Incluso te estoy agradecido; lo has hecho por mi bien, lo comprendo —¡oh, qué pena tener que congraciarse con aquella basura!—, y por otra parte, la carroza puede quedarse aquí, ahora ni siquiera estoy en condiciones de hacer semejante viaje —agregó incautamente.

—Hace poco decías que mañana te levantabas, ahora dices que ni siquiera puedes subir a la carroza… Perdóname, pero ni sabes lo que quieres…

Drogo trató de arreglarlo:

—Oh, no, es muy distinto, una cosa es hacer semejante viaje y otra ir hasta el camino de ronda; hasta puedo llevarme una banqueta y sentarme si me siento débil —había pensado en decir una «silla», pero la cosa podía parecer ridícula—; desde allí puedo vigilar el servicio, puedo ver, por lo menos.

—¡Quédate, quédate entonces! —dijo Simeoni, como para concluir—. Pero no sé dónde meteré a dormir a los oficiales que llegan, no puedo ponerlos en los corredores, ¡no puedo ponerlos en el sótano! En esta habitación podían caber tres camas…

Drogo lo miró, helado. ¿A tanto llegaba Simeoni? ¿Quería deshacerse de él, de Drogo, para tener una habitación libre? ¿Únicamente por eso? Nada de atenciones y amistad. Tenía que haberlo comprendido desde el principio, pensó Drogo, tenía que esperárselo de semejante canalla.

Como Drogo callaba, Simeoni, animado, insistió:

—Aquí caben perfectamente tres camas. Dos a lo largo de esa pared y la tercera en esa esquina. ¿Ves? Drogo, si me haces caso —especificó sin la mínima consideración de humanidad—, si me haces caso, en el fondo me facilitas la tarea, mientras que si te quedas, perdona que te lo diga, no veo que puedas hacer nada útil, en tus condiciones.

—Está bien —lo interrumpió Giovanni—. Entendido; ahora basta, por favor, me duele la cabeza.

—Perdona que insista —dijo el otro—, pero quisiera arreglar en seguida este asunto. Ahora la carroza ya está en viaje, Rovina es favorable a la partida, aquí quedará una habitación libre, tú te curarás más pronto y en el fondo yo también, al tenerte aquí, enfermo, me cargo con una buena responsabilidad, si ocurre una desgracia. Me obligas a asumir una buena responsabilidad, te lo digo sinceramente.

—Oye —respondió Drogo, aunque comprendía que era absurdo resistir; mientras tanto miraba la franja de sol que estaba subiendo a lo largo de la pared de madera, alargándose de través—. Perdona que te diga que no, pero prefiero quedarme. No tendrás ninguna reprensión, te lo aseguro; si quieres te firmo una declaración por escrito. Vete, Simeoni, déjame tranquilo, quizá me queda poco tiempo de vida, deja que me quede aquí; hace más de treinta años que duermo en esta habitación…

El otro calló un momento, miró con desprecio a su colega enfermo, lanzó una aviesa sonrisa y después preguntó con voz alterada:

—¿Y si te lo pidiera como superior? Si fuera una orden, ¿qué podrías decir? —y aquí hizo una pausa, saboreando la impresión producida—. Esta vez, mi querido Drogo, no demuestras tu acostumbrado espíritu militar, siento tener que decírtelo; a fin de cuentas te vas a un lugar seguro, quién sabe cuántos se cambiarían contigo. Admito incluso que te desagrade, pero no se puede tenerlo todo en esta vida, hay que resignarse… Ahora te mando a tu asistente, para que te prepare las cosas; a las dos la carroza tendrá que estar aquí. Nos veremos después, entonces…

Eso dijo, y se marchó a toda prisa, deliberadamente, para no darle a Drogo tiempo para nuevas objeciones. Cerró la puerta con gran precipitación, se alejó por el corredor con pasos rápidos, de persona satisfecha de sí misma, que domina perfectamente la situación.

Perduró un pesado silencio. ¡Ploc!, hizo detrás del muro el agua del aljibe. Después solo se oyó en el cuarto el jadeo de Drogo, bastante parecido a un sollozo. Fuera el día estaba en su mayor esplendor; hasta las piedras comenzaban a entibiarse; remoto e igual se oía el sonido del agua en las escarpadas paredes; los enemigos se agolpaban bajo el último escalón ante la Fortaleza; por la carretera de la llanura seguían descendiendo tropas y bagajes. En las escarpas de la Fortaleza todo está dispuesto, las municiones en regla, los soldados preparados, las armas comprobadas. Todas las miradas están en el norte, aunque aún no se ve nada por culpa de las montañas fronteras (solo desde el Reducto Nuevo se puede observar bien todo). Igual que en los días lejanos en que llegaron los extranjeros para delimitar las fronteras, igual que entonces hay una suspensión en los ánimos, entre alternos soplos de miedo y de gozo. Pero nadie tiene tiempo de acordarse de Drogo, el cual está vistiéndose ayudado por Luca, y se prepara a partir.

XXIX

Como carroza era efectivamente una carroza muy digna, hasta exagerada para aquellos rústicos caminos. Podría parecer de un rico señor si no fuera por el escudo de un regimiento en las portezuelas. Al pescante iban dos soldados, el cochero y el asistente de Drogo.

Nadie, en medio del desbarajuste de la Fortaleza, donde ya llegaban las primeras secciones escalonadas de refuerzos, concedió mucha atención a un oficial flaco, de rostro chupado y amarillento, que bajaba lentamente por las escaleras, se encaminaba al vestíbulo de entrada y salía afuera, donde estaba parada la carroza.

Por la explanada, inundada de sol, se veía en ese momento avanzar una larga formación de soldados, de caballos y de mulas, procedentes del valle. Aunque cansados por la marcha forzada, los militares aceleraban el paso cuanto más se acercaban a la Fortaleza, y se vio a los músicos, a la cabeza, quitar las fundas de tela gris de los instrumentos, como si se dispusieran a tocar.

Mientras tanto algunos saludaban a Drogo, pero pocos y ya no como antes. Todos sabían, al parecer, que se estaba marchando y que ya no contaba para nada en la jerarquía de la Fortaleza. El teniente Moro y algún otro vinieron a desearle buen viaje; pero fue una despedida brevísima, con ese cariño genérico propio de los jóvenes respecto a las viejas generaciones. Alguien le dijo a Drogo que el comandante en jefe Simeoni le rogaba que esperase, en ese momento estaba ocupadísimo, que el comandante Drogo tuviera la bondad de esperar unos minutos, el teniente coronel vendría sin falta.

Una vez que subió a la carroza, Drogo dio, en cambio, la orden de partir de inmediato. Había mandado bajar la capota para respirar mejor, se había envuelto las piernas en dos o tres mantas oscuras sobre las que destacaba el brillo del sable.

Bamboleándose sobre las piedras, la carroza se puso en marcha por la pedregosa explanada; el camino de Drogo llegaba así a su último término. De lado en el asiento, con la cabeza oscilando a cada choque de las ruedas, Drogo miraba fijamente las murallas amarillas de la Fortaleza, que se volvían cada vez más bajas.

Allá arriba había transcurrido su existencia segregada del mundo, por esperar al enemigo se había atormentado más de treinta años, y ahora que los extranjeros llegaban, ahora lo expulsaban. Y sus compañeros, los otros que allá en la ciudad habían llevado una vida fácil y alegre, ahora llegaban al desfiladero, con superiores sonrisas de desprecio, para acumular un botín de gloria.

Los ojos de Drogo miraban como jamás las amarillentas paredes de la Fortaleza, los perfiles geométricos de casamatas y polvorines. Lágrimas lentas y amarguísimas caían por la piel arrugada, todo acababa miserablemente y no quedaba nada que decir.

Nada, nada de nada quedaba disponible en favor de Drogo, estaba solo en el mundo, enfermo, y lo habían expulsado como a un leproso. Malditos, malditos, decía. Pero después prefería dejarlo, no pensar en nada, si no un insoportable vómito de ira llenaba su pecho.

El sol estaba ya en su camino descendente, aunque le quedaba bastante trayecto por hacer; los dos soldados del pescante charlaban tranquilos, indiferentes a quedarse o partir. Habían tomado la vida como se presentaba, sin angustiarse con absurdas ideas. La carroza, de excelente construcción, una verdadera carroza de enfermo, oscilaba en cada bache del terreno como una delicada balanza. Y la Fortaleza, en el conjunto del panorama, se volvía cada vez más pequeña y chata, aunque sus murallas brillaran extrañamente en aquella tarde de primavera.

La última vez, muy probablemente, pensó Drogo cuando la carroza llegó al borde de la explanada, allá donde el camino empezaba a hundirse en el valle. «Adiós, Fortaleza», se dijo. Pero Drogo estaba un poco atontado y ni siquiera se atrevió a mandar parar los caballos, para echar un último vistazo a la vieja ciudadela, que solo ahora, después de tantos siglos, estaba a punto de comenzar su justa vida.

Por un instante aún perduró en los ojos de Drogo la imagen de los muros amarillentos, de los bastiones sesgados, de los misteriosos reductos, de las rocas laterales negras a causa del deshielo. Le pareció a Giovanni —aunque fue un tiempo infinitesimal— que las murallas se alargaban repentinamente hacia el cielo, relampagueando de luz; después las rocas herbosas entre las que se hundía el camino le impidieron brutalmente toda visión.

Llegó hacia las cinco a una pequeña posada, allá donde el camino corría a un lado de la garganta. En lo alto, como un espejismo, se alzaban caóticas crestas de hierba y de tierra roja, montes desolados donde quizá nunca había estado el hombre. Por el fondo corría el torrente.

La carroza se detuvo en la breve explanada que había ante la posada en el mismo momento en que pasaba un batallón de mosqueteros. Drogo vio pasar a su alrededor rostros juveniles, rojos de sudor y de cansancio, ojos que lo miraban con asombro. Solo los oficiales lo saludaron. Oyó una voz, entre los que se habían alejado: «Va cómodo, el vejete». Pero no la siguió ninguna carcajada. Mientras ellos iban a la batalla, él bajaba a la vil llanura. Qué oficial más ridículo, pensaban

probablemente aquellos soldados, a menos que hubieran leído en su cara que también él iba a morir.

No conseguía librarse de aquel vago atontamiento, semejante a una niebla; quizá había sido el balanceo de la carroza, quizá la enfermedad, quizá simplemente el dolor de ver acabar miserablemente su vida. Ya no le importaba nada, absolutamente nada. La idea de volver a su ciudad, de vagar con pasos arrastrados por la vieja casa desierta, o de yacer en una cama durante largos meses de aburrimiento y soledad, le daba miedo. No tenía ninguna prisa por llegar. Decidió pasar la noche en la posada.

Esperó a que el batallón hubiera pasado totalmente, que el polvo levantado por los soldados hubiera caído tras sus pasos, que el estruendo de los bagajes quedara cubierto por la voz del torrente. Después bajó despacio de la carroza, apoyándose en los hombros de Luca.

En el umbral estaba sentada una mujer, atenta a su labor de punto, y a sus pies dormía, en una rústica cuna, un niño. Drogo miró asombrado aquel sueño maravilloso, tan distinto del de los hombres mayores, tan delicado y profundo. Aún no habían nacido en aquel ser turbios ensueños, la pequeña alma navegaba despreocupada sin deseos o remordimientos por un aire puro y quietísimo. Drogo se quedó parado remirando al niño dormido, una aguda tristeza entraba en su corazón. Trató de imaginarse a sí mismo inmerso en el sueño, singular Drogo que nunca había podido conocer. Se representó el aspecto de su cuerpo, bestialmente amodorrado, sacudido por oscuros afanes, el aliento pesado, la boca entreabierta y caída. Y, sin embargo, también él un día había dormido como aquel niño, también él había sido gracioso e inocente y quizá un viejo oficial enfermo se había parado a mirarlo, con amargo estupor. «Pobre viejo», se dijo, y comprendía lo débil que era eso, pero después de todo estaba solo en el mundo y, salvo él mismo, nadie más lo amaba.

XXX

Se encontró sentado en un amplio sillón, en un dormitorio; y era una tarde espléndida que dejaba entrar por la ventana un aire profundo. Drogo miraba átono el cielo que se ponía cada vez más azul, las sombras violetas del valle, las crestas aún inmersas en sol. La Fortaleza estaba lejos, ni siquiera se divisaban sus montañas.

Debía de tratarse de una tarde de felicidad para los hombres, incluso los de media fortuna. Giovanni pensó en la ciudad en el crepúsculo, las dulces ansias de la nueva estación, jóvenes parejas en las avenidas junto al río, acordes de piano desde las ventanas ya iluminadas, el silbido de un tren en lontananza. Imaginó las hogueras del vivac enemigo en medio de la llanura del norte, las linternas de la Fortaleza que oscilaban al viento, la noche insomne y maravillosa antes de la batalla. Todos, de un modo u otro, tenían algún motivo, incluso pequeño, para esperar, todos salvo él.

Abajo, en la sala común, un hombre, y después dos juntos, se habían puesto a cantar, una especie de canción popular de amor. En lo más alto del cielo, allá donde el azul se volvía profundo, brillaron tres o cuatro estrellas. Drogo estaba solo en el cuarto, el asistente había bajado a tomar una copa, en los rincones y bajo los muebles se acumulaban sombras sospechosas. Giovanni, por un instante, pareció incapaz de resistir (a fin de cuentas nadie lo veía, nadie en el mundo lo habría sabido), el comandante Drogo por un instante sintió que la dura carga de su ánimo estaba a punto de romper en llanto.

Y justamente entonces brotó de hondos escondrijos un nuevo pensamiento, límpido y tremendo: la muerte.

Le pareció que la fuga del tiempo se había detenido, como un encanto roto. El torbellino se había hecho en los últimos tiempos cada vez más intenso, y después repentinamente nada, el mundo se estancaba en horizontal apatía y los relojes corrían inútilmente. El camino de Drogo había terminado; ahora estaba en la solitaria orilla de un mar gris y uniforme, y a su alrededor ni una casa, ni un árbol, ni un hombre, todo así desde tiempo inmemorial.

Sentía avanzar sobre él desde los extremos confines una sombra progresiva y concéntrica, quizá era cuestión de horas, quizá de semanas o de meses; pero hasta meses y semanas son bien pobre cosa cuando nos separan de la muerte. La vida, pues, se había reducido a una especie de broma, por obra de una orgullosa apuesta todo estaba perdido.

Fuera el cielo se había vuelto de un azul intenso, en occidente quedaba todavía una franja de luz, sobre los perfiles violetas de las montañas. Y en la habitación había entrado la oscuridad, se distinguían únicamente los contornos amenazadores de los muebles, la blancura de la cama, el brillante sable de Drogo. No se movería ya de allí, comprendía.

Así envuelto por las tinieblas, mientras abajo continuaban las dulces canciones entre rasgueos de guitarra, Giovanni Drogo sintió nacer en sí la última esperanza. Él, solo en el mundo y enfermo, rechazado por la Fortaleza como un peso importuno, él, que se había quedado detrás de todos, él, tímido y débil, osaba imaginar que no todo estaba terminado; porque quizá había llegado realmente su gran oportunidad, la definitiva batalla que podía compensar toda una vida.

En efecto, avanzaba contra Giovanni Drogo el último enemigo. No hombres semejantes a él, atormentados como él por deseos y dolores, de carne que podía herirse, con caras que se podían mirar, sino un ser omnipotente y maligno; no había que combatir en lo alto de las murallas, entre estruendo y gritos exaltantes, bajo un cielo azul de primavera, con amigos al lado cuya vista reanima el corazón, con el acre olor a pólvora y descargas, con promesas de gloria. Todo ocurrirá en la estancia de una desconocida posada, a la luz de una vela, en la más desnuda soledad. No se combate para regresar coronados de flores, en una mañana de sol, entre sonrisas de mujeres jóvenes. No hay nadie que mire, nadie que le llame valiente.

Oh, es una batalla mucho más dura que la que esperaba antaño. Incluso viejos hombres de armas preferirían no probarla. Porque puede ser hermoso morir al aire libre, en el furor de la refriega, con el cuerpo aún joven y sano, entre triunfales ecos de trompeta; más triste es, sí, morir de una herida, tras largos sufrimientos, en una crujía de hospital; más melancólico aún terminar en la cama doméstica, en medio de afectuosos lamentos, luces débiles y frasquitos de medicinas. Pero nada más difícil que morir en tierra extraña y desconocida, en el ambiguo lecho de una posada, viejo y gastado, sin dejar a nadie en el mundo.

«Valor, Drogo, esta es la última carta, marcha al encuentro de la muerte como un soldado, y que tu existencia equivocada acabe bien, al menos. Véngate finalmente de la suerte, nadie cantará tus alabanzas, nadie te llamará héroe o algo similar, pero precisamente por eso vale la pena. Cruza con pie firme el límite de la sombra, erguido como en un desfile, y sonríe incluso, si lo logras. Después de todo, la conciencia no está demasiado cargada y Dios sabrá perdonar.»

Eso se decía Giovanni a sí mismo —una especie de plegaria—, notando estrecharse a su alrededor el círculo final de la vida. Y del amargo pozo de las cosas pasadas, de los deseos rotos, de las maldades padecidas, subía una fuerza que jamás se hubiera atrevido a esperar. Con inefable gozo Giovanni Drogo advirtió, de improviso, que podía estar absolutamente tranquilo, ansioso casi por volver a empezar la prueba.

Ah, ¿no se podía pedir todo de la vida? ¿Conque sí, Simeoni? Ahora te enseñará Drogo.

Valor, Drogo. Y trató de armarse de fuerzas, de resistir a fondo, de bromear con el tremendo pensamiento. Puso en ello todo su ánimo, en un arranque desesperado, como si partiera él solo al asalto contra un ejército. Y súbitamente los viejos temores se desvanecieron, las pesadillas se debilitaron, la muerte perdió su rostro helador, mudándose en cosa sencilla y conforme a natura. El comandante Giovanni Drogo, consumido por la enfermedad y los años, pobre hombre, hizo fuerza contra el inmenso portón negro y advirtió que las hojas cedían, dando paso a la luz.

Pobre cosa le resultó entonces aquel afanarse en las escarpas de la Fortaleza, aquel explorar la desolada llanura del norte, sus penas por la carrera, aquellos largos años de espera. Ni siquiera había necesidad de envidiar a Angustina. Sí, Angustina había muerto en la cima de una montaña en el corazón de una tempestad, se había ido igual que él, con mucha elegancia, de verdad. Pero bastante más ambicioso era acabar como un valiente en las condiciones de Drogo, comido por el mal, exiliado entre gente desconocida.

Solo le disgustaba tener que marcharse de allí con aquel mísero cuerpo suyo, de huesos sobresalientes, piel blanquecina y fláccida. Angustina había muerto intacto —pensaba Giovanni—, su imagen, pese a los años, se había conservado como la de un joven alto y delicado, de rostro noble y grato a las mujeres; ese era su privilegio. Pero quién sabe si, al pasar el negro umbral, también él, Drogo, podría volver a ser como antes, no guapo (porque guapo nunca lo había sido), pero sí con su fresca juventud. Qué alegría, se decía Drogo ante esa idea, como un niño, pues se sentía extrañamente libre y feliz.

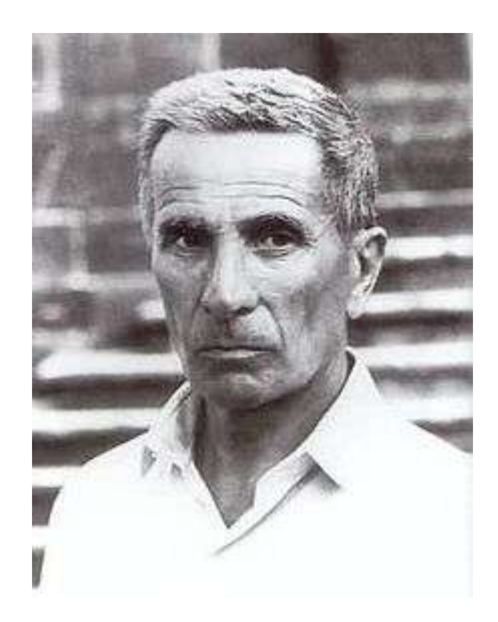
Pero después algo pasó por su cabeza: ¿y si todo fuera un engaño? ¿Y si su valor no fuera sino una borrachera? ¿Si dependiera solo de la maravillosa puesta de sol, del aire perfumado, de la pausa de los dolores físicos, de las canciones del piso de abajo? ¿Si dentro de unos minutos, de una hora, tuviera que volver a ser el Drogo de antes, débil y derrotado?

No, no lo pienses, Drogo, basta de atormentarse ahora, lo peor ya ha pasado. Aunque te asalten los dolores, aunque ya no haya música para consolarte y en vez de esta bellísima noche lleguen nieblas fétidas, la cuenta saldrá igual. Lo peor ha pasado, no, no te pueden ya defraudar.

El cuarto se ha llenado de oscuridad, solamente con mucho trabajo se puede distinguir la blancura de la cama, y todo el resto está negro. Dentro de poco tendría que salir la luna.

¿Tendrá tiempo de verla Drogo, o deberá irse antes? La puerta del cuarto palpita con un leve crujido. Quizá es un soplo de viento, un simple torbellino de aire de estas inquietas noches de primavera. Aunque quizá

ella ha entrado, con paso silencioso, y ahora está acercándose al sillón de Drogo. Armándose de fuerza, Giovanni endereza un poco el busto, se ajusta con una mano el cuello del uniforme, echa aún un vistazo al exterior de la ventana, una brevísima mirada, para su última porción de estrellas. Después, en la oscuridad, aunque nadie lo vea, sonríe.



Dino Buzzati (Belluno, 1906-1972) fue autor de novelas, cuentos y obras de teatro, escenógrafo y pintor. Aunque su fama fue relativamente tardía, hoy sigue siendo redescubierto y es, para muchos, uno de los grandes escritores europeos del siglo XX. Recibió las influencias de los surrealistas y Kafka y ha sido comparado con Italo Calvino, con quien comparte el gusto por la fantasía alegórica.